

Escrito por:
COOKYANDMINNIE

TITANIC

K O O K M I N



KOOKMINISTICA

1. ♦ L E E R ♦
2. P R O L O G O
3. ♦ 0 1 ♦
4. ♦ 0 2 ♦
5. ♦ 0 3 ♦
6. ♦ 0 4 ♦
7. ♦ 0 5 ♦
8. ♦ 0 6 ♦
9. ♦ 0 7 ♦
10. ♦ 0 8 ♦
11. ♦ 0 9 ♦
12. ♦ 1 0 ♦
13. ♦ 1 1 ♦
14. ♦ 1 2 ♦
15. ♦ 1 3 ♦
16. ♦ 1 4 ♦
17. ♦ 1 5 ♦
18. ♦ 1 6 ♦
19. ♦ 1 7 ♦
20. ♦ 1 8 ♦
21. ♦  ♦
22. ♦ E P I L O G O ♦
23.  G R A C I A S 
24. ♦ V I S U A L E S  E X T R A S ♦

LEER

Bienvenido/a a esta historia que une dos mundos, con un sólo destino.

Gracias por interesarte, y me alegra poder abarcar una historia tan hermosa y triste como ésta. La primera vez que lloré con una película, y me interesé mucho en el tema y las personas reales en su momento, cuando era sólo una niña.

Normalmente inicio mis historias con una energía muy emocionada y demás, pero pese a que esto es un fanfic, estamos abordando un tema muy delicado que se llevó consigo miles de almas inocentes, sin perdón de género ni edad.

Así que, con todo el respeto del mundo, abordaremos éste lamentable incidente en el lado pacífico este de América, y el lado oeste de Europa y África.

Y contaremos la historia de amor más famosa narrada en el icónico y eterno barco:
Titanic.

*Película escrita y dirigida, por **James Cameron**, la película es una épica romántica y de desastre ambientada en el hundimiento del RMS Titanic en **1912**, y protagonizada por **Leonardo DiCaprio** y **Kate Winslet**.*

Estrenada el 19 de diciembre de 1997.

El famoso retrato de Rose fue dibujado por el propio James Cameron, ya que no lograron encontrar otro artista que encajara con su visión.

Algunos elementos como los pescantes de los botes salvavidas fueron fabricados por la misma empresa que construyó los del Titanic original.

♦ Me baso casi por completo en la película de la historia de amor de Jack y Rose. Prácticamente adaptación, y cambié pequeños detalles.

♦ Es una historia M-preg, donde los donceles son aceptados en la sociedad, como personas importantes para engendrar hijos hombres.

♦ JK/TOP • JM/BTTM (+ 18).

♦ Y lo digo de una vez; versión con final feliz.

La idea me venía dando vueltas, pero gracias a una amiga creadora de contenido Kookmin, creo que nos puso a mí y a varios y varias escritoras/es a abordar un FF tan hermoso.



Personajes:



Nombre: **Jimin Park.**
Edad: **17 años.**



Nombre: **Jungkook Jeon.**
Edad: **20 años.**



Nombre: **Taehyung Kim.**
Edad: **20 años.**



Nombre: **Jung Hoseok.**
Edad: **21 años.**



Actualizaciones:
Comencé un 19 de Agosto.
Terminé un 25 de Agosto.



Siempre presente:

Nada de lo que ocurre aquí tiene que ver con los nombres de idols mencionados en la historia, todo es ficción, no se trata de ensuciar la imagen de ninguno de ellos ni que esto se relacione con la realidad.

Escribo fanfics por amor al ship y poder plasmar a gusto lo que se me viene a la mente, por lo que; si encuentras alguna falla, alguna falta de algún sinónimo en lugar de repeticiones, me faltó alguna tilde, o incluso se me escapó un detalle, pese a que trato de releer las veces posibles para evitarlo, siempre algo puede que se me escape, me disculpo de antemano por ello. Siempre estoy aceptando consejos, mejoras y correcciones.

Eliminaré comentarios innecesarios, como insultos (fuertes y realmente innecesarios), sugerencias o cambios en la historia que no van al caso, comparaciones de ésta con otras, ninguna historia es mejor o peor, ni sus personajes, proceso y final, cada una tiene su esencia y se debe respetar. Mantengan ese respeto a ésta y todas las historias en ésta plataforma como a sus autoras/es.

Dicho y hecho todo esto...

Que disfrutes de la lectura 🍷



QUODVIS EXEMPLAR NON AUCTORIZATUM HUIUS LIBRI FORTUNAM POSSIDENTIS EXHAURIT

CLQRPNTZDSB

PROLOGO



Océano Atlántico Norte, 'actualidad'.

La oscuridad es absoluta, una oscuridad presurizada que ningún sol ha tocado en milenios. A casi cuatro mil metros de profundidad, el silencio es el único rey, dentro de la máquina de titanio submarina, el único sonido es el suave zumbido de los sistemas de soporte vital y el crepitar ocasional de la radio.

Tres figuras se apiñan alrededor de los pequeños ojos de buey, sus rostros iluminados por el brillo verdoso de los monitores.

Fuera, los potentes focos del vehículo de exploración cortan la negrura, revelando un paisaje de otro mundo. Un lecho marino que es un desierto de lodo y sedimento, pero

entonces, la fantasmal silueta emerge de la penumbra.

Es ella, la tumba, el imponente **Titanic**.

—Ahí está —murmura el líder de la expedición, un hombre cuya vida entera ha sido una obsesión por los tesoros perdidos, su voz es un murmullo—. Allí, allí... justo donde los registros decían que estaría el camarote de Jonas Pocius.

El brazo robótico se desliza con una gracia antinatural a través de los restos corroídos de lo que una vez fue una suite de lujo. La madera se ha desintegrado, los tapices son jirones fantasmales, pero el acero permanece.

Y allí, semioculta bajo una viga caída y una capa de un siglo de lodo, está la caja fuerte.

La operación es tensa y delicada, durante horas, los brazos mecánicos trabajan, cortando, levantando y asegurando el premio. Para que finalmente, la caja fuerte, una reliquia oxidada y cubierta de vida marina, es depositada en la cesta de recolección.

El viaje de regreso a la superficie es lento, un ascenso desde el pasado hacia el presente.



A bordo del buque de investigación, el aire se llena de una expectación casi eléctrica, las cámaras de los medios de comunicación, invitados para el gran momento, graban cada segundo. La caja fuerte gotea agua del Atlántico sobre la cubierta mientras el equipo técnico la rodea con herramientas de corte.

El investigador, ahora limpio y vestido para las cámaras, sonríe con la confianza de un hombre a punto de hacer historia.

Busca **El Corazón del Mar**, el legendario diamante azul que, según los manifiestos, viajaba en esa caja.

Con un chirrido metálico final, la puerta cede. El hombre introduce una mano enguantada y aparta el lodo espeso. Su rostro flaquea, no hay rastro de terciopelo, ni el brillo de una joya. En su lugar, sus dedos encuentran el borde de un objeto rectangular y blando, lo saca sin cuidado.

Es una carpeta de bocetos encuadernada en cuero, increíblemente bien conservado gracias a la caja fuerte que lo protegió de la presión y la descomposición total. El silencio en la cubierta es palpable, como la decepción.



Más tarde, con los pocos hallazgos, algo se ilumina, la decepción inicial da paso a la curiosidad. Una restauradora limpia con delicadeza, abriendo el cuaderno página por página bajo una luz especial.

El mundo entero, a través de las cámaras, es testigo de un milagro. Las páginas no contienen palabras, sino vida, un torbellino de trazos a carboncillo que capturaron un mundo perdido, los rostros curtidos de los fogoneros, niños de tercera clase jugando en cubierta, la risa congelada de dos jóvenes compartiendo una mirada cómplice, las manos elegantes de los músicos... Y entonces, la restauradora se detiene.

Pasa a una página central y un jadeo colectivo recorre la cubierta.

El dibujo es una obra de arte, un retrato de un joven doncel desnudo, reclinado en un diván de terciopelo. Su cuerpo es delgado, delicado, pero su pose es de una confianza desafiante, su cabello, incluso en la monocromía del carboncillo, parece arder con vida, un torbellino de mechones ondulados. Y sus ojos, de un tono que solo podía ser turquesa, azules, miran directamente al espectador, una mezcla de vulnerabilidad, anhelo y una profunda melancolía.

No lleva nada más que un pesado collar de diamantes con una piedra azul en el centro.

La noticia explota.

El Corazón del Mar fue encontrado, pero no como una joya, sino como el adorno de un misterioso doncel cuyo retrato es la única reliquia personal en la caja fuerte de un millonario. ¿Quién era él? ¿Un amante secreto? ¿Y quién era el artista con tanto talento como para capturar un alma en papel?



A miles de kilómetros de distancia, en una casa tranquila y llena de luz en la costa de Oregón, un hombre muy anciano mira el noticiero en un televisor de pantalla plana. Sus manos, cubiertas de las manchas de la edad, tiemblan ligeramente mientras sostienen una taza de té, su cabello es blanco y escaso, pero sus ojos, aunque nublados por los años, conservan un inconfundible matiz turquesa.

Cuando el retrato aparece en la pantalla, la taza resbala de sus dedos y se hace añicos en el suelo de madera. Él no lo nota, está paralizado, mirando un rostro que no ha visto en más de ochenta años.

El rostro de su juventud... un torrente de recuerdos, desde el olor del mar salado, el sonido de un violín, el tacto de unos dedos ásperos pero gentiles, el calor de un cuerpo musculoso contra el suyo en el agua helada lo golpea con la fuerza de una ola.

Con un esfuerzo que parece costarle todo, se levanta y, apoyándose en su bastón, se dirige al teléfono, y su nieta, que ha venido a ver cómo estaba, lo mira preocupada.

Él marca un número que ha anotado de la pantalla del televisor.

Al otro lado del mundo, en la zona de investigación, un joven asistente de producción contesta una de las miles de llamadas que inundan el barco.

—*Barco de investigación Keldysh, ¿dígame?*

Una voz frágil, pero extrañamente firme, resuena en la línea.

—Mi nombre es Jimin Jeon... Estoy llamando por el dibujo que encontraron.

—*Señor, estamos recibiendo muchas llamadas...* —empieza el asistente con impaciencia.

—Yo soy el superviviente que aparece en ese dibujo —lo interrumpe, su voz ganando una fuerza forjada en la memoria—. Ese doncel... soy yo.



Dos días después, el rugido de un helicóptero rompe la monotonía del Atlántico. Aterrizan en la cubierta del duque, la tripulación y el equipo observan cómo un hombre anciano, frágil pero con una dignidad inquebrantable, desciende ayudado por su nieta.

Es Jimin.

Lo conducen al laboratorio improvisado donde los artefactos recuperados se conservan en bandejas de agua desmineralizada, hay platos de porcelana, un par de zapatos, un reloj detenido para siempre... Jimin los ignora, pues su mirada se fija en el cuaderno de bocetos, abierto en la página del retrato, protegido bajo un cristal.

Se acerca lentamente, sus dedos arrugados se extienden y se detienen justo por encima de la imagen, sin atreverse a tocar el cristal, como si temiera romper el hechizo del tiempo.

Las lágrimas silenciosas surcan sus mejillas.

El investigador se acerca, su cinismo de cazador de tesoros reemplazado por un asombro genuino.

—¿De verdad es usted? —pregunta en un susurro.

Jimin no aparta la vista del dibujo, de su propio rostro joven y desafiante, de la firma apenas legible en la esquina inferior: *JK*.

Finalmente, levanta la vista, y sus ojos, increíblemente claros en ese momento, se encuentran con los del investigador y las cámaras que lo rodean. El peso de un siglo de silencio parece desvanecerse.

—El Titanic fue llamado 'El Barco de los Sueños' —comienza Jimin, su voz resonando con el eco de una juventud lejana—. Y lo era, realmente lo era... Pero para mí, fue una prisión de la que solo un hombre pudo liberarme.

Hace una pausa, y su mirada se pierde en el horizonte del océano.

—Tenía diecisiete años... y el mundo entero era un barco de sueños que estaba a punto de hundirse.

01

Miércoles, 10 de Abril de 1912.

El puerto de Southampton bullía caótico, un hervidero de humanidad al ritmo del sordo retumbar de las promesas del barco más grande jamás construido. Una multitud se agolpaba contra las barandillas, un mar de sombreros y pañuelos se agitaban en despedidas febriles, mientras el aire, espeso con el olor a sal, carbón y emoción cruda de miles de almas, resonaba con los gritos de los estibadores, que como hormigas laboriosas, izaban automóviles con grúas, las órdenes se ladraban con urgencia, los silbatos de los obreros sobre el bullicio junto al ir y venir de pasajeros, familiares y equipajes.

En medio de aquel remolino de movimiento, un Rolls Royce de color vino, con detalles dorados, se abrió paso con elegancia imperturbable, como si el caos no osara tocarlo. El chofer uniformado descendió, abriendo la puerta trasera reverente.

De su interior emergió Jonas Pocius, un hombre cuya riqueza se manifestaba no solo en el corte impecable de su abrigo de lana fina, sino en la confianza depredadora que curvaba sus labios en una sonrisa calculada. Se giró con fluidez, extendiendo una mano enguantada hacia el interior del vehículo, un gesto que hablaba de posesión más que de cortesía.

El joven y suave doncel de cabello rojizo tomó esa mano, su tacto delicado. Ese refinado joven era Jimin, quien bajó del vehículo con una gracia estudiada, su traje de viaje de un blanco puro y confeccionado con la mejor tela italiana, actuando como una armadura de buen gusto que ocultaba su vulnerabilidad.

Sus ojos de un único turquesa, enmarcados por pestañas oscuras, se posaron sobre la inmensa muralla de acero del Titanic. Observó su majestuosidad, desde los remaches que parecían incontables, las chimeneas que arañaban el cielo con arrogancia. Pero igualmente, en su mirada no había el mismo asombro de los demás pasajeros, en cambio, reflejaba una resignación fría.

Para el mundo, esa mole de metal era un sueño flotante, un símbolo de progreso y aventura. Pero para él, era la más opulenta de las prisiones, un recordatorio de que su vida ya no le pertenecía.

—No parece más grande que el Mauretania —murmuró Jimin, con un dejo de desdén en su voz suave, una pequeña rebelión verbal dirigida a su prometido.

Jonas soltó una risa condescendiente, apretando su mano sobre el hombro de Jimin, una presión que pretendía ser afectuosa pero que se sentía como una atadura. Su mirada se endureció por un destello de irritación que desapareció rápido, reemplazado por esa sonrisa depredadora.

—Es un veinte por ciento más largo y bastante más lujoso, querido. Créeme, no verás nada tan majestuoso como esto en tu vida —replicó, inclinándose ligeramente hacia Jimin—. Es insumergible, es la voluntad de Dios hecha acero.

Mientras hablaba, extendió la otra mano para ayudar a bajar a Yulia Park, la madre de Jimin, mujer cuya delicadeza era tan afilada como cristal roto. Su rostro enmarcado por un sombrero adornado con plumas que temblaban ligeramente al viento. Ella descendió con pasos medidos, su mano enguantada rozando apenas la de Jonas, y lanzó una risa etérea, analizando el barco con una admiración fingida.

—Mi Jimin es difícil de impresionar —comentó ella, dirigiendo una mirada rápida a su hijo, sus labios en una sonrisa que parecía más una advertencia que un halago—. ¿De verdad es tan indestructible como aseguran, Jonas? El linaje de los Park depende de un viaje seguro.

—Absolutamente, mi querida Yulia —aseguró Jonas con un énfasis que no admitía réplica, su pecho inflándose ligeramente con orgullo—. Es una certeza científica.

Mientras el trío de primera clase avanzaba hacia la pasarela, evitando el caos con la ayuda de sirvientes que apartaban a la multitud, a pocos metros, un mar de inmigrantes y viajeros de tercera clase se agolpaba en una larga fila para una humillante inspección de piojos y enfermedades. Gritos de "*¡Siguiente!*" y "*¡Abran la boca!*" se mezclaban con el llanto de los niños.

Para Jimin, cada paso sobre la lujosa alfombra roja era un paso más hacia el interior de su celda, él por fuera, era todo lo que un joven doncel de su posición debía ser, hermoso, dócil, con una postura erguida que proyectaba elegancia, y portador de la promesa de un heredero varón que uniría dos fortunas. Pero por dentro, un grito de auxilio se ahogaba en un océano de seda y buenos modales, su corazón latiendo con un pulso sordo de desesperación que hacía que sus dedos se crispasen ligeramente en los guantes.

Se sentía como un esclavo encadenado, siendo transportado a América para servir a un amo, su futuro sellado en un anillo de compromiso que pesaba como grilletes invisibles.



Lejos del lujo, en el corazón ruidoso de una taberna cercana, la vida se jugaba a cara o cruz sobre una mesa pegajosa de cerveza. El aire lleno de una energía cruda y vital, personificada en Jungkook Jeon, quien se reclinaba en su silla con un cigarrillo colgando de la comisura de sus labios, exhalando humo en lentas volutas mientras sus ojos azules, entrecerrados en concentración, escrutaban sus cartas. Desprendía una seguridad que rayaba en la insolencia, su mandíbula tensa y un leve mordisqueo en su mejilla interna.

A su lado, su amigo Taehyung Kim se retorció en su asiento, el sudor perlando su frente mientras observaba la pila de monedas frente a ellos, sus manos aferradas al borde de la mesa como una segunda seguridad.

—Estás loco, Jungkook. ¡Has apostado todo lo que teníamos! ¡El pasaje del tren, todo! —susurró Taehyung en un manojo de nervios, su voz temblando mientras sus ojos se agrandaban con pánico.

Frente a ellos, dos fornidos suecos murmuraban en su idioma, confiados en su juego, uno de ellos tamborileando los dedos sobre la mesa con impaciencia.

Jungkook exhaló una lenta columna de humo, sus ojos azules sin desviarse de sus oponentes, y luego giró la cabeza mínimamente hacia su amigo, un gesto casual que contrastaba con la tensión en el aire.

—Escucha, Tae. Cuando no tienes nada... —hizo una pausa, un murmullo tranquilo y grave, inclinándose ligeramente hacia adelante con una sonrisa ladeada— ...no tienes nada que perder.

Esa simple filosofía hizo que Taehyung rodara los ojos y se hundiera en su silla, rindiéndose a la temeraria fe de su amigo con un suspiro resignado. Sobre la mesa, entre un puñado de monedas de distintas nacionalidades, un reloj de bolsillo de plata y una navaja, destacaban

dos papeles que eran la joya de la corona, la apuesta final del sueco más grande, dos boletos de tercera clase para el RMS Titanic.

El momento llegó, y la tensión en la mesa era casi física, el humo del cigarrillo de Jungkook envolviendo la escena como una niebla de suspenso.

Taehyung mostró su mano inútil, su rostro convirtiéndose en una máscara de derrota, los hombros cayéndole con pesadez.

El primer sueco bajó una doble pareja, su expresión triunfal endureciéndose en una sonrisa torcida.

El segundo, un trío, golpeando la mesa con la palma abierta en celebración prematura.

Jungkook mantuvo sus cartas cerca del pecho, miró a su amigo, su rostro adoptando una expresión de profunda pena, en fingido remordimiento.

—Lo siento mucho, Taehyung...

La sangre abandonó el rostro de Taehyung, sus ojos dilatándose en horror.

—¡Maldición, Jungkook! ¡Te lo dije! ¡Apostamos hasta el alma y...!

Jungkook lo detuvo, levantando una mano con calma, su mirada clavándose en la de su amigo, y una lenta sonrisa comenzó a dibujarse en su rostro, transformando su expresión de lamento a victoria radiante.

—Lo siento... porque no podrás ver a tu mamá en mucho tiempo. ¡Nos vamos a América!

Con un golpe seco y triunfal, Jungkook lanzó sus cartas sobre la mesa, un full house. El silencio se rompió en un instante. Taehyung pasó de la incredulidad al éxtasis puro, un "*¡NO PUEDE SER!*" que le rasgó la garganta mientras saltaba de la silla, sus manos temblando al barrer las monedas.

Los suecos miraron las cartas, atónitos, uno de ellos palideciendo mientras el otro apretaba los puños.

El sueco mayor, enfurecido, agarró a Jungkook por el cuello de la camisa, levantando un puño con los nudillos blancos de rabia. Jungkook inclinó su cabeza y entrecerró un ojo, esperando el golpe, que nunca llegó. El puño se desvió y aterrizó en la cara de su compañero, castigándolo por haber apostado su única oportunidad de una nueva vida.

—¡Maldito bastardo! —rió Taehyung, abrazando a su amigo con fuerza, entregándole los boletos mientras una risa histérica escapaba de sus labios.

—¡Nos vamos a casa! —gritó Jungkook, levantando los papeles cual trofeos, su pecho hinchándose con orgullo mientras su sonrisa se ampliaba, contagiosa y llena de vida—. ¡A América!

Su alegría era tan contagiosa que incluso los otros clientes del bar sonreían, alzando sus jarras en un brindis improvisado. Pero el barman, mirando el reloj de la pared con el ceño fruncido, acabó con la celebración.

—¡Me temo que no, amigos! —gritó por encima del alboroto, su voz cortante cual silbato—. ¡El Titanic zarpa en cinco minutos!

La realidad los golpeó como un latigazo, se miraron con una nueva urgencia, el pánico mezclado con la adrenalina haciendo que sus ojos brillaran. Agarraron sus humildes bolsas de lona y salieron disparados del bar, corriendo como niños perseguidos, riendo a carcajadas mientras el viento les azotaba el rostro.

—¡Esto es lo más caro que hemos conseguido por absolutamente nada a cambio! —gritaba Taehyung, sin aliento, sus piernas moviéndose con desesperación.

Llegaron al muelle justo cuando los oficiales retiraban la última pasarela, el sudor corriéndoles por la frente y el pecho agitado por la carrera.

—¡Esperen! ¡Somos pasajeros! —jadeó Jungkook, agitando los boletos en el aire.

Corrieron desesperadamente, saltando la barandilla y llegando justo a tiempo. Un oficial los detuvo, examinando los boletos con escepticismo, sus cejas arqueadas en duda.

—¿Pasaron por la inspección sanitaria? —preguntó.

Jungkook, con una naturalidad pasmosa y sin perder el aliento, pasó un brazo por los hombros de Taehyung, su sonrisa desarmante curvándose en los labios mientras enderezaba la postura.

—Claro que sí, y no tenemos piojos, se lo aseguro. Somos americanos... de pura cepa, solo mírenos —dijo con confianza genuina.

Su encanto era tan convincente, su mirada tan directa y honesta, que el oficial, tras una breve duda con un segundo en que frunció el ceño, se hizo a un lado y les permitió pasar con un gesto resignado.

—Pasen.

Sonrieron ampliamente y saltaron a bordo en el último segundo, dos almas afortunadas en un océano de despedidas. Mientras corrían por los pasillos estrechos de tercera clase, la risa de Jungkook resonaba en el corredor metálico, su mano palmeando la espalda de Taehyung.

—¡Somos las personas más afortunadas del mundo! —le gritó, su voz rebosante de euforia genuina.

Taehyung solo podía asentir, con el corazón latiéndole a mil por hora, una sonrisa tonta en su rostro exhausto.

El estruendo ensordecedor de las chimeneas del barco llenó el aire, la bestia de metal cobrando vida con un rugido que vibraba en los huesos. Sin pensarlo dos veces, subieron corriendo a la cubierta más alta que encontraron, apretujándose entre otros pasajeros de tercera clase, uniéndose al coro de saludos y despedidas, agitando los brazos sin un destino concreto, despidiéndose de toda una vida de pobreza y anonimato en Europa, sus rostros iluminados por una libertad recién ganada.

—¿Conoces a alguien ahí abajo? —preguntó Taehyung entre gritos, su voz ahogada por el viento.

—¡Claro que no! —respondió Jungkook, con una carcajada que se llevó el viento, su cabello revuelto y los ojos brillantes de pura vitalidad—. ¡Pero qué importa!

El ancla fue levantada con un clangor metálico, las amarras liberadas en un suspiro unisono. Lentamente, majestuosamente, el gran barco comenzó a moverse, separándose de la tierra firme para adentrarse en el vasto océano Atlántico, y el sueño, finalmente, había comenzado, para unos, un sueño de riqueza y poder, teñido de obligaciones, y para otros, un sueño de libertad y nuevas oportunidades, ganado en un golpe de suerte.

Y para Jimin Park, de pie en su balcón privado de primera clase, con las manos apoyadas en la barandilla fría y los ojos fijos en la costa que se desvanecía en la distancia, la pesadilla acababa de zarpar, un nudo apretándose en su garganta mientras el viento le susurraba promesas vacías.

O al menos, eso creía.



¡Bueno! Aquí comienza definitivamente esta historia. Y es de madrugada pero bueno, yo publico igual, nomás.

Así que, buenas noches, buenos días y buenas tardes, todo depende de cuando leas esto.

Trataré de hacer maratón después de este capítulo, así se pueden leer este ff del tirón, eso da gusto.

¡En fin! No olvides opinar, votar, o simplemente dejar un comentario, amo.

De mientras, que te vaya muy bien, come, bebe agua, te me cuidas. Que nos tenemos que seguir leyendo, siempre ♥

02

Los pasillos de tercera clase eran un laberinto bullicioso y vibrante del mundo del que provenían sus pasajeros, familias con humildes ojos llenos de sueños, inmigrantes esperanzados que se entretejían en un tapiz de humanidad cruda. El aire impregnado de un olor reconfortante a guiso, a lana húmeda y a la emoción de un nuevo comienzo, mientras un acordeón sonaba en la lejanía con notas alegres y melancólicas, mezclándose con la melodía rota de idiomas, risas espontáneas, y el llanto ocasional de un niño.

Con sus modestas bolsas de lona al hombro, Jungkook se abría paso con una confianza natural, su postura erguida y pasos decididos liderando a Taehyung a través del gentío, como si el pasillo fuera un río que él supiera navegar instintivamente. Sus ojos azules escaneaban las puertas con una chispa de anticipación, y una sonrisa sutil curvaba sus labios, reflejando la euforia que aún vibraba de su victoria en la taberna.

—Debe estar por aquí —murmuró Jungkook, más para sí mismo que para su amigo, mientras esquivaba con agilidad a un grupo de niños que jugaban, sus risitas infantiles elevándose por encima del bullicio.

En un giro brusco, su hombro tropezó accidentalmente con el de una joven madre que sostenía a su bebé envuelto en una manta. Jungkook se detuvo al instante, y extendió una mano para estabilizarla con delicadeza, su sonrisa afable, cálida y desarmante, disolvió cualquier posible molestia antes de que surgiera.

—¡Mil disculpas, señora! —dijo, inclinando la cabeza en un gesto cortés, su voz teñida de sinceridad que hacía que sus ojos brillaran con calidez.

La mujer le devolvió la sonrisa, un leve rubor tiñendo sus mejillas agotadas, y Taehyung, justo detrás, le dio una palmada juguetona en la espalda a Jungkook, su propia risa burbujeando con complicidad.

—Siempre tan galante, Jeon —bromeó Taehyung, guiñando un ojo mientras ajustaba la correa de su bolsa—. Deberías tener más cuidado o acabarás con una docena de pretendientes antes de llegar a Nueva York.

Finalmente, en una esquina junto a una tubería de vapor que silbaba suavemente, encontraron la puerta marcada como G-60. Al entrar, el espacio se reveló austero y funcional, dos literas de metal a cada lado, un pequeño lavabo en la esquina, y un único ojo de buey que ofrecía una vista corta y ondulante del océano.

En una de las literas inferiores ya estaban instalados dos suecos, quienes levantaron la vista de sus escasas pertenencias con una mezcla de sorpresa y confusión, uno de ellos parpadeando lentamente, como si intentara procesar la intrusión. Jungkook dejó caer su bolsa al suelo con un golpe sordo y extendió la mano hacia el más cercano, el hombre corpulento que lo miraba extraño, con mandíbula cuadrada.

—Jungkook Jeon, encantado —dijo con una alegría genuina, su sonrisa ampliándose para mostrar dientes blancos, mientras mantenía la mano firme en el aire.

El sueco observó la mano extendida con el ceño fruncido, un breve titubeo cruzando su rostro antes de aceptarla con un apretón breve y contundente, sus dedos envolviendo los de Jungkook en un saludo práctico pero sin palabras, como si el lenguaje fuera una barrera innecesaria en ese momento.

Mientras tanto, Taehyung, con agilidad lanzó su bolsa a la litera superior vacía y trepó tras ella en un movimiento fluido, dejándose caer de espaldas con un suspiro de satisfacción que infló su pecho, cruzó los brazos detrás de la cabeza, sus ojos cerrándose por un instante en puro alivio.

—¡Ya me instalé! —exclamó con una sonrisa pícara.

Jungkook se giró hacia él, su rostro adoptando una máscara de falsa indignación.

—¡Un momento, Kim! ¿Desde cuándo el segundo al mando elige primero? —replicó, acercándose con fingida autoridad—. Esa litera es mía por derecho de conquista. ¡Yo gané los boletos!

—¡Pero yo te di el apoyo moral! —contraatacó Taehyung, riendo mientras se incorporaba ligeramente, sus ojos brillando con diversión fraternal.

Lo que siguió fue un forcejeo juguetón, una ráfaga de empujones ligeros y risas contenidas que llenaron la pequeña cabina de una energía cálida y fraternal, como hermanos improvisados en un mundo incierto, ambos jadeando entre carcajadas que resonaban en las paredes metálicas.

Los suecos observaban la escena con una ceja alzada, completamente anonadados por la familiaridad de aquellos dos extraños, el corpulento intercambiando una mirada perpleja con su compañero, sus hombros encogiéndose en resignación. Se giró hacia él y le preguntó en sueco, con un tono bajo y confuso, "*¿Y dónde diablos está Bjorn?*"

El contrario, igual de confundido por la repentina aparición de dos desconocidos en lugar de sus amigos, simplemente se encogió de hombros, un gesto universal de aceptación ante los caprichos del destino, sus labios curvándose en una media sonrisa involuntaria ante la vitalidad contagiosa de los recién llegados.



Mientras tanto, en la cubierta de primera clase, el silencio era un lujo más. En la suite de Pocius, el único sonido era el suave murmullo de los sirvientes moviéndose con precisión y el roce delicado de la seda contra la madera pulida, creando una atmósfera de refinamiento, contraste con la cruda vitalidad de las cubiertas inferiores.

Jonas se encontraba en el salón principal, una estancia con paneles de caoba tallada que brillaban bajo la luz, sofás de terciopelo y un jarrón de lirios frescos sobre una mesita de mármol que gritaba lujos sutiles, como si cada detalle hubiera sido curado para impresionar. El hombre sostenía una copa de champán en la mano, el líquido burbujeante capturando la luz, mientras observaba con desdén cómo su mayordomo, un hombre de rostro impasible y postura rígida, supervisaba la colocación de su equipaje con gestos precisos.

—¿Está todo a su gusto, señor Pocius? —preguntó el mayordomo, su voz neutra, inclinándose ligeramente la cabeza.

Jonas no respondió de inmediato, simplemente agitó la copa en un gesto displicente, un leve giro de muñeca que transmitía impaciencia, sus ojos entrecerrados en aburrimiento, era una orden silenciosa para que lo dejara en paz. Así que el mayordomo asintió con un parpadeo mínimo y se retiró con la eficiencia de una sombra, desapareciendo por la puerta sin un ruido.

En el dormitorio contiguo, el ambiente era distinto, un santuario personal que estaba siendo cuidadosamente ensamblado, un refugio temporal en medio de la opulencia asfixiante, el joven Jimin, con delicadeza en cada movimiento, desenvolvía de entre paños de lino sus posesiones más preciadas, cuadros, lienzos que eran su único refugio, un mundo de color y emoción en su vida monocromática, cada uno evocando recuerdos de libertad que se desvanecían.

Una joven mucama, observaba con curiosidad genuina desde el fondo, sus ojos agrandándose ligeramente mientras Jimin sostenía un pequeño lienzo que representaba un paisaje impresionista.

—Es precioso, señor Park —dijo ella, su voz suave y admirativa, inclinándose un poco hacia adelante—. ¿Desea que los coloque todos para decorar la habitación?

Jimin asintió, sus ojos turquesa fijos en una de las pinturas, un leve suspiro escapando de sus labios mientras sus hombros se relajaban por un instante, como si el arte le ofreciera un respiro fugaz.

—Sí, por favor, Trudy —respondió con voz baja y teñida de una melancolía sutil—. Este camarote necesita desesperadamente un poco de vida.

En ese momento, el guardaespaldas de Jonas, un hombretón de hombros anchos y mirada vacía, dio una orden seca a un mozo que luchaba por mover un baúl pesado, su voz grave. Y justo después, Jonas apareció desde la puerta, apoyándose contra el marco una arrogancia estudiada, su copa de champán aún en la mano, su mirada barrió la colección de arte con una mueca de desprecio, las cejas arqueadas en sarcasmo evidente.

—Una fortuna en manchas de pintura —comentó, su tono goteando condescendencia mientras cruzaba los brazos—. Sigo pensando que fue un disparate, Jimin. Un gasto completamente innecesario.

Sin siquiera voltear a verlo, Jimin continuó examinando un cuadro de colores vibrantes y formas cubistas, sus dedos trazando el borde del lienzo con reverencia, su mandíbula se tensó ligeramente, un signo sutil de frustración contenida.

—Se llama tener gusto, Jonas —replicó con calma, aunque sus ojos se nublaron por un segundo con resignación—. Es la diferencia entre apreciar la belleza y simplemente comprarla. Son fascinantes.

—Fascinantes —repitió Jonas, arrastrando la palabra con sarcasmo, su labio superior curvándose en una sonrisa falsa. Bebió un sorbo de champán, sus ojos fijos en Jimin con una intensidad que hacía que su postura se enderezara imperceptiblemente—. Son el capricho de un artista hambriento, nada más.

Trudy, la mucama, señaló con timidez el cuadro que Jimin sostenía, su dedo extendido con vacilación mientras bajaba la mirada para no imponerse.

—¿Disculpe, señor? ¿Quién pintó ese tan... particular? —preguntó, su voz curiosa pero respetuosa.

—Alguien llamado Picasso —respondió Jimin, con un atisbo de orgullo en su voz, sus ojos iluminándose brevemente con pasión genuina mientras enderezaba el lienzo.

Jonas bufó, una risa corta y sin alegría que resonó en la habitación, su cabeza echándose hacia atrás ligeramente en desdén.

—¿Pi-ca-ssó? Puf, te aseguro, querido, que ni él mismo se recordará en un par de años — dijo, agitando la mano libre en un gesto desdeñoso—. Probablemente te lo vendió barato.

La tensión en la habitación se hizo más densa, un silencio pesado que como una niebla, los hombros de Jimin encorvándose sutilmente bajo el peso invisible. Justo entonces, dos mozos entraron empujando un carrito con una pesada caja fuerte de acero, sus músculos tensándose con el esfuerzo mientras jadeaban en voz baja, el guardaespaldas les indicó con un gesto brusco que la colocaran en el bastidor.

Mientras los hombres la instalaban con un gruñido de esfuerzo, el clangor metálico resonando como un eco ominoso, Jimin seguía aferrado a su Picasso, sus dedos apretándose alrededor del marco como si el frágil lienzo fuera el único escudo contra la prisión de lujo que lo rodeaba, sus ojos fijos en los colores vibrantes en busca de un escape efímero.



¡Buenos días, buenas tardes y buenas noches!

*¡Ladies and gentlemen!
(¡k se levanta y saluda)*

*A todas las personas que están esperando esta historia pacientemente... tú, sí. ¡Tú!
Déjame decirte que te amo mucho, porque es por ti que ésto me emociona tanto
compartirlo.*

Ya ves.

*La razón por la que publico este capítulo no es más que para decidir algo crucial, pues ya
llegué al besito y al retrato. Y otros piden capítulos de forma urgente... eh...*



Les muestro mi alma.

¡Sí! yo sabía que llegar al conejo y al pollito ya era llegar a el punto de no retorno de JK y JM, algo que suele pasar en la mayoría de historias, ya saben, un antes y un después.

Y pregunto por éstos medios... ya que de otra forma quizás no les llega éste mensaje, mejor aquí. ¿Prefieren que publique todo hasta el momento del retrato...? ¿O gustan que esté todo completo de una vez?

¿Cuál es la diferencia? Que publicar mañana la mitad, tal vez me lleve a publicar un poco más tarde el resto.

Desde éste capítulo en adelante, comenzamos con los verdaderos avances.

Ustedes deciden, gracias por todo su cariño, ésta es mi forma de devolverlo y en lo posible multiplicarlo ♥

Muchísimas gracias por tu atención, espero estés muy, muy bien.

Nos leemos.

Ah, y miren: 🍌🍌🍌



03

Jueves, 11 de Abril de 1912.

Al día siguiente, el Titanic había dejado atrás la costa de Irlanda, convirtiéndose en un universo flotante en medio de un océano infinito y azul, el sol de la tarde bañaba las cubiertas con una luz dorada, y el aire era tan limpio y fresco que parecía una mentira piadosa, un respiro efímero en vidas marcadas por la incertidumbre.

Fue en ese instante de calma perfecta que el capitán Smith, desde el puente de mando, decidió sentir el verdadero poder de su coloso, una orden silenciosa fue teleografiada a las entrañas de la nave, sus ojos grises brillando con orgullo paternal mientras observaba el horizonte.

En el corazón hirviente del barco, un mundo aparte de acero, la campana del telégrafo resonó con estrépito, cortando el aire cargado de hollín.

“¡A toda máquina!”, rugió el jefe de ingenieros por encima del estruendo ensordecedor, su voz grave resonando en las paredes metálicas.

Los fogoneros, con los torsos desnudos y brillantes de sudor que reflejaban las llamas, abrieron las fauces de las calderas y lanzaron paladas de carbón a las llamas rugientes en un ritmo hipnótico de esfuerzo compartido. Gigantescos y pulidos pistones comenzaron a moverse con una velocidad y una fuerza aterradoras, abajo, en el agua, las tres hélices de tamaño asustador giraron con una furia creciente, batiendo el océano y dejando una estela de espuma tan blanca como la nieve.

Una vibración profunda recorrió cada remache y cada viga del barco.

En la proa, ajenos a la mecánica infernal bajo sus pies, Jungkook y Taehyung sentían esa vibración como una oleada de pura vida que les aceleraba el pulso con emoción infantil, corriendo entre risas, sus botas golpeando la cubierta de madera mientras el viento les azotaba el rostro, llegaron hasta el mismísimo pico del barco, aferrándose a la barandilla.

—¡Mira eso, Tae! —gritó Jungkook, su voz compitiendo con el viento, mientras señalaba las olas que el barco partía en dos con un dedo extendido, sus ojos azules agrandándose en puro asombro.

—¡Se siente increíble, hermano! —aseguró el pelinegro, su sonrisa amplia revelando un destello de dientes mientras asentía vigorosamente, el pecho subiendo y bajando con jadeos de euforia.

De repente, una manada de delfines apareció, saltando y jugando en la estela de la proa como si lo escoltaran, sus lomos brillando bajo el sol. Ambos amigos rieron a carcajadas, maravillados por la magnífica sencillez del momento, sus hombros chocando en mientras se inclinaban sobre la barandilla, los rostros iluminados por una alegría genuina.

En un arrebató de euforia, Jungkook agarró uno de los cabos de amarre con manos firmes, y con un ímpetu juvenil trepó por la barandilla hasta quedar de pie en fuelles de la proa, con el abismo azul a sus pies. El viento azotaba su rostro y revolvía su cabello castaño, sus mejillas enrojecidas por la brisa mientras sus ojos se cerraban por un instante en éxtasis puro.

—¡Ya casi puedo ver la Estatua de la Libertad...! Pequeña, por supuesto —bromeó Taehyung desde abajo, protegiéndose los ojos del sol con una mano ahuecada, su expresión juguetona curvando los labios en una sonrisa ladeada.

Jungkook no respondió, en su lugar, abrió los brazos de par en par, como si quisiera abrazar el horizonte entero, su pecho inflándose en una inhalación profunda del aire que llenaba sus pulmones de libertad recién ganada. Lanzó un grito que brotó desde lo más profundo de su alma, un “¡Woohoo!” de victoria contra la nada que había dejado atrás, su rostro transformado en una máscara de triunfo radiante.

—¡SOY EL REY DEL MUNDO!

Taehyung se unió a él con un grito de júbilo, levantando los puños al aire mientras su risa resonaba, recordando la hermandad que unía sus destinos en ese momento eterno.

En ese instante, suspendidos entre el cielo y el mar, eran invencibles, dueños de un destino que acababan de robarle a la suerte, sus corazones latiendo al unísono con el pulso del océano.



Viernes, 12 de Abril de 1912.

Lejos de esa libertad exorbitante, en el suntuoso y silencioso restaurante a la carta de primera clase, se libraba una batalla muy diferente, una de sutilezas y tensiones que pesaban como cadenas doradas.

Jimin estaba sentado junto a una mesa cubierta con un mantel de lino, rodeado de cristal reluciente. A su lado, Jonas hablaba sobre finanzas con otros hombres adinerados, su voz resonante y autoritaria mientras gesticulaba con una mano, y frente a él, el ingeniero del barco, Thomas Andrews, un hombre de mirada inteligente y amable que se suavizaba con una sonrisa modesta, escuchaba con atención.

Desinteresado, el delicado doncel sacó un cigarrillo de una pitillera de plata con dedos temblorosos por la frustración contenida, y lo encendió con un fósforo, un acto de calculada rebeldía que hacía que sus labios se curvaran en una sonrisa desafiante sutil.

A su lado, su madre volteó a verlo con su ceño fruncido, sus propios ojos turquesa acusadores.

—Jimin, detesto cuando haces eso —siseó ella, sus ojos entrecerrándose en desaprobación mientras sus manos se crispaban sobre la servilleta.

Jimin la miró con ojos desafiantes, un brillo de rebeldía iluminando su mirada, y, deliberadamente, exhaló una lenta columna de humo en su dirección, su postura enderezándose como un acto de afirmación silenciosa.

Antes de que Yulia pudiera reaccionar, la mano de Jonas se movió con la rapidez de una serpiente, y sin decir una palabra, le arrancó el cigarrillo de los dedos con un gesto posesivo, y luego, como si nada hubiera pasado, lo aplastó en un cenicero cercano con un giro brusco de muñeca, y se dirigió al camarero con una sonrisa falsa.

—Tomaremos el cordero con menta. A Jimin le gusta con mucha salsa, ¿verdad, querido? —dijo, sin esperar respuesta, su tono condescendiente mientras colocaba una mano en el brazo de Jimin.

La tensión era tanta, un silencio pesado que hacía que los hombros de Jimin se tensaran imperceptiblemente. Fue Molly Brown, una mujer simple y de gran corazón, poca paciencia para las formalidades, la que la rompió con una risa ronca y genuina.

—¿Qué harás después, Jonas? ¿Le cortarás la comida en trocitos y se la darás en la boca? —bromeó, sus ojos chispeando con picardía mientras Jonas la fulminaba con la mirada, su mandíbula tensándose en irritación contenida. Molly carraspeó y, para desviar la atención, se giró hacia el ingeniero con una ceja arqueada—. ¿Y dígame, señor Andrews? ¿Quién fue el genio que pensó en el nombre ‘Titanic’? ¿Fue usted?

Bruce Ismay, el director de la línea de viaje, sonrió con un carraspeo, llamando la atención mientras se inclinaba ligeramente hacia adelante, su expresión complacida.

—En cierto modo, buscaba un nombre que evocara un poder inmenso, los Titanes eran los gigantes que gobernaban la Tierra antes que los dioses —explicó, su voz suave y firme—. El nombre no solo implica tamaño, sino estabilidad, lujo y, sobre todo, una fuerza inconmovible.

Jimin, que se mantuvo en silencio con los labios apretados, dejó escapar una risa amarga y seca, sus ojos nublándose con un destello de ironía mientras sacudía la cabeza sutilmente.

—¿Conoce a Freud, señor Ismay? —llamó la atención de los presentes, incluidos el director—. Sus ideas sobre la preocupación masculina por el tamaño podrían resultarle interesantes.

Unas pocas risas ahogadas se oyeron en la mesa, hombros temblando en diversión reprimida, pero las miradas de Jonas y Yulia eran gélidas.

—¿Que es lo que te pasa? —le espetó su madre en voz baja, inclinándose hacia él en advertencia.

Limpiándose los labios con su servilleta en un gesto deliberado y elegante, Jimin se puso en pie con gracia imperturbable, sus hombros en una postura de dignidad silenciosa.

—Si me disculpan, necesito tomar un poco de aire —dijo, calmado pero con una melancolía que tiraba del corazón.

Nadie intentó detenerlo, y mientras se alejaba con pasos medidos, Yulia se disculpó por su hijo con una sonrisa forzada, sus manos entrelazadas con tensión.

Molly observó a Jonas e hizo un gesto, para hablarle con una sinceridad brutal, su expresión franca y sin filtros.

—Es un muchacho con carácter decidido, Jonas. Te deseo suerte, vas a necesitarla para domarlo —comentó, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Ocupese de sus asuntos, señora Brown —respondió él, su educación apenas velando la furia en su voz, un músculo en su mandíbula palpitando con irritación contenida.

Mientras tanto, Bruce continuaba anonadado por las palabras del dolcel, tratando de entender mejor.

—¿Y quién es Freud...? ¿Un pasajero? —preguntó ingenuo.

En la cubierta de tercera clase, el aire estaba lleno de vida real y vibrante de conversaciones animadas, risas espontáneas y el olor salino que unía a todos en una hermandad improvisada. Jungkook estaba sentado en un banco, dibujando en su cuaderno con trazos rápidos y precisos que capturaban la esencia de un padre que le explicaba a su hija pequeña cómo funcionaban las hélices del barco, su ceño fruncido y sus ojos azules entrecerrados en concentración mientras el lápiz danzaba sobre el papel. A su lado, Taehyung observaba la inmensidad de la estructura con admiración, su postura relajada con los brazos apoyados en las rodillas, mientras hablaba con otro pasajero de tercera clase, de cabello castaño, que fumaba un cigarrillo armado.

—Es un barco bonito, ¿eh? —comentó el pelinegro, con gracia en su tono.

—Sí, es un barco Irlandés —respondió el otro muchacho.

Taehyung frunció el ceño, sin captar del todo.

—¿Qué no era inglés? —preguntó.

El joven negó con seguridad, calando un momento del cigarrillo.

—No, no —aseguró—. Lo construyeron en Irlanda, quince mil Irlandeses. Lo hicieron sólido como una roca, manos Irlandesas.

Jungkook se giró capturado por la conversación de su amigo con el otro pasajero, su expresión curiosa iluminándose. El hombre sonreía mientras daba una calada a su cigarrillo, su rostro relajado con una sonrisa irónica que curvaba los labios, señalando con la cabeza a un grupo de perros paseados en la cubierta.

—Los perros de primera clase sólo vienen aquí abajo a ensuciar —se quejó, exhalando humo con un suspiro resignado.

Jungkook asintió.

—Eso nos deja claro sobre qué lugar ocupamos entre todo esto —replicó, sus ojos brillando con humor.

El joven asintió, divertido, su sonrisa ampliándose mientras se acercaba con pasos casuales, extendiendo la mano en un gesto amistoso.

—No me lo recuerdes. Soy Hoseok, por cierto, Hoseok Jung.

—Jungkook —dijo el dibujante, estrechando su mano con un apretón firme y cálido, su expresión abierta reflejando una conexión instantánea.

Taehyung también estrechó su mano.

—Taehyung, un gusto —dijo, con su sonrisa encantadora.

Hoseok devolvió la sonrisa, calando del cigarro una vez más, luego, no pudo evitar mirar los trabajos en manos de Jungkook.

—¿Ganas dinero con tus dibujos? —preguntó con una ceja arqueada en curiosidad genuina, pero la mirada del joven artista se desvió hacia arriba, a la barandilla de la cubierta de primera clase, sus ojos ensanchándose sutilmente en fascinación.

Y allí estaba él.

Jimin caminaba serio, apoyándose en la barandilla, un pájaro exquisito en una jaula dorada, el viento jugaba con su cabello rojizo y el sol de la tarde perfilaba su rostro pálido y melancólico, sus labios entreabiertos en un suspiro silencioso mientras sus manos se aferraban a la madera con dedos blancos por la tensión.

Parecía tan solo y fuera de lugar que a Jungkook se le encogió el corazón, un tirón sentimental que hacía que su aliento se entrecortara.

Hoseok, al ver que habían perdido a Jungkook en su expresión distraída y soñadora, siguió la mirada, encontrándose al delicado doncel, y suspiró con una sonrisa pícaro, cómplice, y negó al joven soñador.

—Ah, olvídale, amigo —dijo Hoseok—. Un doncel de ese porte jamás se fijaría en alguien como tú —concluyó en un todo modesto.

Pero Jungkook no lo oía, estaba cautivado, atrapado en ese instante suspendido en el tiempo, su pecho subiendo y bajando con una respiración acelerada mientras memorizaba cada detalle.

Por un instante, el joven arriba giro su cabeza, sintiendo el peso de la mirada de Jungkook, aquellas se cruzaron a través de la distancia y la abismal diferencia de clases, los ojos turquesas de Jimin se desviaron un momento, manteniendo la postura rígida y exquisita, para volver a verlo de reojo, atraído por la fuerza invisible del dibujante a sus pies.

Taehyung rió burlón ante su amigo, y sacudió su mano frente a la cara de Jungkook, esperando recuperarlo, pero éste no dejaba de observar, el pelinegro sólo soltó una risita y volteó a ver al doncel con gracia.

La ensoñación se rompió bruscamente cuando el tipo bien vestido apareció, colocando una mano posesiva en el brazo de Jimin con un toque que hacía que los hombros del joven se tensaran visiblemente, girándolo de vuelta al interior con una expresión seria.

Jungkook observó cómo desaparecía, pero la imagen de aquellos ojos tristes y curiosos quedó grabada a fuego en su mente, una promesa silenciosa en medio del vasto océano que hacía que su corazón latiera con una esperanza inexplicable.



0 4

Esa misma noche, el gran salón comedor de primera clase era un deslumbrante espacio donde el lujo sofocaba cualquier atisbo de autenticidad y humildad. Los violines de la orquesta tejiendo una melodía suave que llenaba el fondo sobre el murmullo constante de conversaciones vacías sobre acciones, herencias y política, las luces cálidas reflejaban destellos en los cubiertos de plata y la porcelana, pero la atmósfera era fría, sólo visual, recordando el vacío de las jerarquías invisibles que gobernaban cada gesto.

Jimin se sentía como un fantasma en el festín, un desconocido atrapado en un cuerpo y lugar que no le correspondía. Rodeado de rostros intolerantes cuyos ojos brillaban con cortesía fingida, cada plato servido, cada copa de vino rellena, era un eslabón más en la cadena que lo ataba a esa vida de apariencias, sus dedos, delicados y pálidos, jugueteaban con el borde de su servilleta, un tic nervioso que traicionaba su calma aparente.

Se sentía al borde de un precipicio invisible, con una sonrisa petrificada en los labios, y un grito ahogado en el pecho, un anhelo desesperado de liberación que hacía que su respiración se entrecortara ligeramente. Sus ojos, de color mar, estaban perdidos en la nada, vidriosos y distantes, su cuerpo presente, pero su alma ya había huido hacia una libertad eterna.

Cuando finalmente se excusó de la mesa, su voz baja y casi inaudible apenas interrumpió el murmullo de la conversación, su partida fue tan insignificante como su presencia, ni Jonas ni su madre, levantaron la vista de sus respectivos interlocutores, sus rostros inmóviles como estatuas de cera. Pero en el instante en que cruzó el umbral dorado del salón, la compostura de Jimin se hizo añicos como cristal bajo un martillo.

Su respiración se agitó, y corrió, corrió como si su vida dependiera de ello, huyendo de las luces cegadoras, de la música que ahogaba su alma, de su propio futuro que lo perseguía como una sombra implacable.

El sonido de sus caros zapatos resonaba sobre la cubierta de madera pulida, un eco frenético que reflejaba el pánico que le retorcía el pecho, su respiración era una ida y vuelta de jadeos entrecortados, sus mejillas enrojecidas por el esfuerzo y el frío, las lágrimas desbordándose de sus ojos y secándose al instante en la brisa del Atlántico. Tropezó con una pareja que paseaba, sus rostros girándose con una mezcla de pena y vergüenza ajena, sus cejas fruncidas en juicio silencioso, pero nadie se acercó, nadie preguntó.

Su dolor era un espectáculo incómodo, una mancha en la perfecta noche que preferían ignorar.

Llegó a la popa del barco, subiendo las escaleras con una desesperación que le robaba el aliento, sus manos temblando al aferrarse a la barandilla metálica para impulsarse. El aire allí era diferente, crudo y salvaje, cargado de sal y libertad, el único sonido era el rugido ensordecedor de las hélices batiendo el agua más abajo, en el abismo negro y furioso que parecía susurrar promesas de olvido.

Jimin se detuvo un instante, sus bucles cobrizos azotando su rostro, su respiración aún entrecortada mientras observaba la estela que el barco dejaba en la inmensa oscuridad, como si el océano llorara su misma herida.

Volteó mirando hacia atrás, sus ojos buscando en la penumbra con un destello de esperanza fugaz, una parte de él deseando ver a alguien, cualquiera, que lo hubiera seguido, pero no había nadie, estaba completamente solo.

Al menos, así creyó.

Recostado en un banco en la penumbra, terminando un cigarrillo mientras observaba las estrellas, Jungkook lo había visto todo, la figura elegante y desesperada del hermoso doncel correr hacia el final del barco, sus movimientos frenéticos rompiendo la calma nocturna, y sintió una punzada de inquietud en el estómago, sus cejas frunciéndose en preocupación instintiva, inmediatamente irguiéndose en el asiento, sus ojos azules siguiendo cada paso de Jimin con una mezcla de curiosidad y alarma.

Jimin se acercó lentamente a la barandilla, el metal helado bajo sus dedos temblorosos quemando su piel con un frío que se sentía casi reconfortante. Con un esfuerzo pesado, comenzó a trepar, sus movimientos torpes por la desesperación, y se colocó al otro lado, sus pies encontrando un precario apoyo en el borde exterior.

Volteó su cuerpo, y ahora, solo el abismo lo separaba de la nada. Se aferró con fuerza, sus nudillos blancos por la presión, y se inclinó hacia adelante, su mirada fija en las aguas turbulentas abajo, meditando sobre la caída, sobre el final de todo, un escalofrío recorriendo su espalda mientras su respiración se volvía más superficial.

—No lo haga.

La voz, tranquila y grave, cortó el aire como un ancla, sobresaltando a Jimin, cuyo corazón dio un vuelco, martilleándole en el pecho. Se giró bruscamente, sus ojos enrojecidos agrandándose en pánico, y vio una silueta recortada contra las luces lejanas de la cubierta, una figura de hombros anchos y postura relajada que contrastaba con la tormenta en su interior.

—¡No se acerque!—gritó Jimin, su voz rota por el llanto, temblando mientras apretaba la barandilla con más fuerza—. ¡Le juro que si da un paso más, me suelto!

Jungkook levantó una mano en un gesto de paz, sus dedos abiertos en señal de calma, pero avanzó un paso lento y deliberado, sus botas rozando la cubierta con un sonido suave. Sus ojos claros y brillantes incluso en la penumbra, estaban fijos en Jimin con una intensidad que parecía atravesarlo.

—Por favor, deme la mano, le ayudaré a volver—dijo con voz firme pero suave, un rastro de preocupación en sus palabras mientras inclinaba la cabeza ligeramente.

—¡No! ¡Quédese donde está! —exclamó Jimin, el pánico escalando en su voz, sus hombros encogiéndose mientras las lágrimas corrían libremente por sus mejillas—. ¡No se acerque más o lo haré!

Jungkook se detuvo, sus grandes ojos estudiándolo en la oscuridad, buscando las palabras correctas, un leve fruncimiento en su frente revelando su lucha interna. Entonces, una idea cruzó su mente, y llevó el cigarrillo a sus labios, dando una última y profunda calada, el extremo brillando anaranjado antes de arrojarlo por la borda con un gesto casual, observando cómo la pequeña brasa era devorada por la penumbra del océano.

Jimin siguió el movimiento, hipnotizado por un segundo, su respiración deteniéndose brevemente, y con ese simple acto, Jungkook se había acercado unos metros más, metiendo las manos en los bolsillos para disimular el temblor en sus dedos. Se colocó a su lado, aunque a una distancia segura, su postura relajada pero alerta.

—No va a saltar —dijo Jungkook, su voz ahora un poco temblorosa, un dejo de vulnerabilidad escapando mientras sus ojos buscaban los del joven al otro lado.

Jimin frunció el ceño, un destello de indignación cruzando su rostro pálido.

—¿Qué quiere decir con eso? ¡No finja que sabe lo que voy a hacer! ¡Usted no me conoce!

—Puede ser —replicó Jungkook, encogiéndose de hombros con una calma aparente contra el latido acelerado de su corazón—. Pero si de verdad quisiera hacerlo, ya habría saltado.

—¡Me está distraendo! —gritó Jimin, las lágrimas volviendo a correr por su rostro, su voz quebrándose en un sollozo—. ¡Váyase, por favor!

—No puedo... lo siento —dijo Jungkook, su mirada viajando del mar turbulento a los ojos de Jimin, un brillo de empatía suavizando sus rasgos—. Ya soy parte de esto. Si usted salta, yo tendré que saltar también.

Ante la mirada incrédula de Jimin, cuyos labios se entreabrieron en sorpresa, Jungkook comenzó a quitarse el saco con movimientos lentos, sin apartar los ojos de él, su expresión determinada pero con un toque de humor para aliviar la tensión.

—¡No sea absurdo! —replicó Jimin con dolor contenido, sus dedos apretándose más en la barandilla—. ¡Morirá!

—Soy buen nadador —dijo Jungkook mientras se agachaba para desatarse los cordones de los botines, su tono ligero pero sus manos temblando ligeramente por la adrenalina.

—¡La caída lo matará!

—Ah, eso sí. Dolerá como mil demonios, no lo niego—admitió Jungkook, quitándose el primer botín con un tirón rápido, sus labios curvándose en una sonrisa torcida—. Pero a decir verdad, lo que más me preocupa es el agua... está helada.

Un silencio se instaló entre ellos, roto solo por el sonido de Jungkook quitándose el otro botín, el eco metálico resonando en la cubierta. Jimin miró de nuevo el agua turbulenta, sus hombros temblando, y finalmente se giró hacia él, un destello de genuina y extraña curiosidad en sus ojos enrojecidos.

—¿Qué tan helada? —preguntó casi en un susurro, como si la pregunta fuera una grieta hacia la cordura.

—Congelada... un par de grados bajo cero, quizá—respondió Jungkook con simpleza, enderezándose mientras se sacudía las manos—. ¿Ha estado alguna vez en Wisconsin?

Jimin lo miró, confundido por el repentino cambio de tema, sus cejas frunciéndose en una mezcla de incredulidad y agotamiento.

—¿Qué?

—Allí tienen los inviernos más fríos, yo crecí allí. Una vez, mi padre y yo fuimos a pescar en el hielo... es cuando...

—¡Ya sé lo que es la pesca en el hielo! —lo interrumpió Jimin, con una mezcla de molestia y cansancio, un leve bufido escapando de sus labios mientras sus hombros se relajaban imperceptiblemente.

—Lo siento —dijo Jungkook, levantando las manos en son de paz, una sonrisa tímida curvando sus labios—. Solo... solo trataba de explicar. Uhm... usted parece un chico de clase —carraspeó—. En fin, el hielo se rompió y me caí. Y déjeme decirle que agua tan fría como esa... es como si cinco mil cuchillos se te clavaran en todo el cuerpo a la vez... no puedes respirar, no puedes pensar, solo sientes dolor.

A este punto, ya estaba muy cerca de Jimin, casi a su lado, descalzo, y el chaleco desabotonado, su presencia sólida y tranquilizadora. Jimin lo escuchaba con una atención hipnótica, sus ojos siguiendo cada gesto de Jungkook, el pánico retrocediendo lentamente ante la calma de su voz.

—Por eso no me entusiasma la idea de saltar detrás de usted —concluyó Jungkook, quitándose el chaleco con un movimiento fluido, su mirada nunca abandonando la del doncel—. Pero como le dije, no tengo elección. Así que espero que lo reconsidere, por el bien de los dos.

Jimin lo observó, un torbellino de emociones cruzando su rostro, miedo, incredulidad, y un destello de algo más, algo cálido que hacía que sus labios temblaran.

—Está loco —murmuró, suave y asombrado.

—Eso dice mucho viniendo de usted —replicó Jungkook con una media sonrisa, asomándose para mirarlo con un encanto inesperado que hacía que sus ojos brillaran bajo las estrellas—. Pero con todo respeto, no soy yo el que está colgando al borde de un barco. Por favor... deme la mano, usted no quiere hacer esto.

Lentamente, con un temblor que recorría todo su cuerpo, Jimin extendió su mano, sus dedos fríos y temblorosos buscando los de Jungkook. Este la tomó con un agarre firme y cálido, sus callos rozando la piel suave de Jimin en un contraste que era reconfortante y electrizante a la vez.

Con cuidado, Jimin se giró para quedar frente a él, sus rostros a poca distancia, el aliento de ambos visible en el aire frío, los ojos de Jimin agrandándose con una mezcla de alivio y vulnerabilidad.

—Jungkook Jeon —dijo él, con una sonrisa suave que suavizaba los ángulos de su rostro, sus dedos apretando la mano de Jimin con gentileza.

—Jimin Park —respondió el doncel, con un suspiro tembloroso, sus hombros cayendo en rendición mientras una lágrima final rodaba por su mejilla.

—Bueno, señorito Park... vámonos de aquí —susurró Jungkook con voz baja y cálida.

Jimin asintió, un movimiento apenas perceptible, y levantó una pierna para escalar la barandilla, sus movimientos torpes por el cansancio emocional. El joven comenzó bien, pero su zapato de suela lisa resbaló en el metal húmedo, y un grito ahogado escapó de sus labios mientras caía, quedando colgado únicamente por el fuerte agarre de Jungkook, cuyos músculos se tensaron visiblemente bajo la camisa.

El pánico puro y animal se apoderó de Jimin, sus ojos desorbitados por el terror mientras sus manos se aferraban desesperadamente al brazo de Jungkook.

—¡No, no! ¡Auxilio! ¡Por favor, ayúdeme!—, gritó, su voz quebrándose en un sollozo desgarrador.

—¡Te tengo! ¡No te soltaré! —gritó Jungkook, la delicadeza desaparecida, reemplazada por pura adrenalina mientras se inclinaba sobre la barandilla, sus pies plantados firmemente en la cubierta—. ¡Sube! ¡Vamos, tienes que ayudarme!

Los gritos desesperados de Jimin alertaron a los oficiales de cubierta, el sonido de botas corriendo resonando en la distancia. Jungkook apretó los dientes, un músculo en su mandíbula palpitando mientras tiraba con fuerza, sus manos resbalando ligeramente.

—¡Mírame! —le ordenó, forzando a Jimin a encontrar sus ojos, sus pupilas dilatadas por la urgencia—. ¡Te tengo! ¡No te voy a soltar!

Con un esfuerzo sobrehumano, tiró de él, agarrándolo primero del brazo, luego del cuerpo, sus manos deslizándose bajo los hombros de Jimin en un abrazo protector. Lo izó por encima de la barandilla, el impulso haciéndolos caer a ambos sobre la cubierta con un golpe sordo, Jungkook encima de Jimin, sus respiraciones jadeantes mezclándose en el aire frío.

En el preciso instante en que tres oficiales llegaban a la escena, vieron a un joven de tercera clase, descalzo y en mangas de camisa, encima de un pasajero de primera clase, visiblemente alterado y con la ropa en desorden, el rostro de Jimin pálido y los ojos aún brillantes por las lágrimas.

—¿¡Qué diablos está pasando aquí!? —rugió el oficial al mando, su rostro endureciéndose mientras apuntaba a Jungkook con un dedo acusador—. ¡Atrás! ¡Da un paso atrás y no te muevas!

Jungkook se levantó lentamente, metiendo las manos en los bolsillos en un gesto de resignación, sus hombros relajados pero su mirada firme mientras mantenía la calma. Jimin temblaba en el suelo, incapaz de articular palabra, su pecho subiendo y bajando con respiraciones entrecortadas mientras intentaba procesar lo que acababa de pasar.

—¡Busquen al Sargento de Marina! —demandó el oficial, su voz cortante como un látigo—. ¡Ahora!



Minutos después, la popa del Titanic se había transformado en un improvisado tribunal bajo la gélida luz de la luna. Jimin, envuelto en una manta, estaba sentado en un banco de madera desgastada, temblando incontrolablemente, no solo por el frío, sino por el torbellino de emociones que aún lo sacudía. Sus manos, pálidas y delicadas, se aferraban a los bordes de la manta, los nudillos blanqueados por la fuerza de su agarre, mientras sus ojos, aún brillantes por las lágrimas secas, miraban al vacío con una mezcla de agotamiento y vulnerabilidad.

A su lado, el Coronel Gracie, un caballero de rostro amable y bigote cuidado que había estado en la cena, se inclinó hacia él con una preocupación paternal, ofreciéndole una copa que relucía bajo la luz lunar.

—Un poco de brandy, muchacho. Le sentará bien para el susto —dijo cálido junto a una urgencia protectora, extendiendo la copa con un gesto gentil.

Jimin levantó una mano pálida, negando con un movimiento casi imperceptible, sus dedos temblando ligeramente mientras sus labios se curvaban en una sonrisa frágil.

—No, gracias... estoy bien —murmuró bajo y entrecortado, un intento débil de recomponer su fachada de compostura.

Frente a ellos, dos oficiales sujetaban a Jungkook con firmeza, el sonido metálico de las esposas frías resonando en la noche mientras se las colocaban en las muñecas, sus movimientos bruscos ante la calma desafiante en el rostro del joven.

Y Jonas, con el rostro contraído por una furia helada que hacía que sus ojos brillaran como esquirlas de hielo, se cernía sobre él, su postura rígida y amenazante, como un depredador a punto de atacar.

—¿Qué te hizo pensar que tenías derecho a ponerle las manos encima a mi prometido?— espetó, un siseo bajo y peligroso, su aliento formando una nube efímera en el aire nocturno mientras se inclinaba hacia Jungkook, invadiendo su espacio personal.

El joven no respondió, sus ojos azules fijos en Jimin, una pregunta silenciosa brillando en ellos, un destello de preocupación que contrastaba con su postura relajada. Ver esa conexión silenciosa, ese puente invisible entre los dos, enfureció aún más a Jonas, cuyo rostro se contorsionó en una mueca de desprecio.

Agarró a Jungkook por el cuello de la camisa con un movimiento brusco, sacudiéndolo con violencia, el sonido de las esposas metálicas resonando en el tenso silencio como un eco acusador.

—¡Mírame cuando te hablo, rata de alcantarilla! —le gritó, sus dedos apretándose en la tela, mientras Jungkook volteaba a verlo con sus grandes ojos y un ligero fruncir de ceño.

—¡Jonas! —la voz de Jimin, aunque temblorosa, cortó el aura febril con agudeza, un filo inesperado que hizo que todas las cabezas se giraran hacia él.

Se puso de pie con un movimiento rápido, la manta resbalando de sus hombros y cayendo al suelo con un susurro suave, su rostro pálido pero determinado mientras se acercaba a su prometido, interponiéndose entre él y Jungkook con una postura protectora.

—¡Ya basta! —exclamó, sus ojos brillando con una mezcla de miedo y resolución, sus manos temblando a los costados.

Jonas lo miró, sorprendido, su agarre en Jungkook aflojándose por un instante.

—¿Qué me detenga? ¡Este muerto de hambre merece una paliza que no olvide! —insistió, intentando apartar a Jimin con un gesto impaciente, su mano rozando el brazo del doncel con un toque posesivo.

—¡Fue un accidente! —exclamó Jimin, su voz ganando una fuerza inesperada, un dejo de desesperación en sus palabras mientras sus hombros se enderezaban, enfrentando a Jonas con una valentía que parecía surgir de la nada.

Jonas se detuvo, soltando a Jungkook con un movimiento lento y deliberado, sus ojos entrecerrándose mientras se giraba hacia Jimin, una ceja arqueada en pura incredulidad, su expresión oscilando entre la sorpresa y el desdén.

—¿Un... accidente? —repitió, la palabra goteando sarcasmo, como si fuera un chiste de mal gusto, sus labios curvándose en una sonrisa fría.

Todos los presentes, incluido el propio Jungkook, fijaron su atención en Jimin. Él tragó saliva, sus dedos entrelazándose nerviosamente frente a él mientras su mente corría a

toda velocidad para tejer una mentira que pudiera salvarlos a ambos.

—Sí... uno muy tonto y estúpido, en realidad —su voz suavizándose en un tono que fingía vergüenza, sus mejillas enrojeciéndose ligeramente mientras bajaba la mirada al suelo—. Estaba... estaba asomado a la barandilla, yo... quería ver las hélices y me incliné demasiado. Resbalé, habría caído por la borda si... si el señor Jeon no me hubiera sujetado, él me salvó. Casi se cae también por mi culpa.

Jonas lo escrutó, sus ojos entrecerrados analizando cada palabra, cada matiz en la expresión de Jimin, un músculo en su mandíbula palpitando con desconfianza. Luego, una sonrisa condescendiente se dibujó en sus labios, mientras inclinaba la cabeza ligeramente.

—¿Así que querías ver las hélices? ¿De verdad, Jimin? —preguntó, su tono burlón.

El Coronel carraspeó, acercándose con pasos firmes para poner una mano paternal en el hombro de Jimin, sus dedos apretando suavemente en un gesto reconfortante.

—Vamos, Jonas. Siempre lo he dicho, las máquinas complejas y la delicadeza de un doncel nunca se han llevado bien —dijo con una risa cálida, intentando aliviar la tensión, sus ojos arrugándose en las esquinas con bondad—. Fue un susto, eso es todo.

El oficial al mando, se giró hacia Jungkook, sus cejas fruncidas en escepticismo.

—¿Es eso cierto? ¿Así fue como ocurrió? —preguntó cortante.

Jungkook desvió la mirada hacia Jimin, y en los ojos del doncel vio una súplica desesperada, un ruego silencioso. Sus miradas se encontraron por un instante, sellando un pacto, un entendimiento que no necesitaba palabras, y finalmente, el artista asintió.

—Sí, así es. Así fue como pasó.

El Coronel sonrió ampliamente, su rostro iluminándose con alivio.

—¡Entonces es usted un héroe, muchacho! ¡Bien hecho! —exclamó, dando una palmada en la espalda a Jungkook que resonó en la cubierta, mientras el oficial, con un suspiro de resignación, se acercó para quitarle las esposas—. ¡Perfecto! Ahora sí, volvamos por ese brandy.

Jonas rodeó los hombros de Jimin con un brazo, volviendo a colocarle la manta con un gesto que parecía protector pero que hacía que los hombros del doncel se tensaran visiblemente.

—Vamos, cariño, debes de estar congelado —dijo, su voz melosa, sus dedos apretando ligeramente el brazo de Jimin.

Cuando comenzaban a alejarse, Jonas dispuesto a dejar al salvador de tercera clase olvidado en la oscuridad, el Coronel se detuvo, su expresión expectante mientras miraba al prometido de Jimin.

—Jonas, me parece que el muchacho se merece una recompensa, ¿no crees? —su tono firme pero amistoso, una ceja arqueada en desafío sutil.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire, un silencio pesado que hacía que el viento pareciera más frío. Jonas y Jimin se giraron, el mayor observando a Jungkook con una mirada calculadora, sus labios apretándose en una línea fina mientras evaluaba la situación.

Luego, se volvió hacia su imponente guardaespaldas, con un gesto de cabeza casi imperceptible.

—Spicer, dale veinte dólares —ordenó, su voz desprovista de emoción.

El hombre asintió, metiendo la mano en el bolsillo de su abrigo con una precisión mecánica, pero antes de que pudiera sacar el dinero, la voz de Jimin, teñida de un calculado ofendimiento, cortó el aire.

—¿Veinte dólares? —dijo, mirando fijamente a Jonas, sus ojos brillando con una mezcla de desafío y dolor—. ¿Ese es el precio que le pones a la vida de la persona que amas?

Jonas fue sorprendido por el golpe directo, una expresión de genuina confusión en su rostro por un segundo, sus cejas arqueándose antes de que su máscara de superioridad regresara. Se acercó al doncel, su voz un murmullo meloso pero con un trasfondo amenazante, inclinándose lo suficiente para que sus palabras fueran solo para él.

—Jimin está disgustado... Vaya, vaya, ¿Qué haré para contentarlo? —fingió pensar un momento, su sonrisa tensa mientras enderezaba la postura—. Sí, ya sé —dijo, volviéndose hacia Jungkook con una seguridad que destilaba arrogancia.

Se acercó al joven de tercera clase, quien lo observaba con una expresión impasible, la nariz enrojecida por el frío pero los ojos firmes.

—Señor Jeon—dijo con una falsa cordialidad, su sonrisa falsa—. Quizá podría acompañarnos a cenar mañana por la noche, así podrá deleitar a nuestros amigos con el relato de su... heroica hazaña.

Jungkook le sostuvo la mirada, sin inmutarse, su mandíbula tensa pero su postura relajada, como si no tuviera nada que perder. Tras una breve pausa, asintió con un movimiento lento de cabeza.

—Claro, cuenten conmigo —respondió calmo, pero con un toque de desafío que hacía que sus ojos brillaran bajo la luz de la luna.

—Perfecto —dijo Jonas, su sonrisa falsa ensanchándose mientras inclinaba la cabeza ligeramente—. Será... interesante —le murmuró al Coronel, antes de girarse para marcharse, su mano aún firme en el hombro de Jimin.

Jimin le dedicó una última e indescifrable mirada a Jungkook, sus ojos llenos de emociones contradictorias antes de seguir a los otros dos hombres hacia las luces cálidas del barco, sus pasos vacilantes mientras la manta se arrastraba tras él.

Jungkook se quedó solo con el guardaespaldas bajo el cielo estrellado, el frío calando su piel expuesta mientras observaba la escena con una mezcla de alivio y cautela. Su mirada cayó sobre la cigarrera de plata en la mano del hombretón, y silbó suavemente, un sonido juguetón que rompía la tensión residual.

—¿Me regalas uno? —pidió, con un tono casi infantil mientras señalaba la cigarrera.

El hombre se giró, su rostro en una máscara de aburrimiento, pero sus ojos fríos evaluaron a Jungkook con una intensidad que hacía que el aire se sintiera más pesado. Sin decir palabra, le ofreció la cigarrera abierta, y Jungkook tomó un cigarrillo, colocandoselo detrás de la oreja con un movimiento casual, como si fuera un lápiz, antes de tomar otro y ponérselo entre los labios.

Mientras hacía eso, el hombre lo analizó de pies a cabeza, su mirada deteniéndose en el suelo con una ceja arqueada.

—Deberías atarte los cordones —dijo con desdén, su voz baja y monótona, un filo oculto en sus palabras.

Jungkook bajó la vista, notando que sus botines estaban desatados, las cuerdas colgando descuidadamente. Levantó la mirada, encontrándose con los ojos fríos y calculadores del guardaespaldas.

—Es curioso...—continuó, su voz baja—, no parece que tuviera mucho tiempo... quiero decir, para que el joven Park resbalara, y a usted le diera tiempo de quitarse el saco... y los zapatos.

Dicho eso, como si fuera una sentencia, el hombre se dio la vuelta y se alejó en silencio, sus pasos resonando en la cubierta. Sus palabras, más que sus puños, eran una amenaza que quedó flotando en el aire helado, dejando a Jungkook con un cigarrillo sin encender en la boca, su ceño frunciéndose levemente mientras comprendía lo sucedido.



Más tarde, en el único refugio de Jimin, en el silencio de su opulenta habitación, un santuario de lujo. Sentado en un delicado taburete frente a un tocador de caoba, llevaba a cabo el ritual nocturno de despojarse de la máscara del día, cada movimiento impregnado de una tristeza contenida. Vestido con una bata de seda color marfil que caía sobre sus hombros con una suavidad que contrastaba con la rigidez de su postura, limpiaba metódicamente su rostro con una loción perfumada, en el gran espejo, no se veía a sí mismo, sino al joven doncel que todos esperaban que fuera, una figura de porcelana, hermosa y frágil, con los ojos turquesa apagados por un cansancio que iba más allá de lo físico, las ojeras apenas visibles bajo la luz tenue de las lámparas.

Dejó a un lado un espejo de mano con marco de plata, y el leve sonido resonó en la quietud como un recuerdo de su soledad. Sus hombros se hundieron ligeramente, un suspiro escapando de sus labios mientras volvía a observarse, buscando un ancla en la tormenta interna que lo consumía.

En ese preciso instante, la puerta que conectaba con el salón de la suite se abrió sin la cortesía de un golpe, rompiendo el silencio como un intruso.

Jimin no se sobresaltó, pero su espalda se enderezó imperceptiblemente, un reflejo de defensa instintivo. Levantó la mirada, sus ojos encontrándose con el reflejo de Jonas en el espejo, la figura imponente de su prometido llenando el marco de la puerta.

Jonas se asomó con la confianza de un hombre que camina por un territorio que le pertenece, sus pasos seguros y silenciosos, el corte impecable de su traje reflejando la luz.

Jimin elevó ligeramente el mentón, un gesto sutil de desafío que apenas disimulaba el temblor en sus manos, esperando lo que fuera que Jonas hubiera venido a decir o a exigir, sus ojos fijos en el reflejo, evitando el contacto directo.

—Te he visto melancólico esta noche, Jimin —le dijo, su voz tratando de ser una caricia suave pero que no lograba ocultar su filo, un tono que era a la vez íntimo y autoritario. Se acercó con pasos lentos, sus manos detrás de la espalda, y añadió con un dejo de desdén—. No pretendo saber por qué —descartando de antemano cualquier posible explicación o sentimiento que Jimin pudiera tener, su mirada fría escrutando el reflejo del doncel.

Jimin no respondió, sus labios apretándose, un destello de resistencia brillando en sus ojos antes de que volviera a bajarlos al tocador. Jonas dio unos pasos más, sus zapatos silenciosos sobre la alfombra, y en sus manos, sostenía una caja plana de terciopelo negro, sus dedos sobre la superficie con una deliberación que hacía que el corazón de Jimin se acelerara con inquietud.

—Pensaba guardar esto para la fiesta de compromiso, la semana que viene —continuó Jonas, deteniéndose a su lado, su imponente figura ahora junto a la de Jimin—. Pero después de los... eventos de esta noche, pensé que un recordatorio de mis sentimientos sería más apropiado ahora —dijo, su voz baja y llena de una intención que hacía que los hombros del menor se tensaran sutilmente.

Con un movimiento deliberado, Jonas abrió la caja con un clic suave, el sonido resonando como un presagio, y sobre un lecho de satén blanco, descansaba un collar de diamantes de un brillo cegador, cada gema destellando como estrellas capturadas, pero todas palidecían en comparación con la que colgaba en el centro, uno de un profundo y oscuro azul, tallado en forma de corazón, tan grande y perfecto que no parecía real.

El rostro de Jimin permaneció impasible, una máscara de neutralidad que ocultaba el torbellino en su interior, pero sus ojos se agrandaron ligeramente, traicionados por un destello de asombro. Su mano se movió, casi por voluntad propia, para rozar con la yema de los dedos el borde de la caja, el contacto enviando un escalofrío por su brazo que no podía distinguir si era de maravilla o de temor.

—Santo cielo... —fue todo lo que susurró, su voz apenas audible, parecía más un suspiro que una exclamación.

Jonas sonrió con un triunfo que curvaba sus labios con una satisfacción casi depredadora.

—Es un recordatorio, Jimin. De la profundidad de lo que siento por ti... de lo que nuestro futuro representa —dijo, inclinándose ligeramente hacia él.

Jimin levantó la mirada, encontrando los ojos de Jonas, un destello de desafío cruzando su rostro antes de que lo reprimiera.

—¿Es un...?

—¿Un diamante...? Por supuesto que sí —lo interrumpió Jonas, su entusiasmo creciendo al ver la efectividad del regalo, sus manos gesticulando con un orgullo evidente—. Cincuenta y seis quilates, para ser exactos.

Con una delicadeza que contradecía la posesión en sus ojos, tomó el pesado collar y lo acercó al cuello descubierto de Jimin, sus dedos rozando la piel suave de su nuca con un toque frío que hacía que el doncel contuviera un estremecimiento. Ambos observaron el resultado en el espejo, la luz de las lámparas reflejándose en las facetas del diamante.

La joya descansaba sobre la clavícula del delicado joven, una mancha de un azul deslumbrante y gélido contra su piel pálida. Era hermosa, sí, pero también una sentencia, un grillete disfrazado de opulencia que parecía apretarse con cada latido de su corazón.

—Dicen que perteneció a Luis XVI —comentó Jonas en un murmullo satisfecho junto a su oído—. Lo llamaban Le Cœur de la Mer.

Un segundo de silencio, cargado de un peso invisible, envolvió la habitación. Luego, casi al unísono, ambos susurraron el nombre.

“El Corazón del Mar”. Sus voces entrelazándose en un momento de extraña sincronía.

Jonas asintió, complacido, su mano descansando brevemente en el hombro del joven antes de retirarla, y por un instante, se observaron el uno al otro en el espejo, dos figuras perfectas en un marco dorado. Jimin bajó la mano del diamante, que se sentía pesado y frío contra cualquier calidez y emoción.

—Es realmente asombroso, Jonas... —admitió con una voz carente de emoción, sus ojos fijos en el reflejo, evitando la mirada directa de su prometido, un leve temblor en sus dedos traicionando su calma aparente.

—Es para la realeza, Jimin —replicó Jonas, encogiéndose de hombros con una falsa modestia—. Y eso es lo que somos... la realeza de un nuevo mundo.

Se apoyó en el tocador, su codo sobre la madera para acunar su rostro en su mano, mirándolo de cerca mientras lo obligaba a mirarlo directamente, ya no a través del reflejo. Su voz bajó, volviéndose íntima y peligrosa, al menos para el doncel.

—No hay nada en este mundo que yo no pueda darte, Jimin... nada que te negaría —dijo, sus ojos profundos escrutando cada facción de su rostro con una intensidad que hacía que el corazón del contrario se acelerara—. Siempre que no haya nada que tú me niegues a mí.

Jimin sostuvo su mirada, su expresión tan inmutable como la de una estatua, pero un leve fruncimiento en su frente traicionaba el torbellino de emociones que lo consumía. El subtexto de la promesa de Jonas era una amenaza clara como el cristal, el lujo tenía un precio, y ese precio era la sumisión absoluta. Sus labios se entreabrieron, como si quisiera responder, pero las palabras se quedaron atrapadas en su garganta.

—Abre tu corazón para mí, Jimin —le pidió, acercando su mano para pasar un pulgar por su mandíbula con suavidad, su toque dejando una sensación de frío que se extendía por la piel del joven debajo.

Se quedaron así un instante, en esa tensión silenciosa que parecía aplastar a Jimin. Quien luego, con el aliento contenido, rompió el contacto visual, volviendo su rostro hacia el espejo, sus ojos nublándose con una tristeza que no podía expresar, tragó saliva, el nudo en su garganta haciéndose más apretado, y lentamente, subió de nuevo la mano, sus dedos palparon el Corazón del Mar, sintiendo por primera vez, no su belleza, sino un peso aplastante sobre su piel, como si la gema misma estuviera absorbiendo su alma, encerrándolo a una vida que lo asfixiaba con cada latido.



05

Sábado, 13 de Abril de 1912.

El día siguiente llegó, y en la reluciente cubierta de primera clase, Jungkook y Jimin eran una anomalía, un contraste que desafiaba las rígidas jerarquías del Titanic. Jimin, el joven heredero de una fortuna menguante, vestía con una elegancia casual que solo el dinero puede comprar, una chaqueta de lino perfectamente cortada, un pañuelo de seda anudado con descuido estudiado, su cabello cobrizo brillando bajo el sol de la tarde como un halo de fuego. A su lado, Jungkook, el artista sin un centavo, cargaba una gastada carpeta de dibujos como única posesión de valor, su camisa sencilla, los cordones de sus zapatos desgastados rozando la cubierta pulida. El sol se cernía sobre ellos en un baño de oro líquido, haciendo que el océano pareciera todavía más infinito y lleno de promesas.

—Escapé a los quince años... —dijo Jungkook, su voz tranquila superponiéndose al zumbido del barco, su tono tranquilo contrastaba con la intensidad de sus palabras—. Mis padres murieron y no me quedaba nadie, al menos no en esa parte del país. Así que me convertí en lo que soy ahora.

Jimin lo escuchaba con una intensidad que fruncía su entrecejo, sus labios entreabiertos en una mezcla de curiosidad y empatía, tratando de imaginar una soledad tan absoluta. Para él, la soledad era estar rodeado de gente que no lo veía, un vacío disfrazado de opulencia, y para Jungkook, parecía ser la ausencia total de lazos, una libertad cruda que lo fascinaba y lo intimidaba a partes iguales.

—Soy como una semilla de diente de león —continuó Jungkook, girándose para mirarlo a los ojos con una suavidad que desarmaba las defensas de Jimin, su mirada brillante y sincera—. Me dejó llevar por el viento, y donde aterrizo, ahí está mi hogar, al menos por un tiempo.

La simpleza poética de esa idea golpeó a Jimin de forma inesperada, una sonrisa melancólica se curvó en sus labios, sus ojos turquesa nublándose por un instante mientras volvían a mirar al frente, el océano extendiéndose como todo lo que podía ver pero jamás probar, ni tocar.

Jungkook se detuvo, apoyándose en la barandilla con postura relajada pero atenta, su carpeta de dibujos balanceándose ligeramente en su mano.

—Y... hemos dado ya varias vueltas, Jimin. Hemos hablado del clima y de mi crianza —dijo, mecendo la carpeta con un movimiento casual, sus cejas arqueándose en una pregunta silenciosa—. Pero intuyo que no me buscó solo para intercambiar esta simple charla. ¿O me equivoco?

La directa percepción de Jungkook hizo que Jimin bajara la mirada, sus mejillas enrojeciéndose ligeramente mientras sus dedos se crispaban en la barandilla, sintiéndose expuesto bajo esa mirada que parecía ver a través de él. Para alguien de su clase, la conversación era un baile de indirectas y evasiones, un arte cuidadosamente practicado.

—Señor Jeon, yo... —comenzó, su voz vacilante, un leve temblor en sus labios.

—Jungkook —lo corrigió él al instante, su tono amable pero firme, una sonrisa pequeña curvando sus labios mientras inclinaba la cabeza ligeramente—. Mi padre era el señor Jeon, yo soy solo Jungkook.

Para Jimin, un nombre sin un apellido era algo reservado que Jungkook se lo ofreciera con un gesto de igualdad que lo desconcertó y lo conmovió a partes iguales, un calor inesperado extendiéndose por su pecho. Vaciló un segundo, sus ojos buscando los de Jungkook antes de probar el nombre en sus labios, como si fuera una joya frágil.

—Jungkook... —dijo suavemente—. quiero agradecerte, y no solo por salvarme la vida, sino... por tu discreción.

—No tienes nada que agradecer —respondió el artista, encogiéndose de hombros con naturalidad, como si no importara, aunque sus ojos brillaban con una calidez genuina.

Jimin suspiró, el peso de su realidad volviendo a caer sobre él como una losa, sus hombros encorvándose ligeramente.

—Sé lo que debe pensar de mí —murmuró, la autocrítica envenenando su voz, sus dedos jugueteando con el borde de su pañuelo—. ‘Pobre niño rico’... ¿Qué sabrá él de la desgracia, con sus trajes caros y sus cenas de siete platos?

Jungkook lo observó con una calma que despojaba al doncel de todas sus defensas, sus ojos azules estudiándolo con una mezcla de curiosidad y empatía.

—No es eso lo que pienso... para nada —dijo, inclinándose un poco hacia él, su voz bajando a un tono más íntimo, casi un susurro—. Lo que realmente pensaba era, ‘¿Qué le pudo haber pasado a este joven, para hacerle creer que no tenía absolutamente ninguna otra salida?’

La pregunta no era un juicio, sino una invitación, una puerta abierta que Jimin no sabía que necesitaba. Por primera vez en años, sintió el impulso de aceptarla, sus labios temblando mientras las palabras se formaban en su garganta.

—Fue todo —confesó en apenas un susurro, sus ojos nublándose mientras miraba al océano—. Mi mundo... la gente que hay en él... la inercia de una vida que avanza como una locomotora, arrollándome. Y yo... yo sin poder hacer nada para detenerla.

Como prueba final e irrefutable, levantó su mano izquierda, el anillo de compromiso brillando con una luz fría y carcelaria bajo el sol. Jungkook observó el anillo, sus cejas frunciéndose ligeramente, y tomó la mano de Jimin con suavidad, un contacto cálido que hacía que el corazón del doncel se acelerara.

—Dios, mira eso —murmuró Jungkook, examinando la piedra con una mezcla de asombro y humor, girando la mano de Jimin con cuidado para que la luz jugara con el diamante, una excusa para sentir la suave piel del más joven—. Te habrías ido directo al fondo con esto.

La broma no alivió la angustia en los ojos de Jimin, que se nublaron con un dolor silencioso, sus labios apretándose en una línea fina.

—Se han enviado quinientas invitaciones —continuó, su voz baja y llena de amargura, sus dedos temblando ligeramente en la mano de Jungkook—. Toda la sociedad de Filadelfia estará allí, juzgando, sonriendo, celebrando mi condena, y a veces, me imagino en medio de ese salón, gritando a todo pulmón, y el único sonido es el de las copas de champán chocando... nadie me oye.

Jungkook lo escuchó sin interrumpir, su pulgar rozando inconscientemente el dorso de la mano de Jimin en un gesto reconfortante, sus ojos fijos en él con una atención que parecía absorber cada palabra. Cuando Jimin terminó, en lugar de ofrecerle una falsa compasión, le hizo la pregunta más simple y a la vez más compleja de todas.

—¿Lo amas?

Jimin retrocedió como si lo hubieran abofeteado, sus ojos agrandándose en una mezcla de incredulidad y ofensa, su mano liberándose del agarre de Jungkook.

—¿Cómo dice? —exclamó, su voz temblando de indignación.

—Es una pregunta sencilla —repitió Jungkook, su mirada inquebrantable, un destello de desafío brillando en sus ojos mientras se agarraba de una gruesa y tirante cuerda—. ¿Amas a ese hombre, sí o no?

La indignación se apoderó de Jimin, su rostro enrojeciéndose mientras enderezaba la postura, adoptando el porte aristocrático que le habían inculcado.

—¡Pero qué grosero es usted! ¡Esa no es una pregunta que deba hacerme!—replicó, subiendo el tono de su voz, sus manos crispándose a los costados.

—¿Por qué no? —insistió Jungkook, una chispa de diversión suavizando sus rasgos, aunque su mirada seguía firme.

—¡Porque no es una conversación apropiada! —exclamó Jimin, cada vez más nervioso, sus mejillas encendidas mientras señalaba a Jungkook con un dedo tembloroso.

—Parece una conversación muy apropiada, considerando que casi te tiras por la borda por ello —señaló Jungkook con una lógica irrefutable, inclinándose ligeramente hacia él, sus labios curvándose en una sonrisa ladeada.

Jimin se quedó sin argumentos, su respiración acelerándose mientras una risa frustrada y genuina brotó de él, un sonido que rompió la tensión como un rayo de luz.

—¡Esto es absurdo! ¡Usted es grosero, tosco e insolente!—declaró, enumerando los defectos de Jungkook como si fueran crímenes capitales, su mentón elevándose en un gesto de desafío aristocrático. Se puso rígido, extendiendo la mano para una despedida formal—. Fue un placer, señor Jeon. Gracias por todo.

Jungkook tomó su mano con una calma desarmante, sus dedos cálidos envolviendo los de Jimin.

—Y me insultaste —dijo, su tono juguetón mientras sus ojos brillaban con diversión.

Jimin parpadeó, sorprendido, un rubor nuevamente subiendo por su cuello.

—¡Pues, se lo merecía! —replicó, aunque una pequeña sonrisa traicionaba su indignación.

—Ah, claro —rió Jungkook, su risa baja y contagiosa resonando en la cubierta mientras Jimin seguía sacudiendo su mano en un saludo interminable—. Creí que ya te ibas.

—¡Pues claro que me voy! —afirmó Jimin, soltándose de golpe y dando un paso atrás con determinación teatral. Se dio la vuelta, dio dos pasos, se detuvo y giró sobre sus talones, señalándolo con un dedo acusador—. ¡Eres tan irritante!

Jungkook rió encantado en su lugar.

Jimin dio tres pasos más hacia atrás, su sonrisa regresando, más amplia ahora, mientras fingía alejarse de nuevo. Pero frenó de golpe, levantando una mano con un gesto dramático, y volteó una vez más, señalando a Jungkook con un dedo acusador.

—¡Espera! —exclamó, avanzando hacia él con paso decidido—. Yo no tengo que irme. ¡Esta es mi parte del barco! —apuntó al contrario con un brillo incriminatorio en los ojos—. ¡Vete tú!

Jungkook soltó un sonido jocoso, una risa que resonó con calidez, y se inclinó ligeramente hacia adelante, agarrándose con más fuerza en la cuerda a su lado, su mirada fija en Jimin.

—Mira quién es grosero ahora —replicó, su tono lleno de fingida indignación, apuntando ahora con la carpeta de bocetos hacia Jimin un momento.

La tensión juguetona entre ellos era eléctrica, cada palabra, un paso en un baile que solo ellos entendían.

Jimin pensó en su réplica, pero su mirada se posó en la carpeta que Jungkook sostenía. En un acto de pura impulsividad, se la arrebató con un movimiento rápido.

—¿Qué es esta porquería que llevas a todas partes? —preguntó, su tono todavía teñido de exasperación.

La abrió, y el mundo se detuvo. Su enfado se disolvió, reemplazado por un asombro silencioso que suavizó sus rasgos. La carpeta era un portal al alma de Jungkook, retratos de extraños llenos de carácter, con ojos que contaban historias de lucha y esperanza, estudios de manos trabajadoras, nudosas y llenas de vida, escenas de la vida en su forma más cruda y hermosa, capturadas con trazos que parecían respirar.

—Oh, son un poco buenos —declaró el joven.

Jimin pasó las páginas con reverencia, sus dedos temblando ligeramente mientras sus ojos se agrandaban, absorbiendo cada detalle.

—Son... muy buenos —su voz suavizándose mientras se sentaba en un banco cercano, el enojo olvidado—. De hecho, son extraordinarios —añadió, un dejo de admiración tiñendo sus palabras mientras sus labios se curvaban en una sonrisa tímida.

—No pensaban lo mismo en París —respondió Jungkook con sencillez, sentándose a su lado con una postura relajada, sus hombros rozando los de Jimin en un contacto casual.

—¿París? —Jimin lo miró, asombrado, sus cejas arqueándose en sorpresa—. Viajas mucho para ser un... bueno, una persona de medios limitados.

Jungkook sonrió, asintiendo.

—Claro que sí, dilo, Jimin. Soy pobre, es la verdad, es lo que soy —dijo, su tono ligero pero firme, sin rastro de vergüenza.

Jimin le devolvió una sonrisa tímida, sus mejillas enrojeciéndose ligeramente mientras seguía explorando la carpeta. Se detuvo en los repetidos dibujos de un doncel desnudo, con un lunar junto a la nariz, los trazos delicados capturando una vulnerabilidad que resonaba con él.

—Oh... él te gustaba, lo dibujaste muchas veces —asumió, su voz teñida de una curiosidad juguetona.

—Me gustaban sus manos, en realidad —dijo Jungkook, señalando un estudio detallado de las manos del doncel, sus dedos trazando el aire sobre el dibujo con una reverencia que hacía que sus ojos brillaran.

Jimin observó los retratos de aquellas manos, sus líneas contando historias de esfuerzo y resistencia. Volteó hacia Jungkook con una sonrisa cómplice, un destello de picardía en sus ojos.

—Apuesto a que tuviste una aventura con él —dijo entre broma, aunque una curiosidad real vibraba en su tono.

Jungkook negó rápidamente, una risa baja escapando de sus labios mientras sacudía la cabeza.

—Oh, no, sólo fue mi modelo. Era un doncel prostituto, al que le faltaba una pierna. ¿Ves? En Francia abundan modelos de cualquier género que estarán dispuestos —señaló un dibujo donde la prótesis era apenas visible, su voz suave pero respetuosa.

Jimin, quedó impresionado, sus cejas frunciéndose en una mezcla de sorpresa y empatía mientras estudiaba el dibujo con más atención.

—Es extraño ver a un doncel bonito en tales circunstancias... —reconoció, su voz suavizándose mientras sus dedos rozaban el borde del papel.

Jungkook asintió, sus labios presionándose en un gesto de simpleza, como si la historia no fuera extraordinaria.

—Pues, fue uno con extraña suerte. Ningún hombre lo buscaba si no fuera para un rato, y ninguna mujer lo tomaría en serio —relató suave y casual, pero con un trasfondo de admiración—. Pero era libre, ¿sabes? Y con un gran sentido del humor. No todo es lo que uno ve, sólo hay que oír un poco más... él era feliz.

Jimin se descubrió escuchando a Jungkook atentamente, sus ojos agrandándose mientras un calor inesperado se extendía por su pecho, estaba gratamente sorprendido, dándose cuenta de que Jungkook veía belleza donde su mundo solo le había enseñado a ver defectos. Sin darse cuenta, Jungkook pasó una página, mostrando un dibujo de dos jóvenes riendo en la cubierta de tercera clase, sus rostros iluminados por una alegría contagiosa.

—Y, ellos son mis amigos, Taehyung y Hoseok, a Hoseok lo conocimos aquí, no se han separado desde que se conocieron... —dijo Jungkook, señalando el dibujo con una sonrisa nostálgica—. Se ven bien juntos, ¿no crees?

Jimin asintió.

—Se ven bien... —admitió, y luego, un suspiro profundo escapó de su pecho, como si soltara un peso que llevaba años cargando. Aún observando sus dibujos, su expresión llena de una sinceridad abrumadora, sus ojos turquesa brillando con una vulnerabilidad que rara vez dejaba ver—. Tienes un don, Jungkook Jeon —su voz suave y llena de admiración—. De veras. Ves a las personas.

Jungkook no miraba sus dibujos, todo el tiempo había estado admirando cada rasgo, cada detalle de Jimin en la cercanía, su belleza bajo la luz dorada, aunque Jimin no lo notó, así había estado, fijo en él, estudiando cada cambio en su expresión con una intensidad que era a la vez gentil y profunda.

—Te veo a ti —murmuró, su voz cálida y baja, como un secreto compartido entre ellos.

Las tres palabras se quedaron en el aire con significado que estremeció a Jimin, su aliento deteniéndose por un instante mientras sus mejillas se teñían de un rubor sutil.

Volteó a ver al hombre a su lado, y luego desvió su mirada, intentando refugiarse en su habitual ironía, levantando el mentón con un gesto desafiante.

—¿Y...? —dijo, su voz temblando ligeramente, un intento débil de recuperar el control.

La sonrisa de Jungkook se desvaneció, dando paso a una seriedad profunda y amable, sus ojos suavizándose mientras se inclinaba un poco más cerca, su voz casi un susurro.

—No habrías saltado.

Y en ese instante, Jimin supo que era verdad. No porque no sintiera la desesperación que lo había llevado al borde, sino porque, por primera vez, alguien había mirado a través de su jaula dorada y había visto no a un prisionero, sino al superviviente que aún luchaba en su interior, un alma que anhelaba ser libre.

Sus ojos se encontraron, y por un momento, el mundo entero se desvaneció, dejando solo la conexión silenciosa entre ellos, un hilo frágil pero irrompible que los unía en medio del vasto Atlántico.



El sol comenzaba a disolverse en el horizonte, impartiendo una última cátedra de colores que se derramaban sobre el lienzo de cielo y mar, aún la cubierta de primera clase, ajenos al mundo que los rodeaba, Jimin y Jungkook estaban apoyados en la barandilla, inmersos en el tipo de conversación que borra las horas, un intercambio que fluía con la naturalidad de las olas bajo el Titanic.

Para Jimin, escuchar a Jungkook era como adentrarse en las páginas de un libro de aventuras, cada relato desconocido y salvaje. Para Jungkook, era simplemente contar su vida, sus palabras fluyendo con una sinceridad que no necesitaba adornos.

—...y en Monterrey, el olor a sal y a pescado se te metía hasta en los huesos —decía, su mirada perdida en los rasgos del doncel, sus manos apoyadas en la barandilla, rozando la madera con familiaridad despreocupada—. Luego bajé a Los Ángeles, en el muelle de Santa Mónica, ahí fue donde descubrí que la gente pagaría diez centavos por llevarse su propia cara en un trozo de papel —tenía un matiz de nostalgia, y una sonrisa ladeada curvó sus labios, sus ojos azules brillando con el recuerdo.

Jimin escuchaba, fascinado, sus propios ojos agrandándose con cada palabra, su cuerpo inclinado ligeramente hacia Jungkook como si quisiera absorber cada detalle, sus manos descansaban en la barandilla, pero sus dedos tamborileaban suavemente, un tic nervioso que traicionaba su emoción contenida. Cada palabra de Jungkook era un testimonio de una vida de autosuficiencia, una existencia tejida con el azar y la necesidad, tan diferente de la suya, encadenada a expectativas y apariencias. Un profundo suspiro escapó de sus labios, lleno de anhelo, tan vasto como el océano frente a ellos, sus hombros se encorvaron ligeramente mientras miraba al horizonte.

—¿Por qué no puedo ser como tú? —preguntó—. Simplemente elegir un punto en el horizonte y caminar hacia él, sin que nada ni nadie me lo impida.

Jungkook lo miró, sus ojos suavizándose al ver la verdad reflejada en la tristeza de los suyos, un dolor que no necesitaba palabras para ser comprendido. Sabía que las cadenas de Jimin, aunque invisibles, eran más pesadas que cualquier ancla, y su expresión se volvió más seria, un leve fruncimiento en su frente mostrando su empatía. Pero antes de que pudiera encontrar una respuesta, el semblante de Jimin cambió, iluminado por una chispa

de esperanza infantil que transformó su rostro, sus labios curvándose en una sonrisa tímida pero vibrante.

—Prométeme que me llevarás allí alguna vez e pidió, ahora con una energía aventurera, sus manos soltando la barandilla para gesticular con entusiasmo—. A ese muelle, prométeme que veremos el Pacífico juntos.

La sinceridad de su deseo conmovió a Jungkook, cuyo rostro se iluminó con una sonrisa lenta y cálida, con una complicidad que hacía que el aire entre ellos se sintiera más ligero.

—No te lo voy a prometer, Jimin. Lo vamos a hacer —la convicción en su voz absoluta, un juramento sellado—. Y no será una visita educada, beberemos cerveza barata directamente de la botella, subiremos a la montaña rusa hasta que nos duela el estómago de tanto reír... o de vomitar.

Una carcajada genuina y liberadora brotó de Jimin, un sonido que sorprendió a ambos por su espontaneidad, sus hombros temblando mientras cubría su boca con una mano, los ojos arrugándose en pura alegría.

—¿Y qué más? —preguntó, inclinándose hacia Jungkook, su entusiasmo infantil rompiendo las barreras de su educación aristocrática.

—Y montaremos a caballo por la playa —continuó Jungkook, pintando la escena con sus palabras, sus manos gesticulando como si trazara el horizonte—. Pero tendrás que hacerlo como se debe, nada de sentarte de lado como un adorno delicado.

Jimin lo miró, sus ojos brillando con diversión y un atisbo de escándalo.

—¿Quieres decir... con un pie de cada lado? —preguntó con incredulidad, aunque una sonrisa traviesa curvaba sus labios.

—Como una persona libre —corrigió Jungkook suavemente, su mirada aún fija en la de Jimin, un destello de desafío y calidez en sus ojos—. ¿Te atreverías?

La pregunta, llena de un significado, que ya no era solo sobre un caballo. Jimin asintió, su decisión firme, con una determinación que rara vez mostraba.

—Sí... enséñame —dijo suave, con una resolución que hacía que su pecho se inflara.

—Y a mascar tabaco —añadió Jungkook, subiendo la apuesta, una chispa de picardía en su sonrisa.

—¡Y a escupir como animal! —bromeó Jimin, dejándose llevar por la broma de una libertad que nunca había probado mientras reía.

—¿Acaso no aprenden eso en la escuela de señoritos? —bromeó Jungkook, inclinándose hacia él con una ceja arqueada, su tono burlón pero afectuoso.

—¡Desde luego que no! —rió resonando en la cubierta.

Jungkook sonrió, mirándolo con una diversión que hacía que sus ojos brillaran bajo el sol, y actuó rápido.

—De acuerdo, primera lección práctica. ¡Ven! —exclamó, tirando de la mano de Jimin con un movimiento rápido.

Jimin trastabilló sin entender al principio.

—¡Jungkook, esto es ridículo! —se quejó, aunque dejándose arrastrar hacia el borde de la cubierta.

La lección fue un desastre glorioso. Jungkook, adoptando el papel de un maestro severo, hizo una demostración magistral, carraspeando con un sonido gutural que resonó con una teatralidad exagerada antes de lanzar un escupitajo en un arco parabólico que habría enorgullecido a un campeón olímpico, el líquido cayendo al océano con un destello fugaz.

Jimin hizo una mueca de disgusto, sus labios curvándose en una mezcla de diversión y repulsión.

—Vamos, inténtalo —dijo Jungkook, riendo cálidamente.

—¡Eso fue asqueroso! —exclamó, aunque sus ojos brillaban con una risa contenida.

Jungkook se inclinó hacia él, su sonrisa traviesa ensanchándose.

—Ahora tú —insistió, señalando el mar con un movimiento de cabeza—. Vamos, pequeño príncipe, muéstrame de qué estás hecho.

Jimin miró a ambos lados con cautela, asegurándose de que nadie los observara, y con un movimiento ligero de cabeza fingió escupir hacia abajo, un gesto delicado que apenas produjo un pequeño salivazo. Jungkook negó con la cabeza, riendo.

—¡Eso fue patético! —dijo, su tono burlón pero cálido—. Tienes que carraspear, ¿entiendes? Así.

Se volvió hacia atrás, tomó impulso con los brazos, arqueó el cuello y escupió con fuerza, el salivazo volando hacia el mar con un arco impresionante.

—¿Viste el alcance de esa cosa? —preguntó, señalando el océano con una sonrisa triunfal.

Jimin, incapaz de resistir el desafío, intentó imitarlo, aunque con una delicadeza que contrastaba con el entusiasmo de Jungkook. Carraspeó suavemente, inclinándose hacia adelante, y dejó caer un pequeño escupitajo al mar, observando cómo caía con una mezcla de orgullo y timidez.

Jungkook lo miró, inclinándose hacia abajo, para luego volver hacia el doncel.

—Mucho mejor —concedió, su tono juguetón—. Pero necesitas practicar. Tienes que carraspear como si el mundo dependiera de ello.

Comenzó a exagerar los movimientos, haciendo ruidos guturales y moviendo los brazos como si fuera a lanzar un proyectil, su risa llenando el aire. Jimin, riendo, estaba a punto de responder cuando sus ojos se desviaron detrás de Jungkook, su rostro palideciendo al ver a Yulia acercándose con la condesa y Molly Brown. La sangre se le heló por un instante, y golpeó suavemente el brazo de Jungkook, intentando detenerlo sin palabras.

—Jungkook —susurró, su tono urgente, sus ojos señalando hacia atrás.

Jungkook, confundido, volteó justo cuando un hilo de saliva le resbalaba por el mentón. Al ver al grupo de mujeres refinadas, tragó con un gesto torpe, sus mejillas enrojeciendo ligeramente. Las mujeres lo observaron con una mezcla de curiosidad y desdén, Yulia en particular escrutándolo como si fuera un intruso en su mundo.

—Madre —dijo Jimin, su voz aguda, intentando mantener la compostura mientras se acercaba a Yulia, cuya expresión era una máscara de neutralidad helada—. Quisiera presentarte a Jungkook Jeon.

Jungkook asintió, ofreciendo una sonrisa suave pero sincera, aunque sentía el peso de la mirada de Yulia, que lo recorrió de pies a cabeza con un leve asentimiento.

—Encantada, por supuesto —dijo ella, su tono cortés pero cargado de advertencia, sus ojos volviéndose hacia Jimin como si quisiera recordarle su lugar.

Molly, en cambio, observó a Jungkook con una calidez maternal, señalando discretamente su mentón con un dedo.

Jungkook, avergonzado, se limpió.

—Gracias —murmuró suavemente.

Jimin, intentando suavizar el momento, comenzó a hablar, su voz llena de entusiasmo mientras explicaba cómo lo había conocido. Yulia escuchaba, pero sus ojos seguían fijos en Jungkook, viéndolo como una amenaza, un “insecto” que debía ser eliminado de la vida de su hijo.

La condesa, incluso Molly, sin embargo, parecían genuinamente interesadas, los ojos de Molly brillando con curiosidad.

—Tú, Jungkook, pareces el tipo de hombre para los momentos difíciles —dijo Molly, su voz cálida, como una madre que reconoce el potencial en un joven.

Antes de que Jungkook pudiera responder, una trompeta sonó, cortando la conversación como un ataque de caballería. Los cinco voltearon hacia el sonido, y Molly rodó los ojos, volviendo al grupo.

—¿Por qué insisten en anunciar la cena como si fuera una carga militar?

Jimin rió, aliviado por la ruptura de la tensión, y se volvió hacia Yulia.

—¿Vamos a vestarnos ahora, madre? —preguntó, ofreciéndole el brazo, aunque su mirada se desvió hacia Jungkook por un instante.

Mientras se alejaban, Jimin giró brevemente.

—Nos veremos en la cena, Jungkook.

Jungkook asintió, saludándolo con un suave movimiento de mano, sus ojos siguiéndolo con una mezcla de admiración y afecto, incapaz de apartar la mirada de la figura del doncel, que brillaba incluso entre la opulencia del Titanic.

Molly, quedándose atrás, chasqueó la lengua para llamar su atención.

—¡Oye, hijo! —dijo, levantando la voz cuando Jungkook no respondió, aún embobado—. ¡Hijo! —repitió, y Jungkook finalmente giró hacia ella, parpadeando.

—¿Sí, señora? —respondió, su tono inocente.

Molly lo observó, entornando los ojos con una mezcla de diversión y preocupación maternal.

—¿Tienes alguna idea de lo que estás haciendo? —preguntó, su voz protectora pero directa.

Jungkook rió suavemente, negando con la cabeza, su cuaderno colgando en su mano.

—En realidad, no —admitió, su honestidad desarmando cualquier pretensión.

Molly suspiró, observándolo de pies a cabeza, notando su atuendo sencillo, tan diferente de los trajes impecables de Primera Clase.

—Estás por entrar a la boca del lobo, muchacho —dijo, su tono suavizándose—. ¿Qué piensas usar?

Jungkook extendió los brazos, señalando su ropa con una sonrisa despreocupada.

—Esto es todo lo que tengo —respondió, encogiéndose de hombros.

Molly dejó escapar una risa que sonó más como un bufido, sacudiendo la cabeza.

—Eso creí —dijo, tomando su brazo con la autoridad de una dama que sabía lo que hacía—. Ven conmigo.

—¿A dónde? —preguntó Jungkook, dejando que lo guiara, su curiosidad superando su confusión.

—A bañarte, vestirme y arreglarte para esa cena —respondió Molly, su voz firme y cálida—. No puedes presentarte en Primera Clase así, hijo.

Jungkook se dejó llevar, una sonrisa asomándose en sus labios mientras seguía a Molly, su mente aún en Jimin, en la chispa de su risa, en la promesa de una noche inolvidable en el Titanic.



06

El camarote de la señora Brown era un remolino de actividad, transformado en un camerino improvisado donde Jungkook se preparaba para la noche. El aire olía a jabón y lavanda tras el baño que había borrado el cansancio de tercera clase. Sobre una silla yacía su ropa vieja, un recordatorio de su vida nómada, ahora reemplazada por un esmoquin negro que se ajustaba perfectamente a su figura, su cabello engominado hacia atrás, dándole un aire elegante y audaz. Los zapatos de charol brillaban bajo las lámparas, y Jungkook, frente al espejo, apenas reconocía al hombre confiado que lo miraba.

Molly, con una sonrisa satisfecha, le dio una última sacudida al traje, sus manos firmes pero cálidas.

—¡Lo sabía! —dijo, asintiendo con orgullo—. Mi hijo y tú tienen casi la misma talla.

Jungkook se miró, ajustando las solapas con una sonrisa segura.

—Bastante aproximada —respondió, su tono juguetón, sintiéndose más cómodo en su nueva piel.

Molly se colocó detrás de él, ambos reflejados en el espejo. Soltó un silbido de aprobación.

—Brillas como una moneda nueva —declaró, su voz llena de orgullo maternal.

Jungkook, entrando en el papel, agarró las solapas del saco y levantó una ceja.

—Señor Jeon, un placer —murmuró, su tono teatral arrancando una carcajada suave de Molly.

Ella ajustó su moño con precisión, su mirada volviéndose seria.

—Escucha, Jungkook, el traje es solo el disfraz. Ahora empieza la actuación —advirtió, su voz firme—. Entra a ese salón como si fueras el dueño del barco, no son dioses, solo ricos con poca imaginación. Si te pierdes, sonríe con esa cara de sinvergüenza, eso los desarma.

Jungkook asintió, sus ojos brillando con determinación.

—Entendido. A darles un espectáculo —dijo, su voz confiada, una chispa de picardía en su sonrisa.

—Ese es mi chico —respondió Molly, ofreciéndole su brazo con una sonrisa cómplice.

Jungkook lo tomó, y juntos salieron del camarote, sus pasos resonando con propósito. Pensando en Jimin, su corazón latía con emoción, esta noche, vestido como caballero, estaría a la altura del hombre doncel que había capturado su atención desde el primer momento, listo para desafiar las reglas por una noche inolvidable.



El mayordomo que abrió la puerta del salón de recepción lo hizo con una reverencia impecable, su postura tan rígida que parecía tallada en mármol.

—Buenas noches, señor —dijo, su tono educado mientras evaluaba a Jungkook con discreción.

Y Jungkook, extraño en su papel de caballero, esbozó una sonrisa tensa, sintiendo el esmoquin como una armadura ajena. Cada paso hacia el salón le recordaba que no pertenecía a ese mundo, pero simplemente se dejaba llevar como lo que lo había traído hasta ese preciso instante.

El ambiente vibraba con murmullos elegantes y las notas de un cuarteto de cuerdas. Los candelabros iluminaban una cúpula de cristal, y el lujo del lugar, como la madera pulida, un querubín de bronce y el elegante reloj, de una manera, que en principio abrumaba a Jungkook por todos los detalles que tenía en frente para escrutar. Las damas, cargadas de diamantes y oro, reían con gracia, mientras los hombres sostenían sus copas con elegancia practicada.

Recordando el consejo de Molly, Jungkook relajó los hombros y respiró hondo, luego bajó la escalera con pasos lentos, observando. Al principio, se apoyó en una columna, brazos cruzados, dedos tamborileando nerviosamente. Pero su ojo rápido captó los gestos refinados de los demás, después la postura, y el ángulo de las cabezas, deshizo los brazos, metió una mano en el bolsillo y adoptó una pose relajada.

Un hombre de bigote canoso pasó, alzando su copa.

—Buenas noches —le dijo.

Jungkook asintió con naturalidad, satisfecho por pasar desapercibido.

Entonces vio descender a Jonas, imponente en su esmoquin, y a Yulia, fría en un vestido de seda negra. Pasaron junto a él, Jonas apenas mirándolo, su asentimiento casi un desaire, mientras Jungkook extendía la mano para saludar por instinto, pero la cerró al no recibir respuesta, un calor de humillación subiéndole al cuello.

—¿Dónde estará Jimin? —preguntó Yulia, su voz cortante, sin mirarlo.

—Llegando tarde, como siempre —respondió Jonas, impaciente, antes de fijarse en una figura al otro lado del salón—. ¡La Duquesa! —exclamó, alejándose con Yulia, ignorando a Jungkook.

Jungkook tragó el desaire por parte de ambos, forzando una sonrisa. El salón pareció contener el aliento, y en lo alto de la escalera apareció Jimin, quien no era el joven angustiado de la popa, sino una visión de elegancia, su esmoquin beige abrazando su figura esbelta, la camisa color vino resaltaba su piel pálida, y sus ojos brillaban con intensidad, aunque un leve temblor en sus manos delataba su inquietud.

Jimin buscó entre la multitud, ansioso, hasta que sus ojos encontraron a Jungkook al pie de la escalera, la figura impecable, el cabello castaño peinado con elegancia, los ojos azules fijos en él como un faro. Una sorpresa cruzó el rostro del joven, sus labios entreabiertos mientras bajaba el último escalón.

Jungkook tomó su mano enguantada con suavidad, depositando un beso en sus nudillos, sus ojos ardientes de sinceridad.

—Lo vi en un cinematógrafo —susurró, juguetón—. Siempre quise hacerlo.

Jimin sonrió, aliviado.

—Y lo hiciste bien —murmuró, su voz cálida.

Jungkook le ofreció el brazo, y Jimin lo aceptó, sus dedos rozando la tela del esmoquin, y juntos, avanzaron por el salón, Jungkook con el mentón en alto, su confianza creciendo, finalmente vieron a Jonas riendo con la Duquesa.

Jimin tocó el brazo de Jonas.

—Querido... —dijo, dirigiéndose a él.

Jonas se giró, sorprendido al ver a Jungkook.

—Oh, ¿Jeon...? —murmuró, despectivo—. Casi pareces un caballero.

Jungkook inclinó la cabeza, su sonrisa firme.

—Casi —respondió, con ironía sutil.

Jonas forzó una sonrisa tensa y volvió a su conversación, ignorándolos. Jungkook sintió rabia, pero al mirar a Jimin, encontró con unos sus ojos llenos de complicidad, le devolvió una sonrisa genuina, sintiéndose seguro, con Jimin como su ancla en ese mundo hostil.



Con Jimin firmemente sujeto de su brazo, Jungkook fue escoltado hacia el gran salón comedor, su corazón latiendo con una mezcla de adrenalina y nervios que realmente lograba disimular. El murmullo de cientos de conversaciones, el tintineo cristalino de copas y el suave rasgueo de un arpa llenaban el aire, un sonido que para Jungkook era más ajeno que cualquier idioma extranjero.

Mientras caminaban, Jimin se inclinó hacia él, su aliento cálido rozando la oreja de Jungkook, convirtiéndose en su guía secreto en esa selva de lujo y apariencias. La cercanía de Jimin, el roce de su brazo contra el suyo, Jungkook sintió un calor inesperado subir por su pecho.

—¿Ves a la mujer que habla con el Capitán?—susurró Jimin, apuntando discretamente con el mentón hacia una figura elegante envuelta en terciopelo verde suave—. Es la Condesa de Rothes. Una verdadero aristócrata, con un título que pesa más que este barco —su voz tenía un matiz juguetón, sus ojos brillando con una complicidad que invitaba a compartir un secreto.

Jungkook asintió, su mirada de artista capturando la escena con una precisión instintiva, la Condesa, con su postura impecable, gesticulaba con una gracia practicada mientras el Capitán reía con cortesía.

—Vamos a pasar a... ¡Allí! —susurró Jimin, sus ojos moviéndose hacia un hombre de bigote y un doncel joven a su lado—. es Jonathan Astor, el hombre más rico del barco. Su prometido, Marcel, tiene mi edad y está esperando un hijo —elevó las cejas con una chispa de picardía, inclinándose un poco más cerca—. Fíjate cómo intenta disimularlo... es el escándalo de la temporada.

La conspiración en la voz de Jimin era tan encantadora que Jungkook apenas pudo reprimir una sonrisa, sus labios curvándose mientras sus ojos seguían a Marcel, quien ajustaba nerviosamente su chal de seda. No le importaba el chisme, pero le fascinaba ver a Jimin en ese modo, desvelando los secretos de su mundo con una mezcla de ironía y vulnerabilidad que lo hacía parecer más humano, más cercano.

—Continuemos con los pobres donceles que se conforman con todo ésto —dijo Jimin con un tono juguetón, rebuscando con su mirada, hasta que alzó sus cejas a un punto específico—. Allí —su mirada posándose en un hombre de mediana edad con un doncel de porte regio—. están Benedict Guggenheim y su amante, Adrien. La prometida de Benedict, es mujer, pero claro, está en casa con los niños —su tono estaba teñido de una ironía afilada, sus labios apretándose en una sonrisa contenida que delataba su desprecio por las hipocresías de su clase.

Por último, señaló a una pareja mayor, un hombre de cabello plateado y un doncel de elegancia deslumbrante.

—Sir Cornelius y Lucian, Lord Duff-Gordon,— dijo, su voz bajando a un susurro conspirador —. Lucian diseña la lencería más provocadora de Londres. Un talento oculto muy popular entre la realeza —concluyó con una sonrisa traviesa, sus ojos brillando con una diversión que hacía que su rostro se iluminara.

La pareja los saludó con un educado asentimiento, y Jimin lo devolvió con una gracia impecable, su mano apretando ligeramente el brazo de Jungkook en un gesto que era tanto apoyo como complicidad. Jungkook, siguiendo su ejemplo, inclinó la cabeza con una cortesía que había aprendido a imitar en minutos, aunque su corazón martilleaba en su pecho.

Justo en ese momento, Molly apareció por el otro lado, barriendo el lugar con una mirada que parecía capaz de atravesar paredes.

—¿Me harías el honor de escoltarme, Jungkook? —preguntó, sus ojos arrugándose en una sonrisa maternal.

Jungkook, encantado por su energía, le ofreció su brazo libre con una inclinación cortés, sus dedos rozando la manga de su vestido con una calidez que lo anclaba. De repente, se encontró flanqueado por los dos únicos aliados que tenía en ese universo de cristal y caoba, Jimin a su derecha, con su elegancia relajante, y Molly a su izquierda, con su presencia arrolladora.

La sensación era calma para sus nervios, aunque no podía ignorar las miradas curiosas que los seguían.

Mientras avanzaban, Jonas, arrastrado por Yulia, intentó llamar a Jimin con un “¡Amorcito!”, repetido su voz cortando el aire con, pero Yulia, con su postura gélida, no le dio tregua, empujándolo hacia su mesa con un movimiento que era más una orden que una guía.

Molly, aprovechando el momento, se inclinó hacia Jungkook.

—Es sencillo, ¿lo ves? —murmuró, su tono conspirador mientras sus ojos escrutaban el salón—. Esta gente adora el dinero por encima de todo, tú finge que tienes una mina de oro y ya eres del club —su mano apretó brevemente el brazo de Jungkook, un gesto de aliento que lo hizo enderezar la espalda.

Al entrar, lo recibió una catedral de blanco impecable, cristal y luz dorada, varias cabezas se giraron. El joven y apuesto desconocido que escoltaba a Jimin Park y a Molly Brown era un misterio atractivo, un rompecabezas que despertaba susurros y miradas furtivas.

La luz de los candelabros se reflejaba en los cubiertos de plata y las copas de cristal, creando un resplandor que parecía envolverlos. Jungkook sintió el peso de esas miradas, pero mantuvo la cabeza en alto.

Durante los siguientes minutos, navegó por un mar de presentaciones, su habilidad camaleónica permitiéndole absorber y replicar los gestos de la alta sociedad, estrechó manos con la firmeza, y respondió a los saludos cordiales con una sonrisa que no delataba el martilleo de su corazón. “Un placer”, murmuraba, sus ojos captando cada detalle, la forma en que un caballero ajustaba su gemelo, el leve arqueado de una ceja en un doncel al evaluar su presencia.

Por fuera, era uno de ellos, pero por dentro, cada segundo era una prueba de fuego.

Cuando un caballero de mirada astuta le preguntó de dónde venía, Jungkook respondió con una vaguedad calculada, —De varios lugares, señor, el mundo es un lienzo amplio,— su tono ligero pero firme, ganándose una risa aprobadora. Jimin, a su lado, le dedicó una mirada fugaz, sus labios curvándose en una sonrisa contenida que era tanto orgullo como alivio, sus dedos apretando brevemente el brazo de Jungkook en un gesto que lo anclaba.

Mientras se movían entre la multitud, Jungkook sintió la mirada de Jonas desde el otro lado del salón, sus ojos fríos evaluándolo como un depredador que mide a su presa. Pero la presencia de Jimin, cálida y constante a su lado, era un recordatorio de que no estaba solo. Cuando sus miradas se encontraron por un instante, los ojos turquesa de Jimin brillaron con una complicidad silenciosa, un destello que decía —estamos juntos en esto.— Jungkook le devolvió una sonrisa pequeña, sus hombros relajándose imperceptiblemente, y por primera vez en ese mundo de cristal y apariencias, sintió que podía respirar.



Bajo la luz resplandeciente de una araña de cristal, la mesa principal del comedor del Titanic era un escenario de opulencia y tensión. Jungkook, sentado entre Molly y la Condesa, con Jimin a dos personas de él, junto a su prometido, sentía el peso de las miradas de la alta sociedad como si fueran flechas invisibles.

Yulia Park, sentada frente a Jungkook, lo miró con unos ojos azules tan fríos como el mar que rugía bajo el barco, su rostro una máscara de elegancia gélida.

—Díganos, señor Jeon —comenzó—. ¿Qué tal son las comodidades en la tercera clase? Dicen que son bastante adecuadas en este barco.

La mesa guardó silencio, el aire cargándose de expectación mientras las miradas se posaban en Jungkook. Él, sin que su expresión tranquila flaqueara, tomó su copa de champán con una calma deliberada, tomó un sorbo lento, dejando que el líquido espumoso le diera un momento para componerse, antes de responder con una seriedad impecable, sus ojos brillando con un destello de desafío.

—Las mejores que he visto, señora —respondió, firme pero con un toque de humor seco—. Casi no hay ratas.

Una explosión de risas ahogadas estalló entre los hombres de la mesa, el Coronel Gracie soltando una carcajada sonora mientras Jonathan Astor, ocultaba una sonrisa detrás de su servilleta.

Yulia, sin embargo, apretó los labios en una línea fina, sus ojos entrecerrándose con un desdén que no podía ocultar, mientras Jonas, a su lado, carraspeó con una impaciencia evidente, retomando el control de la conversación.

—El señor Jeon, de la clase turista, nos acompaña esta noche —anunció, cargado de condescendencia, como si Jungkook fuera una curiosidad zoológica exhibida para su

entretenimiento—. Fue de gran ayuda para mi prometido anoche.

Jimin enderezó la espalda, su rostro iluminándose con una determinación silenciosa.

—Resulta que Jungkook es un gran artista —intervino, firme, elevando el estatus de Jungkook con una naturalidad que desafiaba la hostilidad de Jonas—. Fue muy amable al mostrarme algunas de sus obras hoy —sus ojos se posaron brevemente en Jungkook, un destello de orgullo y complicidad brillando en ellos.

Jonas, con un ademán displicente, agitó una mano como si espantara una mosca.

—Jimin y yo tenemos poco interés en el arte, me temo —añadió, su sonrisa fría—. Sin ofender su... trabajo, por supuesto.

Jungkook simplemente levantó una mano, restándole importancia con un gesto casual, una sonrisa educada curvando sus labios mientras sus ojos brillaban con una calma desafiante.

En ese momento, sintió un discreto carraspeo de Jimin, fugaz pero intencionado. Al mirarlo, el joven le hizo una señal casi imperceptible con los ojos, un leve movimiento de cabeza que indicaba que enderezara la espalda.

Jungkook se enderezó, y confundido por el campo de batalla de plata que se extendía ante él, un desconcertante arsenal de tenedores, cucharas y cuchillos, se inclinó hacia Molly, con un susurro.

—¿Todo esto es para mí? —preguntó, señalando la variedad de cubiertos con un movimiento discreto de su mentón, sus cejas frunciéndose en una mezcla de asombro y pánico.

—Empieza por los de fuera y ve copiando a los demás —le siseó Molly de vuelta mientras le dedicaba una sonrisa alentadora.

Justo entonces, un camarero se acercó, su uniforme impecable contrastando con la expresión neutra en su rostro.

—¿Cómo desea el caviar, señor? —preguntó, suave pero expectante.

Jungkook, con una gracia natural que sorprendía incluso a sí mismo, negó con la cabeza.

—No, gracias,— respondió—. No soy muy aficionado —sus ojos se posaron brevemente en el camarero, una chispa de humor brillando en ellos mientras mantenía la compostura.

El camarero lo miró un segundo, una ceja arqueándose ligeramente antes de asentir y retirarse. Jimin, a su lado, ocultó una sonrisa detrás de su copa, sus labios temblando mientras sus ojos brillaban con una diversión contenida.

Yulia, indispuesta a ceder terreno, atacó de nuevo.

—¿Y dónde vive exactamente, señor Jeon? —preguntó, su voz goteando curiosidad fingida, sus ojos evaluándolo como si buscara una grieta.

Jungkook la miró, y luego a todos los presentes, sus ojos recorriendo la mesa con una calma que desmentía el martilleo de su corazón.

—De momento, mi hogar y dirección es el Titanic —respondió claro y sin rastro de vergüenza—. Después, supongo que dependerá del humor de Dios —su tono era ligero,

pero había una sinceridad cruda en sus palabras que hizo que algunas cabezas se inclinaran con interés.

Yulia, sin inmutarse, buscó la estocada final.

—¿Y qué medios tiene para viajar? —insistió, su sonrisa tensa, un depredador acechando a su presa.

Jungkook se acomodó en su silla, abandonando por un instante la compostura fina, sus hombros relajándose mientras una chispa de orgullo brillaba en sus ojos.

—Me gano la vida sobre la marcha, barcos de carga, trabajos ocasionales... —respondió, rascándose una ceja con un gesto casual, como si estuviera contando una anécdota cualquiera—. Pero mi pasaje para el Titanic lo gané, en una mano de póker muy afortunada.

Un murmullo de interés recorrió la mesa, los hombres intercambiando miradas de aprobación, que entendían el riesgo, la fortuna, y la historia de Jungkook, aunque humilde, resonaba con ellos.

—¡Una muy, muy afortunada! —agregó Jungkook, compartiendo una sonrisa cómplice con Jimin, sus dedos rozando el borde de su servilleta en un gesto nervioso.

—La vida es un juego de azar, después de todo —comentó el Coronel Gracie, levantando su copa con una sonrisa de camaradería.

—Un verdadero hombre hace su propia suerte, ¿no es así, Jeon? —intervino Jonas, sus ojos entrecerrándose.

—Claro —respondió Jungkook, asintiendo sin ironía, su sonrisa imperturbable mientras sostenía la mirada de Jonas por un instante, un destello de desafío brillando en sus ojos.

Yulia, decidida a no ser superada, disparó su última flecha.

—¿Y encuentra atractiva esa vida sin raíces? —preguntó con desdén.

Jungkook miró a su alrededor, a toda esa opulencia estática, a los rostros expectantes que lo rodeaban. Luego, volvió a mirar a Yulia.

—Pues sí, señora, así es —respondió, su voz calma descolocándola por completo—. Lo tengo todo, aire en mis pulmones y unas cuantas hojas de papel en blanco —tomó un trozo de pan, rompiéndolo con un gesto casual mientras continuaba, adquiriendo la pasión del artista que era—. Me encanta despertar por la mañana sin saber qué pasará, a quién conoceré... —su mirada se posó brevemente en Jimin, un instante fugaz, antes de volver a Yulia—...o dónde terminaré. La otra noche dormía bajo un puente, y ahora estoy aquí, en el barco más grande del mundo, bebiendo champán con la gente más refinada.

Hizo una pausa, levantando su copa vacía hacia un camarero que pasaba.

—Quiero un poco más, por favor —pidió, ligero pero con un toque de audacia, sus ojos aún posados en la mesa, absorbiendo las reacciones. Una vez su copa estuvo llena, continuó, su tono ahora más introspectivo—. Creo que la vida es un regalo, y no pienso desperdiciarla, nunca se sabe qué mano te tocará la próxima vez —observó a Jonas sacar un cigarrillo y buscar con qué encenderlo, sus dedos tamborileando impacientemente—. Hay que tomar la vida como viene. Toma, Jonas.

Con un movimiento rápido y certero, Jungkook le lanzó una pequeña caja de cerillas que sacó del bolsillo de su esmoquin. Jonas la atrapó por puro reflejo, sus cejas arqueándose en sorpresa, un destello de irritación cruzando su rostro antes de que forzara una sonrisa tensa.

Con todas las miradas puestas en él, Jungkook asintió, su expresión tranquila pero con un brillo de triunfo en los ojos.

—Hay que hacer que cada día valga —finalizó asintiendo sutilmente para sí mismo.

—¡Muy bien dicho, Jungkook! —exclamó Molly, su voz resonando con una aprobación que hizo que varias cabezas se giraran, su mano dando una palmada en la mesa que hizo tintinear los cubiertos.

—¡Así es! —secundó Astor, levantando su copa con una sonrisa genuina, sus ojos brillando con admiración.

Entonces, Jimin levantó su copa, sus movimientos gráciles pero con una intención silenciosa. Miró directamente a Jungkook, sus ojos turquesa brillando por encima del cristal, una mezcla de orgullo y algo más profundo, algo que hacía que su pecho se apretara.

—Porque valga cada día —afirmó, con un nuevo significado, un desafío implícito a las cadenas que lo ataban.

Uno por uno, todos los demás en la mesa, incluso un vacilante Jonas, levantaron sus copas, sus movimientos casi mecánicos en comparación con la intensidad de Jimin.

“¡Porque valga cada día!” repitió el coro, las voces resonando en el comedor, un eco de unidad momentánea.

Jungkook, con una sonrisa humilde y contenida, finalmente levantó su copa, sus dedos apretando el cristal, y sus ojos encontrando los de Jimin, y en ese brindis, sellaron una alianza, un secreto compartido en el corazón del mundo que intentaba separarlos.



Aproximadamente una hora después, la sobremesa en el comedor de primera clase estaba envuelta en un ambiente cálido, con el tintineo de tazas de té y café, el aroma de frutas frescas y el eco suave de la acústica clásica.

Molly, con una carcajada sonora que resonaba en la mesa, compartía una anécdota.

—El señor Brown no sabía que escondí el dinero en la estufa —dijo, su voz vibrante, sus ojos brillando con picardía—. Llegó borracho, celebrando, ¡y encendió el fuego!

Las risas discretas y elegantes de los comensales llenaron la mesa, un coro delicado que acompañaba la historia. Jungkook, perfectamente integrado entre los ricos, rió con naturalidad mientras se llevaba una aceituna negra a la boca, su esmoquin prestado dándole un aire de pertenencia, inmediatamente, Jimin se inclinó hacia él, su rostro iluminado por una chispa de complicidad.

—Hora del brandy en el salón de fumadores —susurró Jimin, su voz baja, casi íntima.

Antes de que Jungkook pudiera reaccionar, el coronel se levantó con un movimiento firme.

—¿Un brandy, señores? —propuso, su voz resonando con autoridad, confirmando las palabras de Jimin.

El doncel puso los ojos en blanco, un gesto sutil que solo Jungkook captó.

—Ahora se retiran a felicitarse por ser los amos del universo —susurró de nuevo.

El director de la línea de viajes alzó la voz, cortés pero firme.

—Gracias por su honorable compañía esta noche.

Jonas, se acercó por detrás del asiento del joven muchacho, su presencia imponente proyectando una sombra sobre la mesa.

—¿Te acompaño a tu camarote? —preguntó, su tono más una orden que una oferta.

Jimin, con un movimiento delicado de su mano delicada, negó, su postura erguida mostrando su determinación.

—No, me quedo aquí —respondió, sus ojos evitando los de Jonas.

Jungkook se levantó, devolviéndole a Molly su cigarrera con un gesto cortés. Jonas lo miró, una ceja arqueada.

—¿Nos acompañas, Jeon? —dijo, su tono cargado de un desdén disimulado—. Digo, no querrás quedarte con las damas y donceles, ¿verdad?

Jungkook negó educadamente, su sonrisa tranquila ocultando la tensión.

—No, gracias, debo regresar —respondió, con voz calma.

Jonas sonrió con altanería, acercándose un paso.

—Mejor así. Será charla de negocios y política, no te interesa —dijo, chocando disimuladamente su hombro contra el de Jungkook, un gesto calculado, luego, volteó—. Ah, Jeon, gracias por venir.

Lanzó la caja de cerillas al aire, Jungkook la atrapó con facilidad, y el hombre siguió con gesto lleno de arrogancia.

Jimin, aún sentado, levantó la mirada hacia Jungkook, su expresión suavizándose.

—¿Debes irte? —preguntó, su voz suave, con un toque de preocupación que solo Jungkook percibió.

El artista, fingiendo pena, respondió con un guiño apenas perceptible.

—Tengo que remar con los otros esclavos.

Jimin sonrió delicadamente, sus labios curvándose en una expresión que mezclaba diversión y ternura. Jungkook se acercó, acercando su mano a la del doncel, besando inclinándose para besar los nudillos, deslizando un papel entre sus dedos con suavidad.

—Que descanses, Jimin... —dijo, mirándolo directamente a los ojos, trazando una promesa muda.

Jimin sintió el papel y lo tomó con disimulo, su pulso acelerándose. Jungkook se retiró, lanzándole una última mirada aún más llena de intención.

Bajo la mesa, Jimin abrió la nota con dedos temblorosos.

“Haz que cuente, encuéntrame en el reloj”.

Leyó dos veces, su corazón latiendo con curiosidad, emoción y un toque de miedo, pero la tentación de seguir a Jungkook era irresistible, un anhelo que vibraba en su alma.

Se levantó con gracia, excusándose con un murmullo, y se dirigió a la escalera principal.

Al llegar, Jungkook esperaba, apoyado en el barandal de madera pulida, su figura relajada pero alerta, observando el reloj que marcaba las doce con un suave repique, una melodía e imagen que no olvidaría jamás. Al oír los pasos de Jimin, levantó la vista, sus ojos azules encontrándose con los turquesa del joven, una chispa de conexión iluminando el espacio entre ellos.

Sonrió, contento, su rostro suavizándose.

—¿Quieres ir a una fiesta de verdad? —preguntó, su voz juguetona, una ceja levantada, su sonrisa invitando a la aventura.



07

Descender a la sala común de tercera clase fue como sumergirse en un océano de vida cálida y turbulenta, contraste abrupto con la frialdad calculada de la primera clase.

El lugar bullía bajo una luz amarillenta que doraba el humo de los cigarrillos y hacía brillar el sudor en los rostros felices, el aire espeso con olor a cerveza, pan recién horneado y el aroma de cuerpos en movimiento, una alegría desbordante vibraba con el sonido estridente y apasionado de un violín que gemía con notas rápidas, un acordeón que jadeaba como un corazón acelerado, y el golpeteo rítmico de docenas de botas contra el suelo de madera, un ritmo que hacía eco en los huesos e invitaba a dejarse llevar.

Inmigrantes de todas partes de Europa se mezclaban en un caos exultante, bailando con un abandono que Jimin Park jamás había presenciado, irlandeses con pasos rápidos y saltarines, italianos girando en círculos apasionados, polacos y rusos chocando hombros en una camaradería ruidosa. El salón, con sus bancos de madera y mesas cubiertas de jarras y platos de comida sencilla, era un tapiz vivo de humanidad, donde el cansancio del viaje se disolvía en la euforia colectiva.

En medio del torbellino, Taehyung y Hoseok bailaban juntos, sus movimientos torpes pero llenos de una alegría contagiosa que parecía iluminar su rincón del salón. Taehyung, con las mejillas enrojecidas por el calor y la cerveza, se inclinó hacia Hoseok, su mano vacilando un instante antes de posarse en la curva baja de su espalda, un toque que era a la vez tímido y deliberado, como si estuviera probando los límites de algo que se estaba formando inevitablemente.

Sus ojos oscuros buscaron los de Hoseok de manera genuina, un destello de anhelo que hacía que su voz temblara ligeramente.

—¿Te importa si... pongo mi mano aquí? —preguntó, su aliento cálido rozando la oreja de Hoseok, un gesto que hablaba de una intimidad previa, de noches compartidas en confidencias susurradas bajo las luces tenues de tercera clase.

La sonrisa de Hoseok fue instantánea y radiante, sus ojos castaños suavizándose con calidez.

—¡Déjate llevar, Tae! —respondió, respondiendo al toque acercándose más si fuera posible, su voz era intensa pero llena de una ternura que contrastaba con el bullicio a su alrededor.

Taehyung rió mostrando una felicidad y complicidad, dejándose llevar como dictó Hoseok, permitiendo que el gesto se convirtiera en un abrazo sutil que los guió en su danza, sus cuerpos moviéndose al unísono con sincronía. Hoseok se carcajeó felizmente y apoyó brevemente su frente contra la de Taehyung, no sólo era la cerveza y la euforia, era lo mucho que se tenían el uno al otro en aquél fatídico barco, un lazo que se fortalecía en medio del caos, floreciendo en toques casuales que ocultaban promesas más profundas.

Jungkook, por su parte, había sido adoptado por una pequeña niña de cabello castaño y ondulado, sus manitas aferradas a las suyas mientras giraban en círculos torpes, la risa aguda de la niña resonando como campanillas sobre la música. Jungkook se agachaba para estar a su altura, sus ojos azules brillando con una diversión paternal, sus manos grandes envolviendo las de ella con gentileza mientras la hacía volar en cada vuelta.

Jimin intentaba no perderlo de vista, una tarea difícil mientras Olaf, el compañero de camarote de Jungkook y Taehyung de origen sueco, le hablaba animadamente en un idioma que para él era solo un balbuceo gutural, sus manos gesticulando con entusiasmo mientras señalaba a los bailarines. Olaf palmeaba el hombro de Jimin con una camaradería ruda, sus ojos arrugados por la sonrisa, pero Jimin solo podía asentir, sintiéndose fuera de lugar pero extrañamente vivo.

—Lo siento, de veras, no te entiendo,— dijo Jimin con una sonrisa amable, negando con la cabeza y aplaudiendo al son de la música para llenar el silencio, sus palmas chocando con una energía que imitaba la de la multitud.

Levantó su tarro de cerveza barata, y dio un sorbo, el sabor amargo y efervescente inundando su boca mientras dejaba que la escena lo envolviera. Siempre había algo que mirar, un drama en una pulseada que terminaba en abrazos, una comedia en un tropiezo que provocaba carcajadas, una explosión de vida en cada rincón. No era como el mar en calma de la primera clase, donde cada onda estaba calculada, aquí, las olas eran salvajes, impredecibles, y por primera vez, Jimin se sentía parte de ellas.

Cerca, un hombre muy borracho tropezó, cayendo sobre una mesa y rompiendo varias jarras con un estrépito que hizo eco en el salón. Pero en lugar de un escándalo, varias manos lo ayudaron a levantarse entre carcajadas estruendosas, palmeadas en la espalda y voces gritando “*¡Otro trago para el caído!*”, le volvieron a poner un vaso en la mano y lo integraron de nuevo en el baile, su risa uniéndose al coro general.

Jimin, observando todo, sonrió encantado, sus ojos brillando con una mezcla de asombro y envidia, su postura relajándose por primera vez en horas mientras el calor del salón se filtraba en su piel.

La música se detuvo abruptamente, y la sala estalló en aplausos y vítores para la banda, manos chocando y silbidos perforando el aire. El acordeonista, secándose el sudor de la frente con un pañuelo raído, jadeaba con una sonrisa exhausta.

—¡No se vayan, que esto apenas comienza! —gritó con voz ronca y entusiasta, provocando otra oleada de aplausos.

En ese interludio, Jungkook se agachó ante la niña, mientras le decía algo al oído, señalando a Jimin con un movimiento sutil de cabeza.

—Iré a bailar con él ahora, ¿está bien? —preguntó, su voz suave y juguetona, la niña asintiendo educadamente con una sonrisa tímida antes de correr a unirse a su familia, sus rizos rebotando.

Jimin lo miró, interrogante, sus cejas arqueándose en curiosidad mientras Jungkook cruzaba el espacio que los separaba en tres zancadas decididas, su mano extendiéndose hacia él.

—¡Vamos!.—le dijo desde el lado de la pista, haciéndole un gesto con una sonrisa radiante que iluminaba su rostro sudoroso—. ¡Baila conmigo!

—¿Qué? —preguntó Jimin, sus manos suspendidas en el aire a medio aplauso, sus ojos agrandándose con una mezcla de sorpresa y emoción, sus labios entreabiertos en una sonrisa incrédula.

Jungkook tomó su mano con una firmeza gentil, sus dedos cálidos envolviendo los de Jimin.

—Ven aquí —dijo, arrastrándolo al centro del círculo de baile que volvía a formarse.

Una vez frente a él, Jimin lo miró con una repentina inseguridad, sus hombros tensándose mientras mordía su labio inferior.

—No estoy seguro de saber hacer esto —admitió, sus ojos buscando los de Jungkook en busca de seguridad.

Jungkook sonrió, tomó una de sus manos y posó la otra con firmeza en su espalda baja, sintiendo el rígido corsé bajo la fina tela de la camisa. Lo acercó, sus rostros a escasos centímetros, el calor de sus cuerpos mezclándose en el aire espeso.

—Aprenderemos juntos... es así —susurró, su aliento cálido rozando la piel de Jimin, sus ojos azules brillando con una mezcla de diversión y un anhelo que hacía que su agarre se sintiera protector, logrando que en un principio, el joven doncel tragara duro, ante aquella intensa y agradable cercanía.

La música estalló de nuevo, un torrente de notas rápidas y alegres que llenaba el salón como un río desbordado, recordándoles en la loca fiesta en la que estaban.

—¡No me sé los pasos! —exclamó Jimin por encima del ruido, sus pies vacilando mientras intentaba seguir el ritmo, su mano apretando la de Jungkook con una urgencia juguetona.

—¡Yo tampoco!—gritó Jungkook, guiándolo en un balanceo intuitivo, sus caderas moviéndose con una naturalidad que invitaba a Jimin a soltar el control—. ¡Solo sigue el ritmo! ¡No pienses!

Y Jimin lo hizo, se dejó llevar, sus movimientos al principio torpes pero ganando fluidez con cada paso, la risa brotando de él libre y sin control, un sonido que parecía liberar algo atascado en su pecho. Giraban y saltaban en el centro de aquel desastre acogedor, dos almas encontrándose en el caos, sus manos entrelazadas con una fuerza que era tanto equilibrio como conexión.

A lo lejos, Taehyung y Hoseok los observaban, impresionados, el ser etéreo de primera clase que habían visto en la cubierta ahora estaba allí, en espíritu, bailando como uno de ellos. Taehyung, aún aferrado a Hoseok, inclinó la cabeza hacia él, sus ojos oscuros brillando con complicidad.

—Mira eso, y tú no lo creías posible —murmuró Taehyung, su voz baja y teñida de admiración, su pulgar rozando círculos suaves en la tela de la camisa de Hoseok.

Hoseok rió, sonriendo a centímetros del rostro del pelinegro, sus narices casi rozándose.

—Tampoco me imaginé aquí contigo... —respondió—. Y mírame ahora.

Taehyung rió junto con él, totalmente encantado, y continuaron con el festejo que no deseaban terminar, no mientras el barco cortara el mar y llevara los mejores días de sus vidas junto a la brisa marina.

Por el otro lado, la emoción se apoderó de Jungkook, sus pies acelerando mientras empezaba a girar con Jimin cada vez más rápido, el mundo convirtiéndose en un borrón alrededor de ellos.

—¡Ya, Jungkook, por favor! —gritaba Jimin entre risas, aferrándose a él con ambas manos, sus dedos clavándose en los hombros de Jungkook mientras su cabello cobrizo se desordenaba, sus mejillas enrojecidas por el esfuerzo y la euforia.

Lejos de calmarse, Jungkook vio a otras parejas subirse a una gran tarima central para bailar, sus ojos iluminándose con una idea traviesa. Sin dudarlo, arrastró a Jimin consigo, subiéndolo a la improvisada pista de baile con un tirón juguetón.

Y entonces, como si un interruptor se hubiera activado, Jungkook comenzó a ejecutar los pasos de una giga irlandesa, sus pies moviéndose con una precisión y velocidad asombrosas, sus botas golpeando la madera con un ritmo que hacía vibrar la tarima. Jimin lo miró, y en sus ojos brilló un desafío, sus labios curvándose en una sonrisa decidida mientras se quitaba los elegantes zapatos, lanzándolos a una joven que los atrapó entre risas y aplausos, sus pies descalzos tocando la madera áspera con una liberación que se sentía como volar.

Comenzó a imitar los pasos de Jungkook, pero no era una imitación, era una réplica perfecta, años de lecciones de baile reprimidas bajo capas de etiqueta saliendo a la luz con una gracia innata. Jungkook se detuvo un instante, observándolo con una sonrisa de puro asombro y enamoramiento, sus ojos agrandándose mientras su pecho se inflaba con un orgullo que no podía ocultar.

Jimin le devolvió una mirada juguetona, un guiño sutil que hacía que su corazón latiera más fuerte, y pronto estaban bailando a la par, un torbellino de energía sincronizada, sus pies golpeando al unísono mientras la multitud vitoreaba.

Entrelazaron los brazos, girando en una dirección y luego en la otra, un espejo perfecto de Taehyung y Hoseok que hacían lo mismo a su lado, riendo a carcajadas mientras sus manos se aferraban con una ternura que delataba su vínculo creciente. Jungkook tomó un pañuelo de su bolsillo, se lo dio a Jimin, y ambos lo sujetaron por los extremos, usándolo como eje para girar y girar cada vez más rápido. El mundo a su alrededor se convirtió en un borrón de luces y colores, los rostros desapareciendo, los sonidos fundiéndose en un solo zumbido, solo existían ellos dos, sus risas mezcladas, sus miradas aferradas la una a la otra en el centro del huracán, un lazo invisible que se fortalecía con cada vuelta.

Cuando se detuvieron, el mundo se tambaleó, sus pies inestables sobre la tarima mientras tropezaban, cayendo el uno contra el otro, sin aliento, sudorosos y mareados de felicidad. Jimin se apoyó en el pecho de Jungkook, su risa jadeante resonando contra su camisa, mientras Jungkook lo sostenía con brazos firmes, su mano rozando la espalda de Jimin en un gesto protector.

Bajaron de la tarima central, riendo, y se dirigieron a una mesa donde un grupo jugaba pulseadas por tragos, el aire lleno de vítores y el aroma a cerveza.

Jungkook agarró dos vasos de cerveza espumosa, ofreciendo uno a Jimin con una sonrisa. Comenzó a beber relajadamente, pero de pronto volteó y vio a Jimin, el elegante doncel de primera clase, hacer un fondo blanco, tomándose más de la mitad del vaso en pocos sorbos. Jungkook, con su vaso a medio camino, lo miró entre sorprendido y divertido, sus ojos brillando con admiración.

—¿Qué? —dijo Jimin, bajando el vaso, su sonrisa traviesa iluminada por la luz amarillenta—. ¿Crees que un chico de primera clase no bebe?

Jungkook, encantado, soltó una carcajada, su risa uniéndose a la de Jimin, el momento sellando su conexión. De pronto, un hombre borracho tropezó con Jungkook, haciendo que derramara su cerveza sobre el más bajito.

Jungkook, molesto, agarró al hombre por el saco.

—¡Oye, lárgate! —gritó, apartándolo antes de volverse hacia Jimin, posando una mano en su hombro, su rostro lleno de preocupación—. ¿Estás bien?

Jimin, con la camisa húmeda, asintió, su sonrisa intacta, sus ojos brillando con diversión.

—Perfectamente —respondió, su tono ligero, disfrutando el caos.

De reojo, Jimin notó a los hombres en la mesa, enfrascados en sus pulseadas, actuando como si fuera una hazaña épica. Con un gesto decidido, dejó su vaso junto a ellos, quitándole un cigarrillo a uno de los hombres. Dio una calada, soltando el humo con aire desafiante.

—¿Así que se creen tan rudos? —preguntó, su voz cargada de provocación.

Los hombres fornidos la miraron, sorprendidos ante un delgado, delicado y pequeño doncel desafiando con aquellos aires.

Jimin, descalzo y con el cigarrillo en mano.

—Quiero que hagan esto —murmuró.

Con un movimiento elegante, levantó el mentón y, bajo las miradas atentas, lenta y deliberante, se puso en puntillas, balanceándose con fuerza y equilibrio hasta sostenerse solo sobre los pulgares de sus pies.

Los hombres murmuraron un “woow” al unísono, impresionados por su resistencia. Jungkook, a su lado, lo observó con una mezcla de orgullo y asombro, su corazón latiendo más fuerte ante la valentía y fuerza de Jimin.

De pronto, el contrario perdió el equilibrio, cayendo sobre sus talones con un pequeño grito ahogado. Jungkook lo atrapó entre sus brazos.

—¡Jimin! —exclamó.

Jimin, riendo, se dejó sostener, su rostro iluminado por una gran sonrisa mientras miraba a Jungkook.

—¿Estás bien? —preguntó el más alto, sosteniéndolo cerca, su voz llena de cuidado, sus manos firmes en la cintura de Jimin.

Entre risas, el jovencito negó con la cabeza, sorprendido de sí mismo.

—Hace años que no hacía eso —dijo, sus ojos brillando con una alegría liberadora, su conexión con Jungkook fortaleciéndose en ese instante de pura espontaneidad.

Tan sumidos estaban el uno en el otro que no lo vieron. En lo alto de la escalera que descendía a ese mundo vibrante, la figura del guardaespaldas de Jonas, se detuvo, su silueta imponente recortada contra la luz tenue. Su mirada barrió la fiesta con una frialdad calculadora, deteniéndose en ellos dos, en su proximidad, en su alegría sin disimulo, sus ojos entrecerrándose con un destello de sospecha que prometía problemas.

Pero abajo, la música alcanzó un nuevo crescendo, el líder de la banda invitando a todos a unirse con un grito entusiasta, una cadena humana comenzó a formarse, serpenteando entre las mesas como un río vivo, manos entrelazadas en una unión caótica.

La cadena atrapó a Taehyung, quien tomó la mano de Hoseok, sus dedos entrelazándose con una naturalidad forjada, Hoseok respondiendo con una sonrisa cómplice que hacía que

sus ojos se arrugaran, quien al pasar junto a Jimin, le gritó entre risas que se uniera, extendiendo su mano libre con un gesto juguetón, y lo tomó de la mano. Jimin, sin dudarlo un instante, tomó la de Jungkook, sus dedos deslizándose en los suyos con una calidez que se sentía como un regreso a casa, y los cuatro se convirtieron en eslabones de una larga y caótica serpiente de risas, bailes y pura e irreplicable felicidad, sus cuerpos moviéndose al unísono mientras el salón entero se unía en un torbellino de conexión humana, un momento efímero donde las barreras se desvanecían y solo quedaba la alegría de estar vivo.



Domingo, 14 de Abril de 1912.

La mañana siguiente se anunciaba a través de los ventanales de la valiosa suite, pintando franjas de luz dorada y suave, iluminando el delicado bordado de las cortinas de seda y los patrones intrincados de la alfombra persa.

Jimin y Jonas estaban sentados frente a frente en una pequeña mesa de desayuno redonda, con la porcelana fina y la plata reluciente dispuestas ante ellos como un altar de opulencia cotidiana, el aroma de las flores frescas y el té llenando el aire con una dulzura que parecía falsa, un velo que ocultaba la tormenta que se gestaba debajo.

La joven mucama se acercó por detrás de Jonas con una cafetera de plata en la mano, su expresión cautelosa en el rostro, mientras se inclinaba con gracia practicada.

—¿Más café, señor Pocius? —preguntó con voz suave, casi un susurro deferente.

Jonas no la miró, su atención clavada en Jimin, quien observaba distraídamente su propia taza de té, sus ojos nublados por un velo de distracción.

Jonas bajó su taza con un chasquido seco y deliberado, el sonido resonando como un disparo en la habitación silenciosa, su expresión endureciéndose mientras sus labios se apretaban en una línea fina, la tensión en la habitación volviéndose tan densa que era casi irrespirable.

La mujer y el mayordomo, que se encontraba discretamente en la esquina ajustando un arreglo floral con movimientos precisos, intercambiaron una mirada imperceptible, sus cejas frunciéndose en una comprensión silenciosa y compartida, un destello de preocupación cruzando sus rostros antes de que bajaran la vista. Con la eficiencia de fantasmas entrenados en la discreción, se retiraron, sus pasos suaves y amortiguados, cerrando la puerta tras de sí con un clic suave que sellaba el espacio, dejando un eco que parecía amplificar el silencio opresivo.

Ahora estaban solos, el tic-tac de un reloj de pared marcando los segundos como un pulso.

Jonas inclinó la cabeza ligeramente hacia un lado, un movimiento calculado que no ocultaba la furia burbujeando bajo su superficie, sus ojos entrecerrándose mientras observaba a Jimin con una intensidad depredadora.

—Esperaba que me acompañaras anoche,— dijo, su voz engañosamente tranquila, pero con un matiz que Jimin reconoció al instante.

El doncel levantó la vista de su taza, sus facciones compuestas en una máscara de neutralidad que ocultaba el torbellino en su interior, se encogió de hombros con delicadeza, un gesto sutil que intentaba restar importancia, sus dedos crispándose ligeramente contra la porcelana.

—Estaba cansado, Jonas... simplemente eso —respondió en voz baja y controlada, pero con un temblor apenas perceptible que traicionaba su inquietud, sus ojos evitando el contacto directo por un segundo antes de forzarse a sostener la mirada de Jonas.

Un silencio se extendió entre ellos, pesado como una losa de plomo. Jonas inclinó la cabeza un poco más, una sonrisa fría dibujándose en sus labios, sus ojos brillando con una ira contenida que hacía que su mandíbula se tensara visiblemente, un músculo palpitando en su mejilla.

—Claro, tus... excursiones al zoológico de la tercera clase debieron de dejarte agotado —dijo, su tono goteando sarcasmo, sus dedos deteniéndose en la mesa con un golpecito final que resonó como una advertencia.

El corazón de Jimin se detuvo por un segundo, un frío recorriéndole la espina dorsal como un escalofrío invernal, mientras dejaba la taza en el plato con una mano firme que desmentía el pánico que sentía. Sus ojos se entrecerraron, un destello de indignación cruzando su rostro pálido, sus labios apretándose en una línea determinada.

—Así que enviaste a tu gente a espiarme —respondió, su voz antes tranquila, ahora llena de una indignación gélida que hacía que sus hombros se enderezaran con una rigidez defensiva—. Qué bajeza, Jonas. Qué vergüenza —añadió, su tono subiendo ligeramente, un rubor de ira tiñendo sus mejillas mientras sostenía la mirada de Jonas con una valentía que parecía alimentada por el recuerdo de la libertad de la noche anterior.

Jonas se inclinó hacia adelante con un movimiento lento y deliberado, su expresión endureciéndose, los nudillos blanqueándose mientras apretaba el borde de la mesa como si quisiera romperlo.

—No vuelvas a comportarte así, Jimin. ¿Has entendido? —dijo, su tono ya no tranquilo, sino una orden pronunciada entre dientes apretados, sus ojos fijos en los del menor con una intensidad que parecía querer doblegar su voluntad, un músculo en su cuello palpitando con furia contenida.

Jimin respiró hondo, una chispa de la rebeldía que Jungkook había despertado en él brillando en sus ojos turquesa como un fuego latente.

—No soy uno de tus empleados serviles que tiemblan cuando levantas la voz —replicó con voz baja aunque firme, un leve temblor en sus dedos traicionando el coraje que le costaba mantener, su postura enderezándose. Lo miró directamente, sus cejas frunciéndose en un desafío sutil—. Soy tu prometido.

La palabra pareció golpear a Jonas como un latigazo invisible. Su rostro, antes una máscara de ira contenida, se transfiguró en una incredulidad retorcida, sus ojos agrandándose por un instante antes de entrecerrarse con una furia que hacía que sus venas se hincharan en la sien.

—¿Mi prometido? —repitió con un gruñido bajo y peligroso, su voz subiendo de tono mientras sacudía la cabeza lentamente, como si no pudiera creer la audacia, sus manos apretándose en puños sobre la mesa. Y entonces, la presa se rompió, su control evaporándose en un estallido de rabia primordial—. ¿¡MI PROMETIDO!?

Se levantó de un salto, su silla raspando el suelo con un chirrido agudo, y su puño se estrelló contra la mesa con una violencia explosiva que hizo saltar la vajilla, el sonido de porcelana chocando resonando como un trueno que reverberaba en las paredes. El grito que lo acompañó fue un rugido animal, y ensordecedor, que hizo que Jimin se encogiera de miedo en su asiento, sus manos instintivamente subiendo para protegerse el rostro, su cuerpo temblando involuntariamente.

—¡SÍ, ESO ERES! —bramó Jonas, sus ojos inyectados en sangre mientras se inclinaba sobre la mesa, su aliento caliente y agitado—. ¡MI PROMETIDO!

Con un gruñido de pura rabia que distorsionaba sus facciones en una máscara de furia, agarró el borde de la mesa y la volcó con un movimiento salvaje, un estruendo de porcelana rota, plata retorcida y comida esparcida llenando la habitación como un caos desatado. Jimin se hizo un ovillo en su silla, sin tiempo para reaccionar, su corazón latiendo con fuerza mientras Jonas se abalanzaba sobre él, acorralándolo con su figura imponente, sus manos apoyadas en los brazos de la silla como garras.

—¡MI ESPOSO EN LA PRÁCTICA, AUNQUE NO ANTE LA LEY! —le gritó, su rostro a centímetros del de Jimin, salpicándolo con su aliento caliente y áspero, sus venas hinchadas en el cuello como cuerdas tensas—. ¡POR LO QUE DEBES HONRRARME!

Apretó más los reposabrazos de la silla y la sacudió con fuerza, haciendo que Jimin se sobresaltara de nuevo, su cuerpo temblando involuntariamente mientras sus ojos se agrandaban en pánico puro, las lágrimas acumulándose. El terror paralizante se apoderó de él, su respiración entrecortada como jadeos ahogados.

—Debes honrarme, como un maldito doncel como tú debe honrar a su esposo... como lo hacen todos los de tu tipo —la voz de Jonas bajó a un gruñido amenazante, aún más aterrador que sus gritos, sus dedos apretándose más contra la madera hasta que crujió, su aliento rozando la piel de Jimin como un viento helado—. Porque no vas a burlarte de mí, Jimin. No vas a convertirme en el hazmerreír...

Los ojos de Jimin brillaban con lágrimas no derramadas, su rostro pálido como la porcelana rota, el silencio que siguió roto solo por la respiración agitada de Jonas, un sonido áspero y entrecortado que llenaba la habitación como un presagio ominoso. Éste, sin apartar su mirada depredadora, se irguió ligeramente, su pecho subiendo y bajando con furia contenida, sus manos temblando por el esfuerzo de controlarse.

—¿Hay algo que no haya quedado claro? —preguntó, su voz ahora helada y precisa, sus ojos perforando los de Jimin como dardos.

Con el corazón en la garganta, sintiendo que el aire no le llegaba a los pulmones, Jimin solo pudo negar sutilmente con la cabeza, su voz un hilo tembloroso que apenas escapaba de sus labios.

—No... —susurró, sus manos tamblando inevitablemente sobre su pecho en puños delicados aún bajo el temor.

La transformación de Jonas fue instantánea y escalofriante, la tensión abandonó sus hombros en un suspiro controlado, su rostro relajándose como si nada hubiera pasado, un parpadeo borrando la rabia de sus ojos mientras se enderezaba la corbata con un movimiento casual.

—Excelente —dijo, su tono ahora tranquilo y conforme, como un maestro satisfecho con una lección aprendida, un contraste grotesco con el caos a su alrededor. Parpadeó un par de veces, como si despertara de un trance, y se pasó una mano por el cabello para alisarlo, un gesto habitual que parecía absurdamente normal—. Mis disculpas por el desorden.

Sin una segunda mirada hacia Jimin, quien permanecía horrorizado en su asiento, se dio la vuelta y salió de la habitación, sus pasos firmes y medidos resonando en el pasillo, dejando atrás un silencio ensordecedor que parecía absorber todo el oxígeno.

En el momento en que la puerta se cerró con un clic definitivo, el aire volvió a los pulmones de Jimin en un jadeo desgarrador, su pecho subiendo y bajando con respiraciones entrecortadas y superficiales, como si hubiera estado bajo el agua demasiado tiempo. El temblor aún más intenso se apoderó de su cuerpo, extendiéndose como ondas en un estanque, y los sollozos comenzaron a brotar, silenciosos y violentos al principio, pero ganando fuerza hasta que su cuerpo se sacudía con cada uno, las lágrimas rodando por sus mejillas.

La puerta se abrió de nuevo con un chirrido apresurado y urgente, y la mucama Trudy entró corriendo, sus ojos abiertos de par en par ante el desastre, su rostro palideció, un destello de horror cruzando sus rasgos antes de que se apresurara hacia Jimin.

—Fue un accidente —murmuró Jimin, su voz temblorosa y quebrada mientras intentaba ponerse de pie para ayudarla, moviéndose como un autómata, sus rodillas débiles amenazando con ceder bajo su peso, sus manos temblando mientras recogía un trozo de plato roto del suelo, sus dedos rozando los fragmentos afilados sin sentir el pinchazo.

—No se preocupe, señor. Está bien —dijo Trudy, levantando una mano para detenerlo, su voz llena de una compasión genuina y urgente que Jimin no había sentido en años, sus ojos suavizándose con una empatía que trascendía su rol, mientras se arrodillaba, sus movimientos rápidos pero cuidadosos.

—No, Trudy, yo le ayudo... —insistió Jimin, su mente fracturada por el shock, sus movimientos torpes y descoordinados mientras intentaba ordenar el caos, pero sus manos temblaban tanto que el fragmento se le escapó de nuevo, cayendo al suelo con un tintineo que parecía amplificar su fragilidad.

—Yo lo haré, señor —dijo la mucama con firmeza, posando suavemente su mano en el brazo de Jimin, sus dedos cálidos y estables contrastando con el frío que lo invadía, un toque que era tanto una orden como un consuelo.

Ese simple gesto de bondad humana, un roce de empatía en medio del terror residual, fue lo que lo rompió por completo. La fuerza abandonó sus piernas de golpe, y se dejó caer al suelo en medio de los restos de su desayuno y de su destrozada compostura, sus rodillas golpeando la alfombra con un golpe sordo que resonó en su pecho, y se cubrió el rostro con las manos, sus hombros encorvándose mientras comenzaba a llorar abiertamente, su cuerpo sacudido por sollozos profundos y desgarradores que parecían provenir de lo más profundo de su ser, las lágrimas desordenadas cayendo sobre los fragmentos rotos como si llorara por todo lo que se había quebrado en su vida.

—Cálmese, señor... —susurró Trudy, arrodillándose a su lado en medio del desastre sin dudar, su brazo rodeando sus hombros en un abrazo protector y reconfortante, su voz suave pero firme mientras le frotaba la espalda con círculos lentos y calmantes, sus propios ojos humedeciéndose con una empatía que trascendía su posición.

—Cálmese... —repitió, su mano rozando el cabello de Jimin en un gesto maternal, un ancla de humanidad en el naufragio de su mundo, mientras los sollozos de él llenaban la habitación, un lamento silencioso por la jaula que lo aprisionaba.



Más tarde, en esa mañana, Jimin estaba de pie en la suite bañada por la luz matutina, con el torso desnudo, apoyado en una columna de madera tallada que parecía sostener no solo su cuerpo, sino el peso invisible de su mundo.

La mucama, Trudy, ajustaba en silencio los cordones de su corsé con tirones precisos y profesionales, cada uno comprimiendo su cintura un poco más, haciendo que el aire se hiciera escaso en sus pulmones. En su mente, las imágenes de la furia de Jonas en el desayuno se repetían en un bucle aterrador, recordatorio constante del hombre con el que estaba condenado a vivir, un depredador y agresivo monstruo disfrazado de prometido cuya rabia lo dejaba sin aliento, tal como el corsé lo hacía ahora.

Cortando el hilo de sus pensamientos, la puerta de la habitación se abrió de golpe, sin previo aviso, el sonido del picaporte girando resonando como un trueno en el silencio opresivo. Era su madre, quien entraba con autoridad, no saludó, su expresión de desaprobación tallada en porcelana, sus labios apretados en una línea fina mientras sus ojos se posaban en la mucama, y con una voz firme y desprovista de toda amabilidad.

—Quiero té —sentenció

Trudy se congeló, sus manos suspendidas sobre los cordones del corsé, sus ojos agrandándose en una mezcla de sorpresa y temor mientras se giraba, al igual que Jimin, hacia la figura de Yulia. Jimin sintió un escalofrío recorrer su espalda, su postura enderezándose instintivamente mientras sus manos se aferraban a la columna, preparándose para lo inevitable.

—Sí, señora —murmuró la mucama, haciendo una rápida reverencia, su cabeza baja en sumisión antes de escabullirse de la habitación con pasos apresurados pero silenciosos, la puerta cerrándose detrás de ella con un clic que parecía sellar el destino de la conversación.

Yulia sostuvo la puerta hasta que el eco de los pasos de Trudy se desvaneció, su mirada clavada en Jimin con una reprimenda silenciosa, llena de veneno, sus cejas arqueándose ligeramente en una expresión de juicio denso.

Jimin le sostuvo la mirada, sus ojos brillando con una mezcla de desafío y resignación, pretendiendo una calma que no sentía mientras su pecho subía y bajaba con respiraciones superficiales, preparándose para el inevitable asalto como un animal acorralado.

Yulia se acercó lentamente, con las manos entrelazadas sobre su abdomen en un gesto de control absoluto, como una reina avanzando sobre un peón en un tablero de ajedrez, sus tacones golpeando el suelo con un ritmo deliberado que resonaba como una cuenta atrás.

Al llegar junto a él, Yulia tomó los cordones del corsé de donde Trudy los había dejado, sus dedos precisos reemplazando las manos cálidas de la mucama. Pero donde Trudy había sido precisa y profesional, Yulia era agresiva, tirando de los cordones con una fuerza castigadora que hacía que Jimin jadeara ligeramente, robándole el aliento mientras su cintura se comprimía, cada tirón, una afirmación de su poder, un recordatorio de quién controlaba las riendas.

Jimin sintió el aire escapar de sus pulmones, sus manos apretándose contra la columna para mantener el equilibrio, sus ojos cerrándose por un instante en una mueca de incomodidad.

—No volverás a ver a ese hombre —dijo Yulia con una firmeza helada, un susurro peligroso junto a su oído, sus dedos dando un tirón extra que hizo que Jimin se mordiera el labio para no gemir.

Jimin solo pudo mirar de un lado a otro, atrapado entre la columna y el corsé que se apretaba como un lazo, el aire escapándose mientras pretendía una calma que se

desvanecía. El silencio se prolongó, roto solo por el sonido de los cordones tensándose.

—¿Jimin?—llamó ella, su tono volviéndose más grave, un filo de impaciencia cortando el aire mientras sus manos se detenían, esperando una respuesta.

Un suspiro tembloroso escapó de los labios de Jimin, pretendiendo una calma que no sentía, sus hombros encorvándose ligeramente.

—Ya basta, madre... —logró decir, su voz baja—. O tu nariz sangrará —amenazó, sus ojos abriéndose para encontrarse con el reflejo de Yulia en el espejo cercano, un destello de fatiga cruzando su rostro.

La velada en sus palabras hizo que Yulia soltara los cordones con un movimiento brusco, sus dedos liberando la tela como si quemara. Lo giró bruscamente para tenerlo frente a frente, sus manos aferrándose a sus brazos con una fuerza que hacía que sus nudillos blanqueasen, sus ojos encendidos de furia mientras lo obligaba a mirarla directamente, un rubor de ira tiñendo sus mejillas.

—No estoy jugando, Jimin —respondió, su tono más suave que su expresión—. Nuestra situación es precaria. Sabes que no tenemos dinero.

Jimin, con una mirada incriminatoria, encogió los hombros ligeramente.

—Por supuesto que lo sé —replicó, observándola a detalle, casi en súplica y con voz llena de cansancio—. Me lo recuerdas cada día.

Yulia, ignorando su agotamiento, continuó, su voz temblando de urgencia.

—Tu padre nos dejó solo deudas ocultas bajo un buen apellido. Ese apellido y tu linaje es nuestra única carta —explicó, pausada pero firme—. Es un buen arreglo con Pocius, asegurará nuestro futuro.

Jimin, acorralado contra el poste de madera de la cama, inclinó la cabeza, su corazón resistiéndose a ceder.

—¿Por qué me dejas a mí este peso? —preguntó, sus ojos turquesa suplicando, reflejando el mismo ruego que Yulia mostraba.

—¿Por qué eres tan egoísta? —replicó ella, su tono elevándose, indignado.

Jimin entreabrió los labios, su ceño frunciéndose, incrédulo.

—¿Yo soy egoísta? —preguntó, su voz temblando de indignación.

La mujer lo miró, como si intentara descifrarlo, tragando saliva con dificultad.

—¿Que es lo que te pasa!? ¿Quieres verme trabajando como costurera? ¿Eso es lo que quieres? —dijo, su voz lastimosa, adoptando un papel de víctima—. ¿Poner a la venta nuestras cosas? ¿Olvidar todos nuestros... recuerdos?

Exhaló con fuerza, tapándose la boca con la mano, sus ojos brillando con lágrimas contenidas. Jimin la observó, su pecho apretado, y desvió la mirada antes de volver a enfrentarla, imperturbable.

—Es tan injusto —murmuró, su voz apenas audible, llena de dolor.

Yulia contuvo el aliento, girándose hacia él con suavidad.

—Por supuesto que es injusto —dijo, su tono didáctico—. Ésto es lo que nos tocó... nuestras decisiones no son sencillas.

Relajó su expresión, inclinándose hacia Jimin. Tomó su rostro con delicadeza, depositando un beso en su mejilla que pretendía ser cariñoso, pero que para él no significó nada, su corazón cerrado al gesto. Yulia lo miró un instante, esperando una reacción, pero su hijo permaneció en silencio.

Ella asintió, resignada.

—Ven —pidió, ayudándolo a girarse para volver a ajustar el corsé, apretándolo con fuerza.

Los cordones se tensaron, robándole el aire a Jimin nuevamente, siempre, un eco exhuberante del mundo que lo asfixiaba, mientras su mente se aferraba a la chispa de libertad que el artista le había mostrado, un anhelo que lo mantenía en pie a pesar de todo.



09

Aquella tarde, el sol se derramaba a través de la gran cúpula de cristal que coronaba la escalera principal del Titanic, sus rayos refractándose en destellos iridiscentes que danzaban sobre las paredes de caoba y los detalles dorados.

Jungkook bajaba los escalones de dos en dos, su figura ágil moviéndose con una urgencia que contrastaba con la calma reverente del entorno. Vestido de nuevo con su propia ropa que proclamaba su condición de plebeyo, la noche anterior se sentía como un sueño febril, un paréntesis de irrealidad que ahora lo impulsaba con una necesidad urgente de confirmar que algo de aquello, había sido real. Su corazón latía con un ritmo frenético, su calzado golpeando los escalones con un eco sordo, sus manos rozando la barandilla lisa como si necesitara anclarse a algo sólido.

En uno de los descansillos, se cruzó con el señor Andrews, quien estaba de pie, consultando una libreta de anotaciones con el ceño fruncido mientras garabateaba con un lápiz.

—¡Buenas tardes, señor Andrews! —saludó Jungkook, deteniéndose un instante para ofrecer una sonrisa cortés, su voz cálida aunque con una energía inquieta, sus ojos brillando con una esperanza que no podía contener.

El hombre levantó la mirada, sus ojos cansados pero amables evaluando a Jungkook por un segundo, viéndolo no como un intruso, sino como uno más.

—Oh, buenas tardes, Jungkook —dijo Andrews, con un asentimiento breve pero genuino, sus labios curvándose en

una sonrisa fugaz antes de regresar a su libreta, su lápiz retomando su danza sobre el papel.

Jungkook, animado por el pequeño gesto de reconocimiento, sintió una chispa de legitimidad calentar su pecho, como una cucharada de miel en un día frío. Continuó su descenso con una sonrisa genuina curvando sus labios, sus pasos más ligeros ahora.

El sonido de un órgano, solemne y profundo, mezclado con un coro cantando un himno religioso, lo guio hacia el salón comedor de primera clase, donde se estaba celebrando el servicio dominical. Su plan era simple, deslizarse dentro, encontrar a Jimin entre la multitud de trajes impecables, mujeres y donceles enojados, y con la mayor brevedad posible, reafirmar el vínculo que habían forjado la noche anterior en la sala de tercera clase, un lazo que aún sentía vibrar en sus huesos como un eco de risas y pasos de baile.

Pero al llegar a las puertas de roble y cristal tallado del salón, una figura uniformada se interpuso en su camino con una precisión militar. Era el mismo recepcionista de la noche anterior, aquel que lo había recibido con una reverencia impecable cuando vestía el esmoquin prestado. Ahora, su rostro emanaba fría profesionalidad, sus ojos grises evaluándolo con desdén, su postura rígida bloqueando el paso.

Jungkook intentó avanzar, su mano alzándose en un gesto conciliador.

—Oiga, solo necesito hablar con alguien un segundo —su voz baja pero llena de urgencia, sus cejas frunciéndose en una súplica silenciosa mientras intentaba mirar más allá del hombre, buscando la figura de Jimin entre las filas de asistentes.

El recepcionista colocó una mano firme sobre el pecho de Jungkook, deteniéndolo en seco, el contacto autoritario haciendo que Jungkook se tensara, sus hombros enderezándose instintivamente.

—Me temo que usted no debería estar aquí, señor —dijo el hombre, su tono cortante y desprovisto de cualquier rastro de la deferencia de la noche anterior.

Dentro del salón, a través del cristal tallado, la mirada del guardaespaldas de Jonas se desvió de la ceremonia, sus ojos fríos como el acero captando el altercado en la entrada. Con una calma depredadora, comenzó a caminar hacia la puerta, a pasos medidos.

Jungkook, ajeno a la amenaza que se acercaba, insistió, su voz subiendo ligeramente con frustración y súplica.

—Es solo un segundo —dijo, inclinándose hacia adelante para tratar de pasar al recepcionista, sus manos gesticulando con urgencia—. Estuve aquí anoche, en la cena. ¿No me recuerda?

El recepcionista ni siquiera parpadeó, su rostro impassible mientras cruzaba los brazos, bloqueando el paso con una autoridad inquebrantable.

—No, me temo que no lo recuerdo. ¿Sería tan amable de retirarse? —respondió, sus cejas arqueándose en una expresión que parecía desafiar a Jungkook a insistir.

En ese preciso instante, la puerta se abrió con un crujido suave, y la imponente figura llenó el umbral, bloqueando la vista del interior como una sombra. Su rostro era indiferencia profesionalismo, pero sus ojos evaluaban a Jungkook con una frialdad que hacía que el aire se sintiera más pesado.

Jungkook, ignorando al recepcionista, se dirigió directamente al guardaespaldas, su postura enderezándose con desesperación.

—Ah, ¡Dile a él! Oye, solo necesito hablar con...

—El señor Pocius y el señor Park están sumamente agradecidos por su ayuda de la otra noche —interrumpió con una voz monótona y desprovista de toda emoción, el uso del nombre completo de Jimin una bofetada deliberada diseñada para recordarle a Jungkook la distancia social entre ellos. Sacó un fajo de billetes de su bolsillo con un movimiento lento, sus dedos sosteniendo un billete de cincuenta dólares como si fuera una limosna, una suma que podría mantener a Jungkook durante meses—. Me han pedido que le entregue esto, como muestra de su gratitud.

Jungkook cerró los ojos por un instante, un suspiro de frustración escapando de sus labios mientras su mandíbula se tensaba, en un esfuerzo por contener la rabia que burbujeaba en su pecho.

—No quiero su maldito dinero —espetó en voz baja, con furia contenida, sus ojos abriéndose para fijarse en el hombre con intensidad, un destello de desafío brillando en ellos—. Solo quiero...

—También me pidieron que le recordara —habló por encima de él, su voz cortando como una guillotina—. que su pasaje es de tercera clase, y que su presencia en esta zona del barco ya no es bienvenida —sus palabras fueron como un portazo en la cara, su mano aún sosteniendo el billete como una oferta que no admitía discusión.

La desesperación se apoderó de Jungkook.

—Por favor... solo quiero hablar con Jimin, un segundo, nada más... por favor —pidió en voz baja y quebrada, un último y desesperado intento de apelar a la humanidad que sabía que el hombre no poseía, sus ojos brillando con una mezcla de frustración y dolor que hacía que su pecho se apretara.

Pero el tipo lo ignoró, su mirada relajada y fría como el hielo, volviéndose hacia el recepcionista y otro guardia que se había acercado.

—Caballeros, ¿podrían asegurarse de que el señor Jeon regrese a donde pertenece... y se quede allí? —pidió, deslizando un billete en la mano de cada uno de los hombres uniformados con eficiencia cómplice.

Jungkook los miró a todos, su desilusión transformándose en un desprecio que endurecía sus facciones, sus ojos entrecerrándose mientras sus labios se apretaban en una línea fina.

—Sí, señor —dijo uno de los guardias, agarrando a Jungkook del brazo con una fuerza innecesaria, sus dedos clavándose mientras el otro guardia lo flanqueaba, asegurándose de que no hubiera escapatoria.

Mientras era arrastrado por el pasillo, lejos de la música y las luces doradas filtradas a través del cristal, Jungkook no pudo hacer más que resignarse, mientras su cuerpo se tensaba con cada tirón. Pero antes de desaparecer por completo, se giró y le dedicó una última mirada al hombre mayor, sus ojos azules brillando con una intensidad que no era de derrota, sino una promesa muda y amenazante, un fuego que ardía poco a poco, declarando que el juego había cambiado.

La humillación ardía en el pecho de Jungkook como un carbón al rojo vivo. Las palabras del guardaespaldas, *“regrese a donde pertenece”*, resonaban en su mente, no como una orden, sino como un desafío.

Había decidido que su lugar no lo determinaba la clase de su pasaje, sino la conexión que había forjado con Jimin, y en esa misma tarde, impulsado por una mezcla de rabia y anhelo desesperado, se dispuso a cruzar la frontera una vez más.

Evitó las escaleras principales y los pasillos vigilados, moviéndose por las cubiertas inferiores con la agilidad de un gato callejero que conoce cada rincón.

Encontró un punto de acceso a la cubierta de botes, y con una mirada rápida para asegurarse de que nadie lo observaba, agarró el frío metal de la barandilla, y trepó silenciosamente, su calzado no hizo ruido al posarse sobre la inmaculada cubierta de primera clase.

Acababa de convertirse en un inmigrante ilegal en la zona de los ricos.

Al enderezarse, el mundo cambió. El aire era más tranquilo, el sonido caótico y vibrante de la tercera clase fue reemplazado por el suave golpeteo de una pelota de croquet y las risas contenidas de un grupo de damas, a poca distancia, una escena de perfecta felicidad burguesa se desarrollaba ante él, un abuelo, un padre y un niño pequeño, tres generaciones de privilegio, reían mientras hacían girar un trompo de madera sobre la cubierta. Estaban tan absortos en su pequeño y perfecto universo que eran ciegos al intruso que acababa de invadir su santuario.

Con una calma forzada, Jungkook metió las manos en los bolsillos, adoptando la postura relajada que había ensayado la noche anterior, y comenzó a caminar, cada paso era una mentira, cada mirada relajada, una actuación. Era un fantasma moviéndose a plena luz del día, invisible para aquellos que no estaban programados para verlo.

Entonces, sus ojos, siempre buscando detalles, lo vieron, sobre un banco de teca, abandonado como si no tuviera valor alguno, descansaba un pesado saco y un elegante sombrero, era un regalo del destino, un uniforme que le permitiría continuar su misión, retrocedió dos pasos, su corazón latiendo con audacia renovada.

Con un movimiento rápido y fluido, tomó ambas prendas.

Se ocultó tras un bote salvavidas, se caló el sombrero, sintiendo cómo cambiaba instantáneamente su silueta, se humedeció los dedos con saliva, se alisó las patillas, y por último, se deslizó en el saco, el cuál olía a lana cara y a cigarros, el aroma del poder.

La transformación fue completa, a partir de allí ya no era Jungkook Jeon, el polizón de tercera clase. Era un caballero anónimo, un hombre con un propósito, y con cada fibra de su ser concentrada en ese único objetivo, salió de las sombras, un actor listo para su escena más importante, ir en busca del joven cuyo rostro, atrapado entre la tristeza y la rebeldía, se negaba a abandonar su mente.



Minutos después, y en el lujo de aquella cubierta de clase, Jimin paseaba en compañía del Capitán Smith y del señor Andrews, su madre, y Jonas. La conversación era una mezcla de trivialidades y detalles técnicos, que giraba en

torno a la majestuosidad de la nave, su velocidad, su lujo y, sobre todo, su pregonada seguridad.

Pero en la mente de Jimin, una duda persistía. Se detuvo cerca de una fila de botes salvavidas.

—Señor Andrews... —lo llamó, su voz suave pero con un matiz de genuina preocupación.

—¿Sí, dime, Jimin? —respondió Andrews, deteniéndose con una sonrisa amable.

—Disculpe mi impertinencia... he estado haciendo un cálculo —comenzó Jimin, eligiendo sus palabras con cautela—. El número de botes, multiplicado por su capacidad máxima de pasajeros... —hizo una pausa, y su mirada inquieta se encontró con la del ingeniero—. Perdone, pero no me parece que sean suficientes para todos los que vamos a bordo.

Andrews no pareció ofendido, al contrario, una sombra de resignación cruzó su rostro, y asintió.

—Solo para la mitad, para ser precisos —observó al joven, impresionado por su agudeza—. No se le escapa nada, ¿verdad, Jimin?

Lejos de sentirse halagado, Jimin exhaló, una expresión de desconcierto en su rostro.

—Yo había diseñado y presupuestado una nueva clase de pescantes —explicó Andrews, señalando las grúas de los botes—. Permitían sostener otra fila completa de botes justo detrás de esta. Pero la directiva consideró que la cubierta parecería demasiado abarrotada, que desluciría el paseo —apretó los labios en una fina línea de frustración—. Así que me ignoraron.

En ese momento, Jonas, que había escuchado el final de la conversación, se unió a ellos. Golpeó con la punta de su bastón uno de los botes.

—Es un desperdicio de espacio —sentenció con una arrogancia absoluta, dirigiéndose tanto a Jimin como a Andrews—. Este barco es insumergible. Los botes son una mera formalidad.

El señor Andrews, sin querer contradecir a un pasajero tan importante, solo pudo ofrecer un consuelo.

—Duerma tranquilo, joven Park, le he construido un buen barco, fuerte y fiable. Créame, está en buenas manos.

El grupo reanudó la marcha, con Andrews ahora explicando a Jonas y a Yulia algún detalle sobre las turbinas. Jimin se quedó rezagado un instante, su mente todavía procesando la escalofriante lógica de preferir la estética a la vida.

Fue en ese segundo de soledad que una figura se materializó a su lado, un hombre con un saco y un sombrero le tocó suavemente el hombro. Jimin dio un respingo y se giró, listo para disculparse, pero las palabras murieron en su garganta.

Bajo el ala del sombrero, unos ojos azules, redondos, intensos y familiares, lo miraban con una urgencia desesperada.

—Jungkook...

Jungkook se llevó un dedo a los labios y, sin decir palabra, lo tomó suavemente del brazo.

—Ven conmigo —susurró.

Lo guio, apartándolo del paseo principal y hacia una puerta lateral que llevaba al gimnasio del barco. Jimin, tras una última mirada para asegurarse de que nadie los había visto, lo siguió, su corazón latiendo con una mezcla de pánico y una emoción prohibida.

Una vez dentro, entre los extraños aparatos que parecían esqueletos de animales metálicos, Jungkook cerró la puerta.

—Jungkook, esto es imposible —susurró Jimin, su voz temblorosa mientras se giraba para encararlo—. No puedes estar aquí.

El pánico comenzó a apoderarse de él, la imagen del rostro furioso de Jonas apareció en su mente.

—No puedo verte, no debo.

Hizo un movimiento para irse, pero Jungkook lo detuvo, su mano sujetando su brazo con una gentileza que contradecía su fuerza.

—Espera, Jimin. Por favor, tengo que hablar contigo.

—No, Jungkook, no... —murmuró Jimin, retrocediendo hasta que su espalda chocó contra la pared. Se sentía atrapado, entre el hombre que representaba la libertad y el mundo que exigía su sumisión.

Jungkook se quitó el sombrero, revelando su rostro por completo, su expresión era una súplica.

—Jungkook, estoy comprometido —dijo Jimin, las palabras saliendo a trompicones, como si se ahogara con ellas—. Me casaré con Jonas... —desvió la mirada, incapaz de sostener la de Jungkook—. Amo a Jonas.

La mentira fue tan frágil, tan inútil, que dolió a ambos. Jungkook tragó saliva, su mirada recorriendo el rostro de Jimin, viendo más allá de las palabras.

—Jimin, tú no eres un cobarde —dijo, su voz baja y cargada de convicción—. A veces eres un joven engreído y mimado, sí... pero debajo de todo eso, veo a la persona más increíble, brillante y apasionada que he conocido en mi vida, eres el doncel más hermoso, el hombre más increíble de toda ésta tierra.

Las palabras golpearon hondo, y Jimin tuvo que apartar la vista para que Jungkook no viera las lágrimas que amenazaban con brotar.

—Jungkook, yo... —intentó decir, girándose de nuevo hacia la puerta.

—No, déjame terminar —la detuvo Jungkook, su voz ahora teñida de una vulnerabilidad que lo desarmó—. Sé que no tengo nada que ofrecerte, lo entiendo... pero de algún modo, ahora estoy involucrado. Tú saltas, yo salto, ¿lo recuerdas? No puedo simplemente darme la vuelta y marcharme sin saber que vas a estar bien.

—Estaré bien, de verdad —mintió Jimin, su voz apenas un susurro.

—No, no lo creo —replicó Jungkook, su honestidad era brutal—. Te tienen atrapado, Jimin. Y si no te liberas de ellos, esa luz que tienes, la que vi en la fiesta, se va a apagar, te va a matar... vas a morir por dentro.

—¡No te corresponde a ti salvarme, Jungkook! —exclamó Jimin, su angustia convirtiéndose en enojo.

—Tienes razón —concedió él, su mirada suavizándose—. Solo tú puedes hacerlo.

Un pesado silencio cayó entre ellos, lleno de la verdad no dicha. Jimin sabía que tenía razón, sentía las paredes de su jaula dorada cerrándose a su alrededor cada día un poco más.

—Tengo que volver —dijo finalmente, su voz teñida de una resignación que le supo a ceniza en la boca—. Se darán cuenta de que no estoy.

Dio un paso atrás, creando una distancia física que a ambos les dolió como una herida.

—Por favor, Jungkook. Por el bien de los dos... déjame en paz.

Y con esas palabras, que le costaron todo lo que le quedaba de fuerza, se dio la vuelta y salió, regresando a la vida que lo asfixiaba, dejando a Jungkook solo entre las máquinas silenciosas, él se quedó allí, con el corazón en un puño, pero con la determinación ardiendo en sus ojos.

Esa conversación, aunque dolorosa, había sembrado una semilla de rebelión en el alma de Jimin. Y él estaría allí para verla florecer, así que, esperaría.



El salón de té de primera clase era un santuario de orden y silencio, el aire, espeso con el aroma a hierbas suaves y pasteles de crema, vibraba con el suave tintineo de la porcelana y la monotonía de conversaciones sin pasión.

Sentado frente a su madre, Jimin se sentía como una pieza más del exquisito decorado, un jarrón, uno valioso,

ornamental y absolutamente vacío por dentro.

Sostenía la taza de té, la porcelana delicada y cálida entre sus dedos, pero su mente estaba a un océano de distancia. Estaba en el estruendo de la tercera clase, en la risa desinhibida de Jungkook, en la sensación del viento en la proa, en el azul de sus ojos, y la melodía de su voz.

El calor de la taza no era suficiente para ahuyentar el frío que se había instalado en su pecho desde el violento arrebató de Jonas esa mañana.

—Así que, como te decía —continuó Yulia, su voz cortando la ensoñación de Jimin con precisión mientras añadía un terrón de azúcar a su té—, la vajilla de bodas la encargaremos en cuanto lleguemos a Filadelfia. He decidido que el monograma llevará el escudo de los Pocius entrelazado con el nuestro, y en cuanto a los colores de la recepción, insistiré en el azul pálido, Jimin eligió lavanda a propósito para molestarme, sabiendo que lo detesto. Todo debe ser perfecto.

“Perfecto”, repitió Jimin en su mente. La palabra era una sentencia, un martillo que golpeaba cada día, moldeándolo a la fuerza en una forma que no le pertenecía, no decía nada, simplemente apretó la mandíbula, sabiendo que cualquier protesta sería tan inútil como gritar contra una avalancha.

Fue entonces cuando su mirada se desvió, buscando una vía de escape, y se posó en una mesa cercana. Allí, una madre joven, de una elegancia tan impecable como la de Yulia, instruía a su pequeña hija, una criatura de no más de seis años, vestida con un vestido de encaje que parecía pesarle.

—No, no, querida. Así no —decía la madre con la paciencia afilada de un escultor que talla una piedra, corrigiendo la

postura de la niña—. La espalda recta, los hombros hacia atrás, un caballero debe ver una línea grácil en todo momento.

La niña, con sus diminutos guantes blancos, enderezó su pequeño cuerpo con una concentración infantil y solemne.

—Y el meñique —continuó la madre, levantando su propia taza—. Solo se levanta un poco, un gesto sutil. Así, con delicadeza.

La pequeña imitó el movimiento, sus ojos fijos en los de su madre, buscando aprobación.

Luego, la lección continuó, cómo sorber el té sin hacer el más mínimo ruido, cómo tomar una galleta con las puntas de los dedos, cómo mantener una sonrisa dócil incluso si la conversación era aburrida.

Jimin se quedó hipnotizado, observando no una lección de etiqueta, sino la construcción de una jaula, en esa pequeña niña, se vio a sí mismo. Vio cada corrección, cada *“eso no es propio de un joven de tu posición”*, cada lección sobre cómo ser un objeto precioso, le estaban enseñando el mismo arte que a él le habían inculcado solo su naturaleza de doncel, el arte de ser ornamental, de ser un recipiente dónde verter, engendrar, para luego, sólo ser perfecto y callar.

Le pesaba en el pecho ver cómo a esa niña ya le estaban forjando los barrotes de su propia prisión, hechos de *“delicadeza”*, *“buen gusto”* y *“perfección”*. Era un ciclo, una herencia de asfixia transmitida de una generación a otra, un sistema diseñado para crear adornos perfectos que asegurarían alianzas y linajes.

Entornó sus ojos, siempre de un turquesa intenso, ahora oscuros de determinación... no, no quería ésto.

Ya no.

10

El sol de la tarde comenzaba su lento descenso con un resplandor dorado y melancólico. En la proa del Titanic, en el mismo punto donde había gritado su libertad al mundo, Jungkook se sentía anclado por primera vez en su vida, apoyaba los codos en la barandilla, vistiendo aún el saco robado como si fuera la única piel que lo conectaba con el mundo de Jimin, mientras el viento Atlántico le azotaba el rostro y le revolvía el cabello. Pero él no lo sentía.

Había pasado toda la tarde allí, perdido en un laberinto de pensamientos, su vida siempre había sido simple, un camino sin ataduras dictado por el viento y el capricho. Sus únicas pasiones habían sido un lápiz y una hoja de papel en blanco. Nunca se había enamorado, nunca había dejado que nadie se acercara lo suficiente como para dejar una marca. Pero Park... Jimin había llegado como una tormenta, destrozando su brújula y dejando en su lugar un sentimiento tan intenso y doloroso que no sabía qué hacer con él.

Las últimas palabras que le había dicho resonaban en su cabeza como una sentencia: *“Por el bien de los dos, déjame en paz”*.

Pero tan pronto como soltó un suspiro, cuál ritual de atracción, la voz preciosa, de un doncel aún más precioso, resonó.

—Hola, Jungkook.

Fue un susurro, casi devorado por el viento, pero para Jungkook, fue como si un trueno hubiera resonado en el silencio de su alma.

Se giró de golpe, cada pensamiento, cada pizca de melancolía evaporándose en un instante.

Allí estaba él, Jimin. De pie a varios metros de distancia, con las manos entrelazadas nerviosamente sobre su abdomen, su rostro era un lienzo de emociones contradictorias, la vergüenza por su última conversación, la pena por el dolor que sabía que le había causado, y una pizca de perdón suplicante en sus ojos.

Pero entonces, una sonrisa tímida y frágil comenzó a formarse en sus labios, una sonrisa que borró cualquier duda que Jungkook pudiera tener.

El castaño se quedó en silencio, sin moverse, dándole el espacio y el tiempo que necesitaba, sabía que el simple hecho de que Jimin estuviera allí era el acto más valiente que probablemente había cometido en su vida.

Jimin exhaló, un pequeño soplo de aire que pareció llevarse consigo todas sus dudas, y con un leve movimiento de cabeza, como si se rindiera a una verdad innegable, dijo las dos palabras que lo cambiaban todo.

—Cambié de opinión.

Una sonrisa de puro amor y ternura se extendió por el rostro de Jungkook, una que iluminó sus facciones y borró cualquier rastro de la tristeza anterior. Jimin comenzó a caminar hacia él, sus pasos tímidos y vacilantes sobre la cubierta, mientras Jungkook lo esperaba, su mirada llena de un encanto que lo envolvía todo.

—Me dijeron que probablemente estarías aquí... —comenzó a decir Jimin, como si necesitara llenar el silencio.

Pero Jungkook levantó suavemente su dedo índice hasta sus propios labios, un “shhh” silencioso y humilde. Le estaba pidiendo que no hablara, no hacían falta explicaciones ni disculpas, su presencia era toda la respuesta que necesitaba.

Cuando Jimin llegó frente a él, Jungkook extendió la mano, su palma abierta.

—Dame tu mano —murmuró, su voz dulce y persuasiva.

Sin dudar, Jimin aceptó, y sus dedos se entrelazaron, y Jungkook tiró de él con suavidad, acercándolo un poco más a su cuerpo, hasta que solo el viento helado cabía entre ellos, se miraron a los ojos, un universo de cosas no dichas pasando entre ellos en ese instante.

—Ahora, cierra los ojos —pidió Jungkook, su voz apenas un susurro.

Jimin parpadeó, la vacilación luchando contra el deseo de confiar. Sus ojos se desviaron un segundo hacia el mar infinito y luego volvieron a los de Jungkook.

—Hazlo —insistió él, su voz la más suave de las caricias, una promesa de que podía soltarse, de que él estaría allí para sostenerlo.

El mundo de Jimin se redujo a sensaciones, el rugido constante del océano, el lamento del viento en los cables del barco, el frío del aire en su rostro y, sobre todo, el calor de la mano de Jungkook que envolvía la suya. Cerrar los ojos fue un acto de fe, un salto al vacío sin soltarse de la barandilla.

Por primera vez en su vida, renunciaba voluntariamente al control, entregándose a la guía de otro.

Sintió un suave tirón.

—Ven —murmuró Jungkook.

Con los ojos cerrados, Jimin se dejó guiar, cada paso era una negociación con el miedo, una apuesta a ciegas. Sintió cómo Jungkook lo conducía hacia adelante, hasta que la punta de sus zapatos tropezó con algo sólido. Jungkook lo ayudó a subir un pequeño escalón, luego otro, hasta que sintió que ya no había más barco frente a él, estaba en el punto más extremo de la proa, en el borde del mundo.

—Con cuidado —dijo la voz de Jungkook, ahora justo detrás de él.

Sintió el cuerpo de Jungkook pegarse a su espalda, un escudo sólido y cálido contra el viento helado, y el gesto fue tan íntimo, tan protector, que a Jimin se le cortó la respiración, pronto lo tomó de sus manos y las guio hacia los lados, sosteniéndolo con delicadeza y seguridad, como si estuviera guiando al mismo viento, sus manos rozando apenas la barandilla.

Luego, las manos de Jungkook se posaron con una firmeza tranquilizadora en su cintura, anclándolo, asegurándolo, y definitivamente estaba a salvo.

—¿Confías en mí? —susurró Jungkook, su aliento una caricia cálida en la oreja de Jimin.

En ese instante, rodeado por la oscuridad de sus párpados pero sostenido por la presencia de Jungkook, la respuesta fue la única verdad que existía en su universo.

—Confío en ti... —respondió Jimin, su propia voz un murmullo tembloroso de rendición.

—Bien... ahora, ábrelos.

Jimin obedeció, y el mundo estalló frente a él.

No había cubierta, ni barco, ni mar, solo existía el cielo, un lienzo incendiado por los últimos estertores de la puesta de sol, y el abismo azul profundo que se abría a sus pies, cortado por la proa que avanzaba sin descanso. Estaba suspendido entre el firmamento y el océano, en un estado de vértigo y libertad absoluta.

Un grito ahogado de puro asombro escapó de sus labios, pues era aterrador, pero era magnífico.

Sintió a Jungkook acercarse aún más, su barbilla casi rozando su hombro.

—¿Lo sientes, Jimin?

Él solo pudo asentir, sin palabras. Lentamente, Jungkook comenzó a levantar los brazos de Jimin, separándolos de la seguridad de las barandillas, como si le estuviera dando alas, los extendió a ambos lados. Por un segundo, el instinto gritó, pero la sólida presencia de Jungkook a su espalda lo ancló.

Y entonces, se soltó.

Abrió los brazos por completo, ofreciendo su pecho al viento, y en ese momento, la sensación fue inconfundible. No estaba cayendo, no estaba de pie, tan sólo... estaba volando, tan increíble como posible en aquél mágico instante. Una risa, pura, genuina y llena de un júbilo que no había sentido desde que era un niño, brotó de él.

—J-Jungkook... —murmuró con voz temblorosa—. Siento que vuelto...

Jungkook asintió con un suave "*mhmm*", mientras acariciaba su cintura con cariño, para después apoyar su mentón sobre su hombro. Jimin inclinó la cabeza hacia un lado, para sentir aún más cerca a ese magnífico hombre, cerrando los ojos de nuevo, pero esta vez para sentirlo todo, el viento, la velocidad, la sensación de romper las cadenas que lo habían atado toda su vida.

Estuvieron así, en un silencio perfecto, por un tiempo que pareció una eternidad.

Luego, lentamente, Jimin giró la cabeza, la necesidad de ver el rostro del hombre que le había regalado ese instante era abrumadora, Jungkook ya lo estaba mirando, su rostro bañado por la luz dorada, sus ojos llenos de una ternura tan profunda que a Jimin le dolió el corazón, notando la cercanía abierta de Jimin, inevitablemente rozó su nariz sobre la mejilla suave y blanca, invitándolo, pero dándole total libertad.

Jimin giró aún más su rostro, conectando con los ojos azules de Jungkook, ojos que combinaban con el mismo mar y cielo alrededor, y luego, bajó sus manos sobre las de él en su cintura, el mundo a su alrededor, el cielo ardiente, el mar rugiente, todo desapareció.

Jungkook levantó una mano y, con el dorso de sus dedos, rozó la mejilla de Jimin, un gesto que borró el último vestigio de frío. La sonrisa de Jungkook se desvaneció, dando paso a una expresión de anhelo puro, su mirada bajó de los ojos de Jimin a sus labios. Y el mismo Jimin contuvo el aliento, su propio cuerpo inclinándose hacia adelante por una fuerza magnética que ya no podía ni quería resistir.

La distancia entre ellos se acortó, sus respiraciones se mezclaron con el viento, sus labios a un suspiro de encontrarse, el preciso instante en el que el universo entero se contuvo en el suspiro de espacio que quedaba entre sus labios. Ésto, para Jimin, que había vivido toda su vida siguiendo un guion escrito por otros, este era el primer momento de silencio absoluto, el primer instante en que no existía nada más que su propio y abrumador deseo.

Sin soportar más, fue Jungkook quien cerró la distancia.

El primer contacto de sus labios fue increíblemente suave, una pregunta tímida hecha en la oscuridad del crepúsculo, fue una exploración, un roce tentativo que envió una descarga eléctrica a través del cuerpo de Jimin, haciendo que cada nervio de su piel despertara de un largo letargo. Por un instante, fue solo eso, una ternura frágil y sobrecogedora.

Pero entonces, un dique se rompió en el interior de ambos. La ternura dio paso a una necesidad urgente, una hambruna acumulada a lo largo de sus vidas solitarias.

El beso se profundizó, volviéndose demandante, un lenguaje nuevo y antiguo a la vez que ambos entendían a la perfección, las manos de Jungkook, que hasta entonces habían reposado con gentileza en la mejilla y cintura de Jimin, volvieron a abrazarlo, cerrándose alrededor de su delicado cuerpo con una fuerza posesiva. Lo atrajo hacia sí, eliminando cualquier vestigio de espacio, cualquier barrera de clase o de tela que pudiera interponerse entre ellos.

Jimin, que nunca en su vida había respondido a nada con un instinto puro, se sintió liberado, el beso no era algo que le estuviera sucediendo, era algo en lo que participaba con cada fibra de su ser. Una de sus manos se aferró al brazo de Jungkook, buscando un ancla en el torbellino de sensaciones, mientras la otra, con una voluntad propia, se deslizó por el cuello, mientras sus dedos se enredaron en el cabello suave de su nuca, y con un tirón desesperado y posesivo, lo atrajo aún más cerca, silenciando cualquier posible duda, cualquier atisbo de razón.

Ya era un beso caótico y perfecto. Sabía a sus nombres, a viento y a una libertad tan abrumadora que casi dolía, las ganas de no soltarse causando pequeños chasquidos de lenguas enredadas que gritaban por más, cada movimiento de sus labios era una confesión, cada respiración compartida un juramento. Era la furia de Jimin contra su destino, la ternura de Jungkook encontrando un hogar, la pasión de dos almas que se habían reconocido como iguales en un mundo que trataba de ponerlos separados en cada extremo.

Finalmente, la necesidad de aire los obligó a separarse, aunque no del todo. Se quedaron allí, con las frentes apoyadas la una en la otra, sus pechos subiendo y bajando en una agitada sincronía. Estaban sin aliento, con los labios enrojecidos e hinchados, temblando ligeramente por la intensidad del momento y el frío de la noche que ahora los envolvía.

Jungkook abrió los ojos primero, lo que vio en el rostro de Jimin, a centímetros del suyo, le robó el poco aire que le quedaba, una vulnerabilidad absoluta, una rendición total, y en el fondo de sus ojos únicos, un reflejo del mismo amor devastador que sentía arder en su propio pecho. El mundo podía volver a existir ahora, con sus reglas y sus peligros, pero ya nada sería igual.

Habían cruzado un umbral, y en el silencio que siguió a su primer beso, ambos supieron, con una certeza aterradora y maravillosa, que ya no había vuelta atrás.



Actualización:

Buen sábado, amores ♥

Actualizo éste aviso, ya que pequeños contratiempos surgieron para publicar todo lo demás, y yo al menos quería llegar al momento crucial, el besito besote, y demás. Entre hoy y mañana me estaré centrando (en lo posible y la vida de adulto me permita), en corregir y publicar todo.

Gracias por esperarlo, gracias por su amor, gracias por su paciencia 🥰

11

Llegaron al pasillo de la suite de Jimin con la energía vibrante de su beso aún electrizando el aire entre ellos, la opulencia silenciosa del corredor de primera clase intensamente contrario con la libertad que habían experimentado en la proa.

Frente a la imponente puerta de caoba, Jungkook se detuvo.

—Jimin, ¿estás seguro de que este es el lugar apropiado? —preguntó en voz baja, la realidad de la transgresión que estaban cometiendo comenzando a asentarse. Él era un polizón de tercera clase a punto de entrar en el santuario de uno de los hombres más ricos del barco.

Jimin, con una nueva audacia brillando en sus ojos, sacó la llave.

—No te preocupes, es solo la sala de estar —le aseguró cómplice—. Nadie nos molestará aquí.

Abrió la puerta y lo dejó pasar primero. Para Jungkook, fue como cruzar el umbral hacia otro mundo, el aire olía a lilas frescas y a cera de abejas. La luz de las lámparas se reflejaba suavemente en los paneles de madera, en los muebles de terciopelo y en los marcos dorados de los cuadros.

Se quedó inmóvil en el centro de la habitación, sus ojos de artista absorbiéndolo todo, maravillado no solo por el lujo, sino por el impecable buen gusto que lo impregnaba todo.

Mientras Jungkook estaba cautivado por el entorno, Jimin se quitó el pesado abrigo de que llevaba sobre los hombros y lo dejó sobre un sofá. Se movía por la habitación con una gracia natural, pero ahora había una ligereza en sus pasos, una ausencia de la resignación que normalmente lo caracterizaba, se detuvo y observó a Jungkook, quien estaba estudiando los intrincados detalles de una vitrina a través del reflejo de un gran espejo de pared.

—¿La iluminación es apropiada? —preguntó Jimin.

Jungkook, completamente absorto, no lo oyó.

—¿Cómo dices?

Jimin sonrió, su reflejo encontrándose con el de Jungkook en el espejo. Incluyó la cabeza, su expresión una mezcla de incredulidad y afecto.

—Creía que los artistas necesitaban buena luz para trabajar. Es algo bastante básico, ¿no crees?

La certeza arrancó a Jungkook de su ensimismamiento, quien se giró, y adoptó una pose de artista torturado, imitando un acento francés exagerado.

—Oui, es verdad. Pero yo no estoy acostumbrado a trabajar en condiciones tan... 'ogibles —bromeó pasando un dedo sobre un mueble, quitando polvo inexistente.

La imitación fue tan inesperada y tonta que a Jimin se le escapó una carcajada genuina y cristalina. Mientras doblaba unas telas que había estado usando antes, Jungkook se acercó a la pared donde colgaban varias pinturas, y sus ojos se abrieron de par en par al

reconocer una de ellas. El aire juguetón se desvaneció, reemplazado por una reverencia absoluta.

—¡Monet! —exclamó, su voz llena de un asombro sincero, se acercó apresuradamente, agachándose para ver de cerca las pinceladas, olvidando por completo dónde estaba y con quién.

Jimin se acercó, conmovido por su reacción.

—¿Conoces su obra?

—¿Qué si la conozco? —respondió Jungkook sin apartar la vista del lienzo, como si estuviera frente a algo sagrado—. ¡Claro que sí! Jimin, mira... —dijo, su dedo índice flotando a centímetros de la pintura con un respeto reverencial—. Mira cómo usa el color aquí. No pinta el objeto, pinta la luz sobre el objeto. Es... es genial.

—Lo sé —dijo Jimin en voz baja, su corazón hinchándose de una extraña felicidad—. Es extraordinario.

Ver a Jungkook, el chico de tercera clase, el vagabundo sin raíces, arrodillado en su lujosa suite y hablando con una pasión tan profunda sobre el arte que él amaba, fue un momento de conexión más íntimo que cualquier beso. En ese instante, supo que Jungkook no solo veía su cuerpo o su estatus, veía su alma.



Unos momentos después, el único sonido en la silenciosa sala de estar era el suave y preciso chasquido de los engranajes de la caja fuerte. Con una memoria muscular nacida de la repetición, Jimin giró el dial hasta que un sólido anunció que la bóveda estaba abierta. Tiró de la pesada puerta de acero, revelando el interior forrado de terciopelo.

—Jonas insiste en acarrear esta horrenda cosa a todas partes —comentó Jimin con un deje de desdén, su voz resonando ligeramente en la quietud—. Cree que el mundo está lleno de ladrones que codician sus posesiones.

Jungkook, que observaba desde el otro lado de la habitación, se sentía precisamente como uno de ellos, un intruso en un territorio prohibido. La ansiedad se agitaba en su estómago.

—¿Crees que pueda volver en cualquier momento?

Jimin se giró, sosteniendo la caja de terciopelo entre sus manos. Una sonrisa cansada y conocedora curvó sus labios.

—No mientras abunden los cigarros y el coñac en el salón de fumadores. Tenemos tiempo.

Caminó hacia Jungkook, moviéndose con una gracia que parecía flotar sobre la alfombra, finalmente se detuvo frente a él y abrió la caja.

Allí, sobre un lecho de satén blanco, descansaba el Corazón del Mar.

Lo sacó con una delicadeza casi reverencial y lo puso en las manos de Jungkook. El peso de la joya lo sorprendió, fría, pesada, un trozo de océano nocturno solidificado, la luz de las lámparas se refractaba en sus innumerables facetas, lanzando destellos de un fuego azul y helado.

Jungkook dejó escapar un silbido bajo y admirado.

—Es... abrumador —murmuró, más que decir, levantó la vista hacia Jimin—. ¿Es un zafiro?

—Es un diamante —corrigió Jimin en voz baja, su mirada fija no en la joya, sino en el rostro de Jungkook—. Uno muy, muy extraño.

Jungkook lo sostuvo hacia la luz, completamente cautivado por la forma en que el color cambiaba, profundo y casi violáceo en su centro, pues era el objeto más magnífico y a la vez más triste que había visto en su vida.

Mientras él estaba absorto, Jimin lo observaba, su expresión en una mezcla de vulnerabilidad y una nueva y férrea determinación, ya había tomado una decisión. El miedo seguía ahí, un zumbido bajo su piel, pero el deseo de hacer algo que fuera verdaderamente suyo, un acto de rebelión final y absoluto, era más fuerte.

El doncel se humedeció los labios.

—Jungkook... —comenzó, su voz apenas un susurro que hizo que él levantara la vista—. Dibújame como a uno de tus modelos franceses.

La petición, tan íntima y audaz, pareció no registrarse del todo en Jungkook, quien volvió su atención a la piedra hipnótica que sostenía.

—Claro —murmuró, distraído por el juego de luces—. Si es lo que quieres.

Jimin se acercó un paso más, su mirada intensa.

—Usando esto —dijo, tocando suavemente el collar con la punta de su dedo.

Jungkook asintió, aún sin comprender del todo la magnitud de la propuesta. Estaba pensando en un retrato, en la elegancia del cuello de Jimin adornado con esa increíble joya.

Entonces, Jimin pronunció las tres palabras que hicieron que el mundo de Jungkook se detuviera en seco. Su voz era un susurro tembloroso, pero cargado de una inquebrantable resolución.

—Solo usando esto.

El silencio que siguió fue absoluto, más profundo que el del fondo del océano. Jungkook parpadeó, el hechizo del diamante se rompió, y su mano, que sostenía el collar, se quedó inmóvil. Lentamente, muy lentamente, levantó la cabeza, sus ojos, atónitos, se encontraron con los de Jimin.

Y lo que vio allí lo dejó sin aliento, no había timidez, ni provocación, sino una vulnerabilidad cruda y una entrega total. Era el acto de confianza más profundo que nadie le había ofrecido jamás, Jimin no solo le estaba pidiendo que dibujara su cuerpo, le estaba pidiendo que capturara su alma en el preciso instante de su liberación.



Momentos después, la suite se había transformado.

En la alcoba, Jimin se preparaba, llevaba puesta únicamente una bata de seda y el frío y pesado Corazón del Mar. De pie frente al espejo, se pasó los dedos por el cabello, deshaciendo deliberadamente el peinado impecable, dejando que sus rizos cayeran desordenados sobre su frente, un pequeño acto de deconstrucción, un despojo de la máscara de perfección antes del acto final de vulnerabilidad.

Mientras tanto, en la sala de estar, Jungkook preparaba su escenario con su corazón latiendo errático, sentía que estaba preparando un nido de amor y delicadeza en lugar del escenario que muchas veces preparó en París ante otros donceles y mujeres.

No.

Era Jimin, la joya más importante y valiosa en la tierra.

Arrastró el diván de terciopelo hasta el centro de la habitación, colocándolo de forma que la luz de las lámparas creara un juego de luces y sombras suaves. Luego, se sentó en una pequeña silla frente a él, un humilde artesano en medio de un palacio, abrió su carpeta y su estuche raído, sacó una hoja en blanco y tomó un trozo de carboncillo, finalmente, con la navaja que había ganado en aquella fatídica partida de póker, comenzó a sacarle punta con una concentración absoluta, sus dedos manchándose rápidamente con el polvo negro, un marcado contraste con el lujo prístino que lo rodeaba.

Un suave clic rompió el silencio, la puerta de la alcoba se abrió.

Jungkook dejó de afilar el carboncillo, su cabeza levantándose de golpe, y la intensidad del artista se desvaneció, reemplazada por la mirada de un joven vulnerable, su corazón latiendo con una anticipación que le secaba la boca.

Jimin apareció en el umbral, llevaba la bata de seda negra, tan fina que era casi translúcida, una sombra que se adhería y se apartaba de su cuerpo con cada movimiento, insinuando más de lo que ocultaba. El joven se apoyó en el marco de la puerta, jugueteando con el borde de la tela, y elevó una ceja, una expresión juguetona que era una valiente máscara para su propio nerviosismo.

El ojo de artista de Jungkook quiso devorar cada línea, cada curva, cada sombra, pero era el hombre, el joven del que se había enamorado, luchó contra ese instinto. Su mirada recorrió a Jimin, sí, pero regresaba una y otra vez, de forma casi compulsiva, a sus ojos, un acto de respeto tan profundo, tan inquebrantable, que Jimin sintió cómo una parte de su miedo se disipaba.

Se aproximó lentamente, la seda susurrando contra la alfombra, sosteniendo la tela frente a él como un frágil escudo.

—No necesito otro retrato de mí como un muñeco de porcelana, Jungkook. Ya tengo demasiados de esos —dijo, su voz baja y firme, y se detuvo frente a él, le extendió una moneda—. Y como un cliente que paga...

Jungkook lo miró, confundido por el gesto, pero abrió la mano por puro instinto. Jimin depositó el metal en su palma, el contacto de su piel fue breve pero eléctrico.

—...espero recibir lo que quiero —concluyó Jimin, una sonrisa suave y cómplice curvando sus labios.

Relajando su rostro, se posicionó frente a Jungkook.

Y entonces, con una lentitud deliberada, sus ojos fijos en los de él, dejó que sus dedos abrieran la bata, para suspirar, soltándola. La seda negra se deslizó por sus hombros y cayó al suelo en un charco oscuro y silencioso, dejándolo completamente expuesto. Estaba de pie, vulnerable, adornado únicamente por el frío y deslumbrante azul del Corazón del Mar.

Jungkook sintió que el aire abandonaba sus pulmones, hundiéndose en la silla, sus ojos siempre grandes, ahora se veían más vulnerables e inmensos, como si el mundo se abriera ante ellos, el hermoso Jimin era abrumador, tan hermoso como aquella pintura, "*El nacimiento de Venus*" hecho doncel. Hizo el esfuerzo sobrehumano de mantener su mirada fija en el rostro de Jimin, en esos ojos que brillaban con una mezcla de miedo y desafío bajo la luz tenue, ante cualquier contención, inevitablemente la sangre afluyó a su rostro y luego más abajo, hacia su hombría que se tensó contra el tejido de sus pantalones. Apretó el lápiz que sostenía hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

Jimin pasó las manos con nerviosismo pero también con determinación, por sus caderas estrechas y la suave "V" que conducía hacia un vello pubiano de un castaño rojizo y modesto. No hubo ostentación, solo una vulnerabilidad palpable que dejó a Jungkook sin aliento.

Su mirada viajó luego desde el vientre hacia el pecho pálido y liso del doncel, sus clavículas, hacia los labios entreabiertos...

Jungkook se forzó a apartar la vista. Podría haber pasado horas contemplando aquella belleza, pero el tiempo apremiaba. Tenía que trabajar.

—E-en la cama... eh, no, en el diván, Jimin—ordenó Jungkook, sonrojándose al notar cómo le temblaba la voz. Intentaba con todas sus fuerzas mantener la profesionalidad, pero ya había arruinado su primera instrucción.

Jimin asintió y se reclinó con cuidado sobre los cojines de terciopelo, observándolo con una mezcla de expectación y timidez.

—Bien... ahora acuéstate —continuó Jungkook con voz ronca.

Jimin se tumbó de lado, apoyando la cabeza en un brazo y mirándolo fijamente, como si buscara guía en cada movimiento. No parecía incómodo, sino novato, como si nunca antes hubiera posado para nadie.

—Vuelve a poner el brazo como estaba... así, sí —murmuró Jungkook con suavidad—. Levanta el otro... junto a la cara.

Jimin le sonrió, una expresión pequeña y nerviosa, mientras ajustaba su postura según las indicaciones.

—Cabeza un poco más baja... pero no dejes de mirarme. No pierdas el contacto visual.

Jungkook ajustó el cuaderno sobre sus rodillas, usándolo casi como un escudo contra la abrumadora belleza que tenía frente a sí. Respiró hondo.

—Solo... intenta quedarte quieto.

Inhaló profundamente y comenzó. El lápiz rozó el papel con un sonido suave, casi un susurro. La primera línea, luego otra, la sugerencia de una mano, la curva de un hombro...

—Qué serio... —musitó Jimin, arrugando levemente la nariz.

Jungkook esbozó una sonrisa breve. No iba a permitir que lo distrajera, se apartó un mechón de cabello de los ojos y continuó, sombreando con cuidado el inicio de lo que prometía ser un rostro lleno de carácter y dulzura.

Un poco de sombra aquí... la línea suave de la clavícula allá...

Jimin observaba en silencio, fascinado por la concentración del artista, por la manera en que su mano se movía con seguridad sobre el papel, como si estuviera descubriendo, y no creando.

Jungkook sintió que el calor le subía nuevamente al rostro mientras dibujaba el torso desnudo de Jimin, suavizando trazos para capturar la palidez de su piel, la delicadeza de su cintura, la suave respiración que hinchaba su suave abdomen, con ello, sentía que podía acariciar cada centímetro de su existencia.

—Creo que te estás sonrojando —comentó Jimin con un hilo de voz, mientras el lápiz deslizaba la línea de su abdomen inferior.

—Es la luz —mintió Jungkook, sin levantar la vista—. Ahora relaja la cara... sin sonreír.

—Lo siento... —susurró Jimin, conteniendo la respiración.

La quietud de su cuerpo contrastaba con la intensidad de la mirada que lo recorría, con el fuego sordo que ambos sentían crecer en el espacio que los separaba.

Y allí, en el silencio cargado del camarote, con la luz del atardecer entrando por la ventana, Jungkook dibujó. No solo líneas y sombras, sino la promesa de algo más, la fragilidad y la fuerza de Jimin, su entrega tranquila, la belleza que no residía en la exuberancia, sino en la verdad simple y desnuda de su ser.

Cada trazo era una revelación. Cada mirada, un acuerdo tácito.

Y en el papel, comenzaba a nacer no un simple dibujo, sino el principio de algo que nadie podría nombrar, pero que ambos sentían latir con fuerza en el escaso espacio entre ellos.



El único sonido en la opulenta sala de estar era el rítmico y suave rasguído del carboncillo sobre el papel.

Durante lo que pareció una eternidad, el mundo se había reducido a la línea invisible que conectaba los ojos de Jungkook con los de Jimin, una corriente de confianza y concentración absoluta, un ritual intenso de amor y conexión.

Y finalmente, con un último y delicado trazo para capturar la luz en el borde del diamante, Jungkook detuvo su mano, luego, el hechizo se había roto, un suspiro colectivo, que ninguno de los dos se dio cuenta de que estaban conteniendo, llenó el silencio, y con una deliberación casi ceremonial.

Culmine a todo, Jungkook sostenía el carboncillo y, en la esquina inferior de la hoja, escribió con una caligrafía rápida y segura.

"14 de abril de 1912".

Y debajo, su firma, un simple y audaz: *"J.K"*.

Jimin, que se había levantado del diván y vuelto a envolver en la translúcida bata de seda negra, se acercó por detrás de la silla de Jungkook. Se inclinó, apoyando su mentón en el hombro de él, el calor de su mejilla rozando la de Jungkook, con una ternura infinita, sus dedos comenzaron a trazar círculos perezosos sobre la tela de la camisa de quien estaba seguro, era su hombre, el gesto de pura afección y gratitud.

Jungkook inclinó el dibujo, y con un soplo suave, retiró el exceso de polvo de carboncillo, una pequeña nube negra que pareció dar vida final a la obra.

Estaba hecho

Con una expresión de profundo orgullo y una pizca de melancolía por el final del momento, cerró la carpeta, se giró en su asiento y se la tendió a Jimin. No era solo un dibujo, era un testamento, un espejo del alma valiente y vulnerable que se le había revelado.

Una sonrisa radiante, llena de una felicidad que no había sentido en años, iluminó el rostro de Jimin, quien tomó la carpeta con ambas manos, como si recibiera el más precioso de los regalos.

—Gracias —susurró con una emoción que las palabras no podían contener.

Se inclinó y le dio un beso. Al principio, fue un gesto suave, un simple sello de gratitud en sus labios, pero cuando Jimin intentó separarse, Jungkook giró la cabeza, capturando su boca de nuevo, negándose a dejarlo ir. El beso, que había comenzado con ternura, se encendió con una chispa de energía juguetona.

Jimin soltó una risa ahogada contra la boca de Jungkook, lo que solo lo incitó a él a responder con la misma alegría, se convirtió en un forcejeo delicioso, una maraña de sonrisas y besos robados, un duelo de afecto en el que ambos luchaban por tener la última palabra, el último toque.



Pasados unos minutos, la energía vibrante y juguetona que había llenado la suite se había asentado, transformándose en una intimidad silenciosa y cargada de propósito, las risas había dado paso a una calma solemne.

Jimin, ahora vestido con una sencilla camisa y pantalones, estaba sentado en el ornamentado escritorio de caoba, la espalda recta, la luz de una lámpara iluminando el papel de carta sobre el que se movía la pluma.

Jungkook, desde el otro lado de la habitación, lo observaba. Ya no era el artista cautivado ni el amante juguetón, sino un testigo silencioso de un momento de profunda transformación, quien se acercó con sigilo, sin querer romper la concentración de Jimin, y se apoyó suavemente en el respaldo de una silla cercana.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó en voz baja.

Jimin no levantó la vista del papel. Terminó de escribir una última frase con una caligrafía decidida.

En ella decía:

“Cariño, ahora puedes encerrarnos a los dos en tu caja fuerte”
—Jimin

Dejó la pluma a un lado y dobló la nota por la mitad, solo entonces se giró. En lugar de responder, le tendió la caja de terciopelo que contenía el Corazón del Mar.

—¿Guardarías esto en la caja fuerte, por favor? —pidió, su tono era tranquilo, pero sus ojos revelaban la inmensa gravedad de su petición.

Jungkook asintió inmediatamente, comprendiendo el peso simbólico del gesto, tomó la caja, que se sentía extrañamente pesada en sus manos, y se dirigió a la imponente caja fuerte empotrada en la pared.

Una vez frente aquél artefacto, el interior, dejó a Jungkook sin aliento. No eran solo unos cuantos fajos de dinero, eran ladrillos de billetes, perfectamente apilados y atados con cintas de papel, una fortuna tan vasta que a Jungkook le pareció obscena, casi irreal. Un silbido bajo y asombrado escapó de sus labios sin que pudiera evitarlo, el sonido de dos universos colisionando.

Luego entonces, su mirada se desvió hacia Jimin, que estaba sumido en su lugar, dándole toda la confianza, entonces, Jungkook supo, con una claridad absoluta, que nada en esa caja fuerte valía ni una fracción de la libertad que estaban a punto de reclamar juntos. Con un cuidado exquisito, depositó la caja de terciopelo en un pequeño espacio vacío entre las pilas de dinero, no tocó nada más. Su integridad era un muro más fuerte que el acero de esa puerta.

Se giró y caminó de vuelta hacia Jimin, quien ahora sostenía la nota doblada en su mano.

—¿Una carta de despedida? —preguntó Jungkook en voz baja.

Jimin miró el papel y luego a Jungkook, y por primera vez desde que habían entrado en la suite, una sonrisa genuina, libre de miedo o duda, iluminó su rostro.

—No —respondió—. Es una nota de renuncia.



Después de que la nota y el retrato fueran depositados en la caja fuerte, la atmósfera en la suite se llenó de una nueva y electrizante anticipación. Jungkook se acercó a uno de los grandes ventanales, observando cómo la negrura del Atlántico se tragaba la última luz del día, una repentina e increíble baja de temperatura se había apoderado de la noche, el aire se sentía frágil y cortante.

Un escalofrío recorrió su cuerpo, se abrazó a sí mismo y se giró, frotándose las manos y soplando su aliento entre ellas para calentarlas.

En ese momento, Jimin salió de la alcoba, vestido con una camisa ligera y pantalones, ropa algo desabrigada para el frío que se avecinaba.

Jungkook sonrió.

—Está refrescando —dijo en voz baja, observándolo de cabeza a pies, y luego a sus dulces ojos, asintiendo—. Te ves increíble.

Antes de que Jimin pudiera responder, un golpe seco y autoritario sonó en la puerta principal.

—¿Señor Park? —la voz del guardaespaldas atravesó la madera, ahogada pero inconfundible.

El pánico se encendió en los ojos de Jimin. Sin una palabra, agarró a Jungkook del brazo y tiró de él con una fuerza desesperada.

—¡Mis dibujos! —exclamó Jungkook en un susurro angustiado, mirando hacia atrás.

Pero ya era tarde, oyeron el sonido del picaporte. Jimin lo arrastró a través de la puerta de la alcoba justo cuando el hombre entraba sigilosamente en la sala de estar.

Cerraron la puerta del dormitorio tras de sí con un clic que al hombre le pareció oír. Escaparon por otra puerta hacia el pasillo, tratando de adoptar un caminar tranquilo y despreocupado.

Pero su coartada duró poco, el tipo salió al mismo pasillo, su paso medido y seguro, una pantera acechando a su presa. Ambos jóvenes lo vieron, intentaron seguir caminando, pero la expresión imperturbable del hombretón y la certeza de que los había visto hicieron que la adrenalina se disparara.

—¡Corre, Jungkook! —gritó Jimin.

Y la persecución comenzó. Se lanzaron en una carrera frenética por los laberínticos pasillos de primera clase, al doblar una esquina, vieron un ascensor con las puertas doradas a punto de cerrarse.

—¡Espere! —gritó Jimin, y se metieron dentro en el último segundo, jadeando—. ¡Cierre, cierre, por favor!

Las puertas se cerraron justo cuando el rostro de el guardaespaldas aparecía en el resquicio.

Mientras el ascensor descendía, Jimin, con una audacia nacida de la pura adrenalina, le levantó el dedo medio a la figura que se encogía arriba. Jungkook estalló en una carcajada, contagiado por la rebelión.

Al salir, siguieron corriendo, llenos de una felicidad infantil. Jungkook, sin mirar, tropezó con un mayordomo y su carrito de servicio, enviando cubiertos de plata a volar.

—¡Mil perdones! —dijo sin dejar de correr.

—¡No se preocupe, señor! —respondió el hombre, más tranquilo que molesto.

Se refugiaron tras una puerta con ventanas circulares, dejándose caer contra la pared enredados, sus cuerpos temblando por la carrera y la risa.

—Es muy insistente para ser solo un guardaespaldas —bromeó Jungkook, tratando de regular su respiración—. Parece más bien un policía.

Justo entonces, la cara impassible apareció en una de las ventanas cual fantasma.

La adrenalina volvió a subir.

—¡Mierda! ¡Corre! —gritó Jimin de nuevo.

La persecución los llevó hacia abajo, a las entrañas del barco, por pasillos cada vez más estrechos y funcionales. Terminaron en un callejón sin salida, frente a una pesada puerta de acero con un letrero de advertencia. Jungkook no dudó.

La abrió.

—¡Vamos, entra!

La cerró de un portazo tras ellos, y fueron recibidos por un zumbido ensordecedor, el rugido de las calderas era una fuerza física que golpeaba el aire. Jimin se llevó las manos a

los oídos, su rostro una mueca de dolor.

—¿Y AHORA QUÉ!? —gritó por encima del estruendo.

Jungkook, igualmente ensordecido, se tapó los oídos.

—¿QUÉ!?

Ambos se rieron, encontrando el humor en el caos, a su lado, una escalera de metal descendía a un infierno naranja y palpitante.

Obviamente, bajaron sin dudar.

El calor los golpeó como un muro sólido, y el sudor que ya perlaba sus cuerpos comenzó a correr libremente. Un obrero, con el rostro tiznado de carbón, se les acercó, su expresión una mezcla de extrañeza y molestia.

—¿QUÉ RAYOS HACEN USTEDES AQUÍ!?

Jimin tomó la delantera, tirando de Jungkook.

—¡NO DEBERÍAN ESTAR AQUÍ!! ¡ES PELIGROSO!! —oían gritar al hombre mientras corrían, ahora por el corazón prohibido de la nave, riendo a carcajadas.

—¡CONTINÚEN, MUCHACHOS! —motivó Jungkook a otros trabajadores que los miraban, atónitos—. ¡HACEN UN GRAN TRABAJO!

Cruzaron un último pasillo lleno de un vapor tan denso que los empapó por completo, y finalmente llegaron a una tosca puerta metálica. La abrieron y cruzaron al otro lado, a un silencio fresco y cavernoso.

Estaban en la bodega de carga.

Un laberinto de equipajes, cajas y pertenencias se extendía ante ellos, ahora caminando de la mano, exploraron hasta que Jungkook se detuvo.

—Mira qué tenemos aquí —comentó con una sonrisa juguetona.

Frente a ellos, descansaba un lujoso automóvil Renault, negro con detalles dorados, y Jungkook se acercó, examinándolo con una reverencia casi religiosa.

Jimin, con energía juguetona se colocó junto a la puerta del pasajero y carraspeó, sacando a Jungkook de su ensimismamiento.

El último se giró y lo vio, con las manos en la espalda, esperando. Y con una sonrisa, entendió el juego, rodeó a su doncel, carraspeó a su vez y, con la floritura de un chófer, le abrió la puerta.

—Gracias, amable señor —dijo Jimin, aceptando su mano y deslizándose en el asiento trasero.

Jungkook cerró la puerta, se sentó al volante y tocó el claxon dos veces.

—¿A dónde, mi señor? —preguntó, levantando el mentón.

Jimin bajó el ventanal del auto y se inclinó hacia adelante, su rostro junto al de Jungkook, su aliento un susurro cálido en su oído.

—Hacia las estrellas...

Jungkook volteó suavemente a verlo con una ceja alzada, y luego, entre risas suaves, Jimin lo tomó por los hombros y lo arrastró hacia el asiento trasero. El contrario se dejó llevar y ayudó sabiendo la diferencia en sus fuerzas y tamaños, entre risas dulces.

Y una vez frente a frente, Jungkook lo rodeó con sus brazos, Jimin se aferró a su saco con un puño apretado. Jungkook tomó esa mano y acarició suavemente sus nudillos. Las risas se desvanecieron, reemplazadas por una mirada hipnótica, las caricias se volvieron más lentas, sus manos entrelazándose.

—¿Nervioso? —murmuró Jungkook.

—No... —susurró Jimin, y era la verdad.

Con una ternura que hizo que a Jungkook se le erizara la piel, Jimin llevó la mano de él a sus labios y besó la punta de cada uno de sus dedos con intención, humedeciéndolos. La mirada de Jungkook se volvió seria, intensa, mientras exhalaba lenta y pesadamente.

La vulnerabilidad en el rostro de Jimin era un reflejo de la suya propia.

—Jungkook, por favor... tócame —murmuró Jimin, su voz aguda, casi en un suspiro rogado.

Tomó la mano de Jungkook, la que acababa de besar, y la guió hacia su propio cuerpo, una invitación, un acto de entrega total.

Jungkook exhaló nuevamente un aliento pesado y tembloroso al sentirlo. Acercó su rostro al de Jimin, y se besaron.

Fue un beso feroz y lleno de amor, un torbellino de lenguas y jadeos, chasquidos y revoltijos de lenguas entre respiraciones entrecortadas mientras sus manos comenzaban a acariciarse el uno al otro.

Jungkook lo guio para que se recostara en el asiento sin soltar nunca sus labios. Y entonces, entre el terciopelo y la oscuridad de su santuario improvisado, sus manos comenzaron a explorar más, sus cuerpos a encontrarse, y en el corazón silencioso de la gran máquina, todo lo demás dejó de existir.

Jungkook, con manos que ahora temblaban, y no sólo de nerviosismo, sino de una urgencia reverente, desabrocó con torpeza adorable los primeros botones de la blusa de Jimin.

—Déjame... ayudarte —susurró Jimin, un hilo cargado de deseo, y sus dedos se unieron a los de él, trabajando juntos hasta que la tela se abrió como un capullo, revelando la piel pálida y suave de su torso perlado en sudor.

Jungkook contuvo el aliento, sus ojos, oscuros como la noche fuera del coche, recorrieron cada centímetro descubierto con una mezcla de asombro y adoración.

Bajó a besar sus atractivos círculos rosados, ruidoso y húmedo, arrancándole el primer jadeo a Jimin, la zona sensible tensándose bajo su tacto, mientras acariciaba su suave torso.

Subió su cabeza, observando lo rápido que Jimin se derretía entre sus manos.

—Eres tan hermoso —murmuró Jungkook, el calor chocando contra el pecho, su voz ronca, y bajó nuevamente la cabeza para depositar un beso justo en el centro del esternón de

Jimin, sintiendo el frenético galope de su corazón bajo sus labios.

Jimin arqueó la espalda, un gemido ahogado escapando.

Pronto, las manos de Jimin se abrieron paso por debajo del saco y la camisa de Jungkook, desabrochando y empujándolos con urgencia sobre sus hombros. Jungkook se liberó de la ropa con un movimiento de hombros, dejando al descubierto su torso musculado.

Se miraron, pecho contra pecho, la electricidad de la piel desnuda contactando por primera vez haciéndoles jadear al unísono. Fue un shock delicioso, una confirmación tangible de lo que hasta entonces solo había sido un anhelo.

Las manos se volvieron más audaces, explorando, aprendiendo la geografía del cuerpo del otro, los músculos, la textura de la piel, sus zonas más débiles al otro.

Jungkook bajó trazando la línea de la columna de Jimin, sintiendo cada vértebra bajo sus yemas, mientras Jimin hundía sus dedos en el cabello de Jungkook, tirando suavemente para guiar su boca de vuelta a la suya en otro beso profundo y húmedo.

Los suspiros se convertían en jadeos, los jadeos en gemidos bajos y guturales que se perdían en la boca del otro.

Con una determinación suave y reverencial, Jungkook desabrochó los pantalones de Jimin, deslizándolos junto con su ropa interior por sus caderas.

Jimin, a su vez, hizo lo mismo, liberando a Jungkook de la tela que los separaba.

Por un momento eterno, se apartaron solo un centímetro, mirándose fijamente mientras la última barrera caía, ambos estaban completamente desnudos, vulnerables y expuestos bajo la tenue luz. La reverencia en sus miradas era un lenguaje más elocuente que cualquier palabra.

Jungkook bajó entonces la mano, con una lentitud deliberada, manteniendo la conexión de sus pupilas, el destello en las de Jimin aumentando mientras contenía la respiración. Su palma se deslizó por el vientre del doncel, más bajo, acariciando con su palma su sexo, arrancándole un suspiro, el joven se abrió más, invitándolo a bajar más.

Jungkook tragó duro, respirando de forma errática, temblorosa, era abrumador.

Su recorrido entre las piernas, hasta encontrar la cálida humedad que lo esperaba emergiendo en su entrada. Jimin emitió un suspiro tremendo, un sonido que era mitad sorpresa, mitad alivio absoluto, y sus párpados se cerraron por un instante antes de forzarse a abrirse de nuevo, negándose a romper el hechizo visual.

—Jungkook... —jadeó Jimin, su nombre, cual oración en sus labios.

—Lo sé... —murmuró Jungkook, conmovido hasta el alma por la prueba de su deseo a través de algo tangible.

Su dedo medio se empapó en esa esencia cálida y resbaladiza, acariciando suavemente el centro mismo de su sensibilidad, sintiendo cómo Jimin se estremecía violentamente bajo su tacto, un gemido agudo y musical arrancándose de su garganta.

—Jungkook... —jadeó de nuevo, suavemente, casi como un ruego.

No podían esperar más.

Jungkook se posicionó sobre él, entre sus suaves y blancas piernas, sus cuerpos alineándose en un ballet instintivo, sin dejar de mirarse intensamente, ambos encajando a la perfección.

Con una mano guiándose, rozó la humedad de Jimin, manteniendo la mirada fija en él, cuyos ojos, vidriosos por el placer, le reflejaban una confianza absoluta.

—Santo cielo... —susurró Jimin al sentirlo, dando el último permiso, el más profundo, con apenas un asentimiento que rozaba un nuevo ruego.

Jungkook contuvo la respiración y se hundió en él, despacio, con una ternura devastadora. Jimin lo recibió, cediendo, abriéndose para él en un abrazo tan apretado como perfecto, como si siempre hubieran estado destinados a encajar así. Un quejido prolongado y intenso, cargado de éxtasis, surgió de lo más hondo de Jimin, cuya cabeza se hundió en el asiento de terciopelo, sus ojos cerrándose por la abrumadora sensación de plenitud.

—Dios, Jimin... —oyó Jungkook decir, y se dio cuenta de que era su propia voz, ronca y quebrada por la emoción.

Comenzó a moverse entonces, con una cadencia lenta y profunda que hacía crujir el cuero del asiento bajo ellos en un ritmo primal. Cada vaivén iba acompañado de un sonido húmedo, íntimo y pausado, la música de su unión, los gemidos de Jimin eran agudos y entrecortados con cada movimiento hacia dentro, mezclándose con los jadeos roncros y guturales que Jungkook exhalaba contra su cuello.

El aire se saturó con el olor a sudor, a piel y a sexo, un perfume embriagador que solo les pertenecía a ellos.

El ritmo se aceleró, guiado por el instinto que trascendía todo pensamiento, el sonido de sus pieles resonando de forma repetida e intensa. Jungkook buscó la boca de Jimin en un beso desesperado, ahogando sus gemidos mutuos, sus lenguas bailando al mismo ritmo frenético que sus caderas. Jimin enredó sus piernas alrededor de la cintura de Jungkook, clavando sus dedos en su espalda, trazando líneas de fuego sobre su piel sudorosa, acercándolo más, más profundo, si era posible.

—Justo ahí..., por favor, Jungkook, justo ahí... —suplicaba Jimin entre gemidos, y Jungkook obedecía, alterando el ángulo para encontrar ese punto que hacía que los ojos de Jimin se volvieran blancos y su cuerpo se arqueara como un arco.

La presión se enredó, un torbellino imparable de sensaciones. Jungkook podía sentirlo, el temblor en los músculos internos de Jimin, la contracción feroz alrededor de su miembro que lo llevaba al borde mismo de la cordura.

—Mírame —jadeó Jungkook, su voz un quebrado susurro—. Jimin, mírame.

Jimin abrió los ojos, nublados, llorosos por el placer, y se encontró con la mirada ferozmente amorosa de Jungkook. Fue ese contacto visual, esa rendición total el uno al otro, lo que los empujó por el precipicio.

Con un grito ahogado y ronco, Jungkook se hundió hasta el fondo, derramándose en Jimin en oleadas interminables de éxtasis puro. La convulsión del cuerpo de Jungkook desencadenó la de Jimin, que gritó su nombre, un sonido claro y agudo que reverberó en el silencio cavernoso de la bodega, mientras su propio climax los bañaba a ambos en una cálida humedad, y sus piernas se apretaban alrededor del cuerpo sobre él, sin querer dejarlo ir.

El mundo se desvaneció, no existía el barco, ni el océano, ni el diamante maldito. Solo existía el temblor de sus cuerpos entrelazados, el sonido de sus corazones martilleando en un mismo compás caótico.

El único sonido era el de sus respiraciones entrecortadas, luchando por encontrar un ritmo acompasado, y el martilleo sordo de sus corazones.

Un temblor incontrolable recorría el cuerpo de Jungkook, una réplica de la abrumadora intensidad de sus emociones. Tragó saliva duramente, su nuez subiendo y bajando notoriamente, pero no apartó la mirada, sus ojos, fijos en los de Jimin, brillaban con una luz única y especial, una mezcla de asombro, reverencia y una vulnerabilidad que nunca antes se había permitido sentir, y mucho menos mostrar.

Jimin, sintiendo cada uno de esos temblores contra su propia piel, levantó una de sus manos y la posó con una delicadeza infinita en la mejilla de Jungkook. Lo acarició suavemente con el pulgar, observándolo no como el artista vagabundo o el muchacho rebelde, sino como si fuera lo más preciado del universo.

—Estás temblando —susurró Jimin, su voz ronca y llena de una ternura que lo envolvía todo.

Una sonrisa suave y cansada curvó los labios de Jungkook. Negó con la cabeza, un movimiento apenas perceptible.

—No te preocupes —respondió, su propia voz un susurro tembloroso que desmentía sus palabras—. No es nada.

No era nada y, a la vez, lo era todo. Era la magnitud de haber encontrado un ancla en su vida de deriva, de haberse entregado por completo, cuerpo y alma, a otra persona por primera vez.

Ambos se sonrieron en el silencio, un entendimiento perfecto pasando entre ellos. Y entonces, volvieron a besarse. No fue un beso de pasión feroz como los anteriores, sino uno de profundo anhelo y un amor solemne, fue lento, una conversación silenciosa que hablaba de gratitud, de descubrimiento y de la certeza de haber encontrado un hogar en el otro.

Cuando se separaron, sus miradas se encontraron de nuevo. El temblor en el cuerpo de Jungkook aún no había cesado, y con un suspiro que pareció liberar el último vestigio de la fuerza que le quedaba, se dejó caer suavemente sobre el pecho de Jimin, apoyando su mejilla sobre el corazón que latía con fuerza bajo su oído.

Jimin lo recibió sin dudarle, sus brazos rodearon a Jungkook, arropándolo contra su cuerpo en un abrazo protector. Incluyó la cabeza y le dio un beso suave en la frente, un gesto de un cariño profundo y casi maternal. Y mientras Jungkook se abandonaba por completo en sus brazos, sintiéndose por primera vez en su vida verdaderamente a salvo, Jimin comenzó a acariciarle suavemente el cabello, sus dedos trazando patrones en los mechones húmedos, protegiéndolo de los fantasmas de sus pasados y del futuro incierto que, ahora, estaban destinados a enfrentar juntos.



Bua, abrumador. Agobiante, como quien conoce el universo y a la vez nada, como quien tiene todo el oro del mundo pero al mismo tiempo siente un vacío inexplicable

Jajaja, bueno ya.

Luego de aquí comienza la guerra.

Espero no enredarme, pues siento que con algunos detalles, me veo en la obligación de pulir. Tengo los andamios y el esqueleto, sólo me falta la fachada.

Gracias por leer ♥

12

Jimin y Jungkook salieron por una puerta lateral, entre risas y empujones juguetones, ambos ya vestidos y rebosantes de alegría por su travesura. Habían logrado escabullirse de unos marinos que los buscaban tras colarse por zonas exclusivas, y tal vez peligrosas, del barco. Jimin, con una sonrisa pícara, tiró del brazo de Jungkook, haciendo que dieran una vuelta entre carcajadas genuinas. Terminaron frente a frente, cayendo en los brazos del otro, sus miradas entrelazadas, intentando calmar la euforia que aún vibraba entre ellos.

—¿Viste las caras de esos tipos? —preguntó Jungkook, ahogado en felicidad, inclinándose hacia Jimin—. ¿Los viste?

Jimin, con una sonrisa amplia, acercó su mano a la mejilla de Jungkook, acariciándola con suavidad. No respondió, solo dejó que un silencio cargado de emociones los envolviera, sus rostros se relajaron, pero sus corazones latían con fuerza, acompasados.

—Cuando el barco atraque... —comenzó Jimin, sin apartar la mirada de los ojos azules de Jungkook—, me iré contigo.

Jungkook lo observó un instante, alzando las cejas, sorprendido.

—Es una locura —dijo, inclinándose aún más cerca, su aliento rozando el rostro de Jimin.

Jimin soltó una risa suave, llena de ternura.

—Lo sé... no tiene sentido —respondió, mirándolo con todo el amor que llevaba dentro—. Por eso lo haré.

Sus palabras resonaron con una seguridad que hizo que el mundo a su alrededor se desvaneciera. Sin esperar más, se fundieron en un beso apasionado, sus lenguas entrelazándose, sus corazones latiendo al unísono, llenos de un amor que desbordaba todo lo demás.

Tuvieron que separarse una vez más debido a la falta de oxígeno, pero sus sonrisas eran llenas de emoción, y ganas de muchísimo más del otro.

Jungkook soltó una risita, sus ojos brillando en ocurrencias.

—Imagínalo, Jimin —comenzó en un murmullo íntimo—. Tú y yo en una casita modesta, quizás en el Lower East Side, con vistas al río, o también en Oregón es muy buen lugar para nuestros hijos, claro, sólo si tú quieres. Yo prometo trabajar en lo que sea, dibujando retratos para ganarnos el pan, y tú... lo que tú desees —dijo Jungkook, su voz llena de entusiasmo, mientras trazaba con un dedo el contorno de la mandíbula de Jimin.

Jimin sonrió, sus ojos empañados por una emoción que lo hacía sentir vivo de verdad, imaginando no solo la libertad, sino la posibilidad de un hogar donde su condición doncel pudiera florecer sin juicios, donde quizás, algún día, pudieran acoger la llegada de un hijo que sellara su unión.

—Y en las noches... —murmuró Jimin, acercándose más—. Las noches serían nuestras, Jungkook. Hablando de todo y nada, construyendo una vida que nadie nos dicte... solo nosotros, amándonos como se debe.

Jungkook asintió, besando suavemente su frente, su corazón hinchado de un amor protector que lo impulsaba a imaginar un futuro donde Jimin pudiera ser él mismo, donde su capacidad para concebir no fuera un interés superficial, sino una bendición compartida.

—Hoseok y Taehyung podrían unirse a nosotros algún día... —agregó Jungkook con una sonrisa traviesa, pensando en sus amigos—. Nueva York sería perfecta para todos, un lugar donde empezar de nuevo.

Jimin rió suavemente, asintiendo, su mente perdida en esas visiones idílicas que los unían aún más.

Se besaron de nuevo, entre risas, perdiéndose en la promesa de un futuro juntos.

Pero, de pronto, un golpe seco resonó en el aire con un gran estruendo, luego, el barco tambaleó bajo sus pies, un movimiento extraño acompañado de aquél movimiento irregular e intenso que los hizo tropezar. Jimin cayó contra los brazos de Jungkook, quien lo sostuvo con firmeza, y sorprendidos, miraron a su alrededor, el suelo quedó vibrando como si un terremoto los envolviera.

Entonces, lo vieron.

Un colosal bloque de hielo emergió junto al barco, rozando su costado con un crujido ensordecedor. Trozos enormes de hielo cayeron sobre la cubierta, y Jungkook, actuó rápido, con un grito de “¡Cuidado!”, atrajo a Jimin hacia sí, apartándolo del peligro con un movimiento protector.

Juntos, retrocedieron, observando con asombro la majestuosidad del iceberg que se alzaba ante ellos, superando incluso la grandeza del barco. Sus pechos se apretaron con una mezcla de asombro y temor.

Jungkook corrió hacia el borde de la cubierta, con Jimin siguiéndolo de cerca. Junto a unos pocos pasajeros más, se asomaron, viendo cómo el bloque de hielo raspaba todo el costado derecho del barco.

El sonido era ominoso, un presagio que helaba la sangre.

Jimin tomó la mano de Jungkook, apretándola con fuerza. Sus miradas se encontraron, y aunque no dijeron nada, el peso de lo que acababan de presenciar los unió aún más en ese instante de incertidumbre.



El murmullo de los pasajeros llenaba la cubierta, un caos de especulaciones y risas despreocupadas mientras los marinos corrían de un lado a otro. Jungkook y Jimin, tomados de la mano, subían con urgencia hacia la siguiente cubierta, sus corazones aún latiendo con la adrenalina del encuentro con el iceberg.

A mitad de camino, fragmentos de una conversación entre el capitán y los oficiales llegaron a sus oídos.

“El cuarto de calderas está inundado, un metro y medio de agua. La sala de correo está peor. Todo se está hundiendo” dijo una voz grave, cargada de desesperación.

Jungkook y Jimin se detuvieron, intercambiando una mirada de incredulidad.

Las palabras del capitán continuaban, cortantes, un “No” rotundo a la pregunta de si había solución. Los profesionales discutían con nerviosismo, y la urgencia en el aire era palpable.

—Esto está mal... —murmuró Jungkook, su rostro tenso por la preocupación.

Jimin giró hacia él, sus ojos brillando con miedo y determinación.

—Tenemos que avisarles a Jonas y a mi madre —dijo, con una disculpa implícita en su mirada.

Apretando la mano de Jungkook, lo guio hacia el salón principal de primera clase, rumbo al pasillo de los camarotes. Pero al llegar a la entrada, el guardaespaldas de Jonas los esperaba, apoyado contra el marco de la puerta.

Su expresión era una máscara de cínica calma.

—Oh, lo estuvimos buscando, señor Jimin —dijo, inclinándose levemente, su tono afilado como una navaja.

Jungkook le lanzó una mirada dura, posicionándose protectoramente al lado derecho de Jimin mientras avanzaban por el estrecho pasillo, el guardaespaldas caminaba a su izquierda, flanqueándolos, y la tensión crecía con cada paso. Jimin apretó la mano de Jungkook, ignorando al hombre, pero el ambiente se sentía como una trampa a punto de cerrarse.

Al llegar a la puerta del camarote, Jimin exhaló con fuerza.

—Aquí vamos —susurró, apretando la mano de Jungkook antes de abrir la puerta.

Dentro, Yulia los recibió con una mirada gélida, sus ojos clavados en Jungkook como si quisiera atravesarlo. Jonas, por su parte, apagó su cigarrillo en un cenicero de cristal con un movimiento deliberado, su rostro endurecido por la furia contenida, y finalmente, el guardaespaldas entró tras ellos, cerrando la puerta con un chasquido que resonó como un mal presagio.

A pesar del ambiente opresivo, Jimin y Jungkook se mantuvieron firmes, hombro con hombro.

Jimin tomó aire, su voz temblando ligeramente.

—Algo grave está pasando... —comenzó, mirando a Jonas y Yulia.

Jonas se acercó con pasos lentos, su expresión indescifrable, los oficiales presentes en la habitación se tensaron, observándolos con atención. Jonas se detuvo frente a ellos, escrutándolos con frialdad antes de hablar.

—Así es —dijo, lanzando una mirada fugaz al guardaespaldas antes de asentir para sí mismo—. Dos cosas muy valiosas me fueron arrebatadas hoy —su mirada se posó en Jimin, cargada de desprecio—. Una ya apareció —luego, giró hacia Jungkook, su tono goteando desdén—. Y quiero saber dónde está la otra.

—¡Revísenlo! —ordenó Jonas con brusquedad.

Los oficiales se abalanzaron sobre Jungkook, quien rodó los ojos, exasperado.

—¿Y ahora qué? —espetó, mirando a Jonas con furia contenida.

Jimin dio un paso hacia Jonas, confundido.

—¿Qué estás haciendo? ¡Esto es una emergencia! —exclamó, su voz llena de incredulidad.

En ese momento, uno de los oficiales sacó un objeto brillante del bolsillo del abrigo de Jungkook.

—¿Es esto lo que buscan? —preguntó, sosteniendo en alto un collar deslumbrante, el Corazón del Mar.

Jimin y Jungkook se quedaron paralizados, sus rostros reflejando pura conmoción.

—Esto es un engaño —rugió Jungkook, su voz temblando de indignación mientras miraba a Jonas—. ¡Yo no lo hice!

Jimin, atónito, lo observó, su mente un torbellino de confusión.

—No... él no lo hizo —murmuró, su voz quebrándose.

Jonas se acercó a Jimin por detrás, su tono venenoso.

—¿Seguro? Un profesional como él podría haberlo deslizado en su bolsillo mientras te distraías vistiéndote.

Jungkook lanzó una mirada fulminante a Jonas, sus puños apretados.

—¿Te crees muy listo, verdad? —gruñó, antes de volverse hacia Jimin con desesperación—. Jimin, lo pusieron en mi bolsillo. ¡Es una trampa! No les creas, por favor.

—¡Cierra la boca! —espetó el guardaespaldas, acercándose con una mirada asesina—. Ni siquiera es tu abrigo —leyó la etiqueta del saco con desdén—. Propiedad de A.L. Ryerson.

El oficial tomó el abrigo, asintiendo.

—Nos informaron que fue robado —confirmó.

—¡Lo tomé prestado! Iba a devolverlo —se defendió Jungkook, su voz cargada de urgencia mientras buscaba los ojos de Jimin, suplicante.

Jonas soltó una risa cruel.

—Oh, tenemos a un ladrón honesto —se burló.

Jimin, con lágrimas asomando en sus ojos turquesa, miró a Jungkook.

—Tú sabes que no lo hice, Jimin —insistió Jungkook, su mirada rota por el dolor.

Los oficiales lo sujetaron con fuerza, esposándolo mientras él forcejeaba violentamente, gritando con toda la furia que ardía en su pecho.

—¡Jimin! ¡No les creas! ¡Soy inocente! ¡Suéltense! —sus músculos se tensaron al máximo, pataleando y retorciéndose contra las manos que lo inmovilizaban, sus gritos resonando en la habitación como ecos de desesperación—. ¡No me toquen! ¡Jimin! ¡Esto es una mentira!

Jimin, sintiendo un destello de pragmatismo, se lanzó hacia adelante, intentando alcanzar a Jungkook.

—¡Suéltelo! ¡Él no lo hizo! ¡Jonas, detén esto ahora! —gritó, extendiendo los brazos para apartar a los oficiales, su cuerpo temblando de rabia y miedo.

Pero Jonas lo interceptó, agarrándolo por los brazos con una fuerza brutal que le clavó los dedos en la piel delicada, causándole un dolor agudo que le arrancó un gemido ahogado. Jimin se retorció, pero la presión era implacable, inmovilizándolo contra el pecho de Jonas, sus lágrimas ahora fluyendo libremente por el ardor en sus brazos magullados.

Jungkook, esposado y arrastrado hacia la puerta, rugió con impotencia al verlo.

—¡Suéltalo, bastardo! ¡No lo lastimes! ¡Jimin! —sus gritos se volvieron roncos, forcejeando con renovada violencia, pero las esposas le cortaban las muñecas, y los oficiales lo empujaban sin piedad, sus botas resonando en el suelo mientras lo sacaban a tirones.

Mientras los oficiales arrastraban a Jungkook fuera de la habitación, sus gritos ahogados por la distancia.

“¡Jimin! ¡No les creas!”.

Jimin, con el cuerpo temblando por el dolor y la confusión, sintió cómo aquellas palabras se clavaban en su alma, dejándolo débil, atrapado en una red de dudas que le robaba el aliento, sus lágrimas cayendo sin control mientras la puerta se cerraba, separándolo del hombre que amaba en medio del caos inminente del barco.



Los minutos pasaban, densos, intensos, sin darse cuenta de la verdadera magnitud de los daños y el terrible destino del Titanic, Jonas y Yulia se sentaron en la sala de estar en silencio, escuchando los fuertes golpes y las voces que parloteaban en el pasillo, mientras dejaron a Jimin caminar en silencio a su habitación, temblando, respirando frenéticamente, pero sin dejar caer una lágrima.

La mujer mayor, oyendo el desorden, pensó que serían los siguientes en recibir la visita de los mayordomos y asistentes, sin querer que la vieran con nada que no fuera su mejor vestido, se puso de pie.

—Será mejor que vaya a vestirme —anunció a Jonas, dirigiéndose hacia su suite.

Yulia salió y cuando Jonas vio que ella se había ido, cruzó hacía la habitación de Jimin, mirándolo fríamente por un momento.

El suelo tembló bajo sus pies del doncel, el aire lleno de una tensión que le oprimía el pecho.

Jonas se plantó en el marco de la puerta, bloqueándola con su presencia imponente, sus ojos calculadores evaluándolo como un depredador. Avanzó con pasos lentos, deliberados, mientras la respiración de Jimin se volvía pesada e irregular, sus ojos yendo y viniendo del hombre que se acercaba, aunque su mente, aturdida, ya comenzaba a actuar de manera automática, preocupándose solo por sí mismo en un instinto de supervivencia que eclipsaba todo lo demás.

—Mírame... —ordenó Jonas, su tono cortante como un cuchillo.

Jimin, con el ceño fruncido, alzó la mirada lentamente, sus ojos brillando con rebeldía a pesar del miedo que le recorría la piel, pero su expresión era distante, como si una parte de él se hubiera desconectado para soportar el torbellino interno. Jonas tensó la

mandíbula, y justo cuando parecía que iba a hablar, su mano voló en un movimiento rápido y brutal, propinándole una bofetada que resonó en la habitación.

El golpe hizo que Jimin soltara un gemido de dolor, su rostro girando a un lado, la mejilla ardiendo en un rojo furioso.

—¡Eres un cualquiera! —rugió Jonas con total desprecio.

Jimin, temblando, llevó una mano a su mejilla magullada, el ardor pulsando bajo sus dedos, pero su mente vagaba de nuevo al shock de las últimas horas, el iceberg, el beso con Jungkook, la traición orquestada, todo acumulándose en un peso que lo aplastaba.

Antes de que pudiera reaccionar, Jonas lo agarró por los brazos con una fuerza salvaje, sus dedos hundiéndose en la piel delicada, haciéndolo estremecerse de dolor.

—¡Quiero que me mires cuando te hablo! —gritó, sacudiéndolo con violencia, su rostro a centímetros del de Jimin, quien temblaba pero mantenía sus ojos oscuros y determinados, negándose a doblegarse, aunque internamente se sentía más frágil que nunca, su preocupación por su propia seguridad intensificándose con cada segundo.

Deseaba huir, pero no tenía a dónde, un caos se desataba en el medio de Atlántico.

De pronto, la puerta se abrió de golpe, y un mayordomo irrumpió en el camarote, sosteniendo chalecos salvavidas en las manos.

—¡Señor Pocius! —llamó con urgencia.

—¡Ahora no, estoy ocupado! —espetó Jonas, sin soltar a Jimin, sus dedos aún clavados en sus brazos.

El mayordomo, ignorando la furia de Jonas, avanzó con firmeza.

—Señor, debo insistir, pónganse los chalecos salvavidas y suban a cubierta de inmediato. Son órdenes del capitán.

Jonas soltó a Jimin con un gruñido, frotándose la frente con irritación.

—Qué ridiculez —masculló, apartándose.

El mayordomo cruzó la habitación, dejando los chalecos sobre la mesa.

—Pónganse ropa abrigada, por favor, sugiero abrigos y sombreros —indicó.

El mayordomo, observando a Jimin cabizbajo y vulnerable, se acercó suavemente con una empatía genuina que contrastaba con la frialdad de Jonas.

—No se preocupe, señorito. Seguramente sólo es una precaución —le dijo él a Jimin, su voz cálida y reconfortante, un breve oasis de humanidad en medio del caos, tocando ligeramente su hombro en un gesto de apoyo que recordaba a Jimin que no todo en ese mundo de lujo era cruel.

El doncel asintió débilmente, pero aún el dolor en su mejilla y la humillación ardían tanto como el miedo que comenzaba a crecer en su pecho, su mente atrapada en un ciclo. Afuera, los gritos de los pasajeros y las órdenes apresuradas resonaban en el caos.

En el salón principal de primera clase, la escena era un torbellino de falsa calma. Los músicos tocaban melodías suaves, el humo de los cigarrillos y el aroma del coñac llenando el aire, mientras pasajeros de todas las edades y géneros se mezclaban, intentando mantener la compostura.

Jimin, con un abrigo pesado sobre los hombros, caminaba junto a Jonas y Yulia, sus pasos mecánicos, su mente vagando una y otra vez por el shock acumulado.

Jonas maldecía entre dientes, despotricando contra los ingleses y el océano mismo por el desastre que los rodeaba, calificándolo de un espectáculo absurdo.

Yulia, con su porte altivo, lo reprendió con elegancia.

—Modera tu lenguaje, Jonas —dijo, mientras sus sirvientas le ajustaban los guantes—. Vayan a encender la estufa en mi camarote. Quiero té cuando regrese —ordenó a las mujeres, quienes asintieron con un “*Sí, madame*” antes de retirarse.

Entre la muchedumbre, Jimin divisó una figura familiar cruzando el salón con pasos silenciosos, casi fantasmales.

Era Thomas Andrews.

Un destello de determinación cruzó por su mente, incentivándolo a tomar la primer acción, y sin dudarlo, se acercó, tocando suavemente el hombro del hombre, su acción impulsada por un último hilo de curiosidad en medio de su preocupación.

—Señor Andrews... —llamó, su voz temblando de urgencia—. Vi el iceberg... dígame qué está pasando —sus ojos buscaron los del arquitecto, suplicantes—. Lo veo en su rostro. Por favor, dígame la verdad.

Andrews, incapaz de disimular su angustia, lo apartó suavemente a un lado, lejos de oídos curiosos. Su voz fue un susurro grave, cargado de fatalidad.

—El barco se hundirá —confesó.

Jimin sintió que el aire se le escapaba, esa revelación intensificando el shock que ya lo consumía, haciendo que su mente se cerrara aún más en sí misma, su fragilidad como doncel amplificando el terror por su propia vida. Jonas, a su lado, frunció el ceño, incrédulo.

—¿Habla en serio? —preguntó Jimin, su voz apenas un hilo.

Andrews asintió, su expresión sombría.

—En una hora, quizás un poco más, esto se irá al fondo del Atlántico. Sólo no dejen que se desate el pánico —hizo una pausa, su mirada fija en Jimin—. Vaya a un bote ahora, no lo dude. Y recuerde lo que hablamos sobre los botes.

Jimin, con el corazón desbocado, llevó una mano a su boca, conteniendo un sollozo, su preocupación ahora absoluta, el peso de las palabras de Andrews clavándose como una daga final en el caos de su mente.

Jonas a su lado, aún procesando las palabras, permanecía en silencio, su confusión palpable.

Andrews se alejó, dejando a Jimin sumido en un torbellino de terror, su mente atrapada entre el destino del barco y el peso de la violencia de Jonas, mientras el caos a su

alrededor crecía como una ola imparable.



Jungkook, con las muñecas aún doloridas por el forcejeo, fue arrastrado por los oficiales hasta la oficina del Maestro de Armas, donde lo empujaron contra una tubería de metal.

—Dame tus manos —ordenó el oficial jefe, su tono firme mientras ajustaba las esposas alrededor de las muñecas de Jungkook, encadenándolo al tubo con un chasquido que resonó en la habitación.

Jungkook apretó los dientes, su pecho subiendo y bajando con furia contenida, sus ojos azules brillando con una mezcla de indignación y desesperación. El guardaespaldas de Jonas entró por detrás, su rostro en una máscara de seriedad gélida, sus pasos lentos y deliberados, llenos una amenaza silenciosa.

De pronto, otro oficial irrumpió en la oficina, su respiración agitada.

—¡Señor! Lo necesitan en segunda clase — exclamó, dirigiéndose al jefe—. Hay un tumulto.

El oficial jefe giró hacia el recién llegado, frunciendo el ceño.

—¿Un tumulto? —preguntó con fastidio.

El oficial asintió, inclinando la cabeza con una expresión de apuro.

—Es un caos, señor. Debe ir ahora.

El guardaespaldas de Jonas dio un paso adelante, su mirada fija en Jungkook como si fuera un trofeo capturado.

—Vayan, yo lo vigilaré —dijo con una calma escalofriante, sacando una pistola de su chaqueta y sosteniéndola con una mano firme, el metal brillando bajo la luz tenue.

El oficial jefe lo observó por un momento, luego miró a Jungkook, que seguía inmóvil, sus puños apretados contra las esposas.

—Claro... de acuerdo —respondió el oficial, ajustando una última vez las esposas antes de entregarle la llave al guardaespaldas, y luego, salió corriendo junto al otro oficial, dejando la habitación sumida en un silencio opresivo.

Jungkook, encadenado, clavó su mirada en el guardaespaldas, su respiración pesada. El hombre avanzó lentamente, cada paso siendo un pulso de su control, y se sentó en una silla al otro lado de la habitación, la pistola descansando sobre su rodilla, sus ojos fijos en Jungkook con una intensidad que prometía problemas.

—¿Crees que puedes salir de esta, verdad? —dijo el guardaespaldas, rompiendo el silencio, su tono burlón pero cargado de desprecio—. Pobrecito, creíste que podías llevarte algo que no te pertenece.

Jungkook apretó la mandíbula, sus músculos tensándose contra las esposas, el metal cortándole la piel, pero definitivamente no tenía intenciones de intercambiar palabras con aquél monstruo que lo siguió desde el primer momento que tuvo interacción con Jimin, como si este fuera un objeto de pertenencia, como si no pudiera decidir por su propio futuro.



13

Los botes salvavidas estaban listos, alineados en la cubierta mientras el caos comenzaba a gestarse entre la muchedumbre. Jimin, con la mente en blanco, esperaba su turno junto a Jonas y Yulia, su corazón latiendo con un vacío que lo consumía.

Un capitán alzó la voz, esforzándose por mantener la calma mientras gritaba por encima del murmullo creciente.

—¡Solo mujeres, donceles y niños a los botes por ahora! ¡Mantengan el orden, por favor!

La orquesta comenzó a tocar una melodía animada, una danza de bodas que llenaba el aire frío, un intento débil y frágil de calmar los ánimos. Los primeros pasajeros subían a los botes, algunos con pasos vacilantes, otros empujados por las órdenes apresuradas de los oficiales, los botes descendían lentamente hacia el agua, mientras los gritos de desesperación rompían la fachada de calma.

Jimin sintió la mano de Jonas apretar su brazo, un recordatorio de su control, con el pecho apretado entre miedo y vacío, sus ojos fijos en el horizonte oscuro.

De pronto, un estallido iluminó el cielo. La primera bengala se alzó, explotando en un destello blanco que bañó la cubierta en una luz fantasmal, iluminando el rostro de Jimin entre la multitud, sus ojos brillando con lágrimas contenidas.



Jungkook, encadenado a la tubería, se inclinó hacia el ojo de buey, su respiración entrecortada al ver el agua negra ascendiendo con una rapidez aterradora, lamiendo el cristal como una amenaza viva, la adrenalina corría por sus venas, sus nervios al límite, mientras su corazón latía con una furia que apenas podía contener, y la realidad de que el barco se hundía, lo llevó a bajar sus hombros, pensando en dos posibles destinos, y esos eran morir con una bala en el cuerpo, o certeramente, congelado.

Giró la cabeza, agotado, hacia el guardaespaldas que jugaba con la bala sobre la mesa, dejándola caer sobre su mano una y otra vez con la inclinación del barco.

Bajo la mirada ardiente de Jungkook, el hombre levantó la bala, observándola con una sonrisa altiva, antes de colocarla en su pistola con un movimiento lento y deliberado.

—Sabes... —comenzó el guardaespaldas, rompiendo el silencio con un tono gélido—, este barco definitivamente va a hundirse.

Se puso de pie, su figura imponente llenando el espacio, mientras Jungkook lo observaba, manteniendo la postura y la calma a pesar del latido ensordecedor de su corazón. El hombre dio un paso hacia él, su sonrisa torciéndose en algo más oscuro.

—Se me ha pedido que te diera un pequeño recuerdo de nuestro aprecio —dijo, y sin previo aviso, lanzó un puñetazo brutal al abdomen de Jungkook.

El impacto arrancó el aire de sus pulmones, haciéndolo doblarse hacia adelante, el dolor explotando en su cuerpo como un relámpago, apretó los dientes, conteniendo el jadeo que pugnaba por escapar, negándose a mostrar debilidad ante el hombre. Sus músculos se

tensaron contra las esposas, el metal cortándole las muñecas mientras luchaba por recuperar el aliento.

—Cortesía del señor Pocius —añadió el guardaespaldas con una calma venenosa, girándose hacia la mesa para tomar la llave de las esposas.

La guardó en el bolsillo de su chaqueta con un movimiento despreocupado, lanzando una última mirada de desprecio a Jungkook, quien respiraba entrecortadamente, el dolor aún pulsando en su abdomen. Sin otra palabra, el guardaespaldas abandonó el almacén, dejando a Jungkook solo, encadenado, con el sonido del agua rugiendo cada vez más cerca y el peso de su impotencia aplastándolo contra la fría tubería.



La calma en la cubierta se tambaleaba, a punto de colapsar bajo el peso del pánico creciente. La señora Brown se esforzaba por ayudar a los pasajeros a abordarlos, sin preocupación por ser la última en subir.

—¿Hay lugar para caballeros? —preguntó Jonas con una sonrisa falsa, su tono empalagoso ocultando su frustración.

El oficial al mando lo miró con firmeza.

—Solo mujeres, donceles y niños por ahora —respondió, alzando la voz para hacerse oír sobre el caos.

La orquesta seguía su melodía, los gritos de desesperación crecían, rompiendo la frágil compostura.

Jimin, atrapado en una burbuja de vacío, observaba el desastre con ojos nublados, su mente consumida, su delicada naturaleza de doncel intensificando su sensación de vulnerabilidad y desespero por encontrar seguridad en su supervivencia. Sin embargo, mientras los gritos llenaban el aire, comenzó a pensar en las almas inocentes a su alrededor, hombres, mujeres, y pequeños niños, todos enfrentando un destino cruel. Y entonces, su mente se aferró a Jungkook, encerrado en algún lugar del barco, encadenado y condenado a morir de las peores maneras.

La idea de subir a un bote y dejarlo atrás le desgarró el alma, un dolor tan agudo que lo sacó de su letargo, su silencio, y su aparente calma y shock.

Tras ese pequeño despertar, la oyó. Yulia, con su altivez intacta, alzando la voz.

—¿Subirán a los botes según las clases? —preguntó, su tono goteando arrogancia. Sin esperar respuesta, giró hacia Jimin y Jonas con una sonrisa egoísta—. Espero que no vayan muy llenos.

Jimin la miró como si fuera un monstruo, sus ojos entornados con incredulidad y desprecio.

—¿Madre? —comenzó, su tono cargado de indignación—. ¡Cállate!

Yulia giró hacia él, sus ojos abiertos de par en par, atónita. Jimin la tomó por el hombro, acercándola con un movimiento brusco, su rostro a centímetros del de ella.

—¿Es que no lo entiendes? —gritó, desesperado—. ¡El agua está helada y no hay botes suficientes! ¡Ni para la mitad! —miró alrededor, el caos reflejado en sus ojos, antes de volver a ella—. La mitad de las personas aquí morirán.

Jonas se acercó, su expresión fría.

—No morirá la mejor mitad —dijo, con un dejo de burla.

Jimin giró hacia él, su furia contenida, sus manos temblando. Antes de que pudiera decir algo, Molly, ya en el bote, lo llamó.

—¡Jimin, sube! Los asientos de primera clase están aquí —dijo, con tono suave pero urgente, incluyendo a Yulia con un gesto.

Jonas se inclinó hacia Jimin, su sonrisa burlona cortando como una navaja.

—Ojalá hubieras guardado ese estúpido dibujo —murmuró—. Mañana valdrá mucho más.

Una nueva bengala estalló en el cielo, iluminando el rostro de Jimin, sus ojos brillando con lágrimas. La mención del dibujo, un eco de Jungkook, intensificó el dolor en su pecho, la certeza de que no podía abandonarlo.

—Eres un maldito bastardo... —masculló, mirando a Jonas con asco.

—¡Jimin, vamos! Hay lugar para ti —insistió Molly desde el bote, extendiendo su mano.

—¡Sube al bote, Jimin! —gritó Yulia, su mano también extendida, su mirada casi amenazante.

—¡Sube, Jimin! Maldita sea —añadió Jonas, su tono autoritario, alcanzando hacia él.

Jimin retrocedió, su respiración agitada, el pánico y la determinación chocando en su interior. Las figuras de Jonas y Yulia se volvían borrosas ante sus ojos, las lágrimas desbordándose.

—No... no voy, madre —dijo, negando con la cabeza, su voz temblando pero decidida.

La idea de Jungkook atrapado, enfrentando una muerte solitaria, lo impulsó a actuar. Sin dudar, giró sobre sus talones y comenzó a correr, ignorando los gritos de Yulia.

Jonas corrió tras él, atrapándolo por el brazo con una fuerza brutal que lo hizo girar contra su voluntad.

—¿A dónde carajos crees que vas? —gruñó Jonas, su rostro desquiciado por la rabia—. ¿¡Con él!? ¿¡Para ser la perra de un imbécil!?

Jimin lo miró, su pecho subiendo y bajando con furia.

—Prefiero ser su perra antes que tu esposo —espetó, sus palabras cortantes como un filo.

Jonas tensó la mandíbula, su agarre apretándose hasta causar un dolor agudo. Jimin forcejeó, intentando liberarse.

—¡No! —gritó Jonas, sacudiéndolo con violencia—. ¡Te dije que no!

Jimin, con un impulso de rabia, ya harto de ceder a la violencia de Jonas, carraspeó y escupió directamente en su rostro. El hombre lo soltó, perplejo, limpiándose con una mano mientras Jimin aprovechaba para correr, sus pasos resonando en la cubierta, impulsado por la necesidad de encontrar a Jungkook, ignorando los gritos desesperados de Yulia que lo llamaban por su nombre.



14

En las entrañas del barco, aún atrapado en la oficina, Jungkook tiraba con todas sus fuerzas de la tubería a la que estaba esposado, los músculos de sus brazos tensándose hasta el límite, el metal no cedía, y un gorgoteo siniestro llenó el aire. El agua irrumpió por debajo de la puerta, un torrente helado que se extendía rápidamente por el suelo, lamiendo sus botas.

—¡Maldita sea! —gritó Jungkook, trepando a una mesa con un movimiento ágil, el pánico burbujeante en su pecho.

Tiró de las esposas con furia, intentando liberar al menos una mano, el metal cortándole la piel hasta dejarla en carne viva, la sangre mezclándose con el sudor. Cada tirón era inútil, pero no se detenía, su respiración entrecortada por el esfuerzo y el miedo.

—¡¡Auxilio!! ¡¡Alguien, por favor!! ¡¿Hay alguien ahí?! —bramó, su garganta ardiendo por la fuerza de sus gritos.

En el pasillo inundado, sus alaridos resonaban débilmente contra las paredes, ahogados por el rugido del agua que seguía avanzando. No había nadie para escuchar, solo el eco de su desesperación rebotando en la soledad del compartimento, mientras el nivel del agua subía, helada y despiadada, acercándose a la mesa donde Jungkook luchaba por su vida.



En las cubiertas superiores, los pasillos de primera clase eran un torbellino de caos en movimiento. Thomas Andrews abría y cerraba puertas de camarotes con urgencia, asegurándose de que nadie quedara atrás.

—¡¿Hay alguien aquí?! —gritaba antes de pasar al siguiente.

Jimin, sin aliento, corrió hacia él, su corazón latiendo con desesperación.

—¡Señor Andrews, gracias a Dios! ¿A dónde llevaría el jefe oficial a alguien arrestado? —preguntó, su voz temblando por la urgencia.

Andrews lo miró con incredulidad.

—¿Qué? ¡Tienes que ir a un bote ahora mismo!

—¡No! —negó Jimin, sacudiendo la cabeza, su determinación inquebrantable—. Lo haré con o sin su ayuda, pero sin ella tardaré más.

Andrews suspiró, rindiéndose ante la resolución en los ojos claros de Jimin.

—Toma el ascensor hasta el fondo. Gira a la izquierda por el pasillo de la tripulación, luego a la derecha.

—Fondo, izquierda, derecha —repitió Jimin, grabándolo en su mente—. Entendido.

—Date prisa, Jimin —urgió Andrews, antes de continuar con sus rondas, abriendo otra puerta con premura.

Jimin corrió entre los pasajeros que aún pugnaban por llegar a la cubierta de botes, esquivándolos con agilidad hasta alcanzar al último ascensorista, que ya cerraba la reja para marcharse.

—¡Por favor, quiero bajar! —exclamó, intentando ingresar.

Pero el hombre lo frenó de inmediato.

—Lo siento, señor, los ascensores están cerrados —le respondió, impaciente.

Jimin lo observó un segundo, e impulsado por puro instinto, frunció su ceño y lo agarró por el cuello de su camisa en un puño y lo empujó dentro del ascensor.

—¡Ya me cansé de ser educado, maldita sea! —espetó en un gruñido intento, su tono cortante—. ¡Lléveme a la cubierta D, ahora!

El ascensorista, desconcertado, cerró la reja con torpeza y puso el ascensor en marcha. A través de la puerta de hierro forjado, Jimin veía pasar las cubiertas, su corazón latiendo con fuerza.

El ascensor se detuvo con un chirrido, y de pronto, agua helada irrumpió, arremolinándose alrededor de sus piernas, un frío punzante que le cortó la respiración.

Jimin y el ascensorista gritaron al unísono, el agua de treinta centímetros de profundidad golpeándolos con un susto visceral. Jimin forcejeó con la reja, abriéndola a la fuerza, y salió chapoteando, el agua helada empapando su ropa.

—¡Y-yo vuelvo a subir! —balbuceó el ascensorista, aterrorizado, accionando el mecanismo para regresar a primera clase, dejando a Jimin solo, el agua cayendo a cascada por el ascensor subiendo.

En el pasillo inundado, Jimin miró a su alrededor, el frío calándole los huesos.

—Izquierda, pasillo de la tripulación —murmuró, divisando el corredor desierto mientras avanzaba con dificultad, el agua resistiendo cada paso.

Solo, pero con una determinación feroz, se enfocó en su misión, encontrar inmediatamente a Jungkook.

—Derecha, derecha... derecha —repetía como un mantra, chapoteando hasta llegar a un corredor transversal con puertas a ambos lados.

—¿Jungkook? —llamó, su voz quebrándose por la desesperación—. ¿Jungkook?!



En la oficina del Maestro de Armas, Jungkook tiraba con furia de la tubería, sus músculos tensándose hasta el límite, el rostro enrojecido por el esfuerzo, las esposas cortando su piel, pero no cedían. Exhausto y respirando agitado, se sintió vencido, y se dejó caer sobre el banco empapado, el agua helada ya lamiendo sus piernas.

—¿Jungkook? —una voz familiar cortó el aire—. ¿Jungkook?!

Por un instante, dudó si era real o una alucinación cruel.

—¡Jimin! —gritó, su corazón saltando con esperanza—. ¡Estoy aquí dentro!

En el pasillo inundado, Jimin escuchó el eco de su voz. Giró sobre sus talones, corriendo hacia la puerta de la oficina, empujándola con fuerza y creando una ola que salpicó a su alrededor.

—¡Jungkook! Jungkook, Jungkook —exclamó, chapoteando hacia él, sus ojos turquesa brillando con alivio y culpa—. ¡Lo siento!, lo siento tanto...

Jimin lo envolvió en un abrazo desesperado, sus brazos rodeándolo lo mejor que podían con las esposas sujetándolo a la tubería. Lo besó con euforia en los labios, un beso profundo y urgente, como si temiera que fuera el último, sus labios temblando contra los de Jungkook.

—¡Ese tipo, me metió el collar en el bolsillo! —explicó Jungkook, su tono cargado de indignación.

—Lo sé, lo sé siempre lo supe —respondió Jimin, sus ojos brillando con certeza—. Por eso intenté detenerlos cuando te llevaban, grité, forcejeé... pero Jonas... —su voz se quebró, el recuerdo de la violencia apretándole el pecho.

Jungkook frunció el ceño, su mirada recorriendo el rostro de Jimin.

—¿Estás bien? —preguntó, su tono lleno de preocupación, tirando inútilmente de las esposas—. Ese bastardo... ¿te lastimó? Tus brazos... —sus ojos bajaron, buscando los moretones que sospechaba bajo las mangas de Jimin.

Jimin negó con la cabeza.

—Estoy bien —mintió, forzando una sonrisa débil antes de besarlo de nuevo, aferrándose a él—. Tenemos que sacarte de aquí, pero ya.

Jungkook lo observó un momento, aún preocupado por lo que pudo pasar Jimin antes de llegar allí. Pero con la determinación en su mirada, asintió para sí mismo, y señaló con la cabeza los cajones en la esquina.

—Busca una llave, por favor. Prueba esos cajones, una pequeña de latón.

Jimin lo besó una vez más, apretándolo con fuerza antes de correr al escritorio, rebuscando con frenesí.

—¡No hay ninguna llave, Jungkook! —exclamó, frustrado, deteniéndose con la respiración agitada por el frío y el esfuerzo.

El agua, ahora de casi sesenta centímetros, les rodeaba, helada y amenazante. Jungkook miró a Jimin, su rostro serio.

—Tienes que buscar ayuda —dijo, firme pero urgente.

Jimin asintió, acercándose para darle otro beso profundo, sus labios aferrándose a los de Jungkook como si fuera lo último que haría.

—Volveré enseguida —prometió, mirándolo una última vez desde la puerta antes de salir chapoteando.

—¡Aquí te espero! —gritó Jungkook, su voz resonando en el vacío mientras el agua seguía subiendo.

Jimin corrió por el pasillo inundado hasta una escalera que subía a la siguiente cubierta. Los escalones resbaladizos dejaban un rastro de agua tras él, y una vez en la cubierta superior, ante un largo pasillo de tercera clase que se extendía ante él, un laberinto de corredores en la proa. Un gemido metálico reverberó, el barco crujiendo bajo el peso de su destino.

—¿Hola? ¿¿Alguien?! —llamó Jimin, doblando una esquina, su corazón latiendo con desesperación.

El pasillo descendía hacia el agua, su brillo reflejando la luz como un presagio mortal. Un hombre pasó corriendo a su lado, salpicando agua, sus ojos enloquecidos por el instinto de supervivencia.

—¡Oh, usted! ¡Ayúdeme! ¡Necesitamos ayuda! —gritó Jimin, extendiendo una mano.

El hombre no se detuvo, desapareciendo en una esquina del laberinto. Jimin lo observó doblar en una esquina, y exhaló duramente, frustrado, se apoyó contra la pared, cerrando los ojos un momento, el peso de la situación aplastándolo. Los ruidos del barco, un coro de crujidos aterradores, resonaban a su alrededor, de pronto, las luces parpadearon y se apagaron, sumiéndolo en una oscuridad absoluta.

Su respiración se aceleró, el pánico amenazando con consumirlo.

—No... ¡no ahora! —susurró, su cuerpo temblando mientras observaba alrededor.

Milagrosamente, las luces volvieron a encenderse, y Jimin exhaló, agradeciendo en silencio. Entonces, un camarero dobló la esquina, cargado de chalecos salvavidas, al verlo, frunció el ceño y lo agarró con fuerza del brazo, arrastrándolo como si fuera un niño perdido.

—¡Vamos, señor, a la cubierta superior! —ordenó el camarero.

—¡Espere, necesito ayuda! —protestó Jimin, forcejeando—. ¡Hay alguien atrapado!

—No hay por qué entrar en pánico —insistió el camarero, ignorándolo—. ¡Vamos!

—¡No, suélteme! —gritó Jimin, su desesperación explotando—. ¡Va en la dirección equivocada!

El camarero no cedía, apretando su brazo con más fuerza y balbuceando palabras mientras temblaba.

—¡ESCÚCHAME! —rugió Jimin, liberando un puñetazo directo a la nariz del hombre.

El camarero lo soltó, tambaleándose, sujetándose la nariz ensangrentada, luego, éste observó la palma de su mano, para luego ver a Jimin con una expresión indescifrable.

—¡Váyase al infierno! —espetó el camarero, tambaleándose mientras volvía sujetarse la nariz ensangrentada, huyendo de allí.

Jimin exhaló, su corazón latiendo como tambor, con urgencia mientras el hombre desaparecía en una esquina. Y sólo de nuevo, luchó contra la desesperanza que amenazaba con paralizarlo.

Girándose, divisó una vitrina con un hacha de incendios. Sin dudar, rompió el cristal con una manguera cercana, el estruendo resonando en el pasillo, agarró el hacha y corrió de vuelta, el peso del arma dándole una chispa de esperanza.



En la oficina, Jungkook, subido en el banco para escapar del agua que subía implacable, se aferraba a la tubería, el frío le calaba los huesos, y el pánico crecía en su pecho.

De pronto, Jimin irrumpió chapoteando, sosteniendo el hacha sobre su cabeza, el agua helada arremolinándose a su alrededor.

—¡Jungkook! ¿Funcionará esto? —preguntó Jimin, su tono temblando por el miedo y la determinación.

Jungkook tragó saliva, su mirada fija en el hacha, un destello de duda ante tal cosa, pero en momentos como ese, todo servía.

—Vamos a averiguarlo —asintió.

Colocó la cadena de las esposas sobre la tubería, tensándola, sus muñecas expuestas a ambos lados. Un escalofrío lo recorrió al imaginar el hacha fallando, cortándole la carne, pero el agua que subía, helada y mortal, era una amenaza igual de grave, no quería aumentar el miedo de Jimin, que ya temblaba con el arma en las manos.

Jimin levantó el hacha, pero Jungkook lo detuvo.

—¡E-espera! —exclamó, haciendo que Jimin baje el hacha de forma inmediata, observándolo con atención—. Prueba un par de golpes primero —sugirió, exhalando un suspiro silencioso de alivio.

Jimin asintió, girándose hacia un armario de madera que flotaba cerca, con fuerza levantó los brazos, y blandió el hacha, cerrando los ojos para dejarla caer, clavándola con un golpe seco.

Jungkook asintió.

—Ahora intenta el mismo lugar —indicó, apuntando apenas con un temblor de sus manos esposadas.

Jimin volvió a golpear, pero la hoja se hundió a diez centímetros de la marca. Jungkook apretó los dientes, ocultando su nerviosismo.

—Está bien, suficiente práctica —asintió, forzando una calma que no sentía.

Jimin se acercó y levantó el hacha de nuevo, sus manos temblando mientras apuntaba a la cadena de pocos centímetros de ancho, el agua helada lamiendo sus piernas. Jungkook hizo una mueca, preparándose para el impacto, sus muñecas peligrosamente cerca de la hoja.

—Puedes hacerlo, Jimin —lo animó, su tono firme a pesar del miedo—. Golpea con todo lo que tienes, confío en ti.

Jungkook cerró los ojos, su corazón latiendo desbocado. Jimin, con el rostro tenso, también cerró los suyos, canalizando toda su fuerza.

El hacha descendió con un sonido metálico y ensordecedor, golpeando la tubería y la cadena.

Jimin abrió los ojos, temiendo lo peor, pero vio a Jungkook sonriendo, las esposas rotas colgando de sus muñecas. Gritaron de alegría, lanzándose al abrazo del otro, sus labios chocando en un beso desesperado, lleno de alivio y amor.

Jimin ayudó a Jungkook a bajar del banco, el agua helada golpeando sus cuerpos como un mazazo.

—¡Maldita sea! —jadeó Jungkook, el frío cortándole la respiración—. ¡Está helada!

Chapotearon hacia el pasillo, Jimin dirigiéndose a las escaleras, pero Jungkook lo detuvo, señalando la abertura casi sumergida, con solo treinta centímetros visibles.

—Demasiado profundo —dijo, su tono urgente—. Tenemos que encontrar otra salida.



15

La puerta de madera crujió y se astilló bajo el impacto del hombro de Jungkook, abriéndose con un estruendo que resonó en el pasillo. Jungkook y Jimin irrumpieron tambaleándose, el agua chorreando de sus ropas empapadas.

Un camarero, que guiaba a un grupo de pasajeros con gestos apresurados, se acercó con el rostro encendido de furia, su chaleco impecable contrastando con el caos.

—¡Eh, usted! ¡Tendrá que pagar por eso, ¿sabe?! —gritó el camarero, señalando a Jungkook con un dedo acusador—. ¡Es propiedad de la White Star Line!

—¡CÁLLATE! —rugieron Jungkook y Jimin al unísono, sus voces cortando el aire mientras pasaban a toda prisa, dejando al camarero boquiabierto, con la mano aún alzada en un gesto inútil.

Se mezclaron con la muchedumbre de tercera clase que avanzaba hacia popa, un río humano de familias cargadas con maletas raídas y niños aferrados a las faldas de sus madres. Los rostros, pálidos y desencajados, reflejaban el miedo mudo que pesaba más que las palabras, una mujer irlandesa, con el cabello desordenado escapando de su pañuelo, notó los temblores de Jimin.

—Toma, pequeño, te vas a congelar —dijo la mujer, envolviendo los hombros de Jimin con la manta, un gesto de humanidad en medio del caos.

El marido de la mujer, un hombre robusto con una petaca en la mano, le ofreció un trago de licor.

—Un poco de coraje, muchacho —dijo el hombre, extendiendo la petaca con una sonrisa tensa.

Jimin tomó un buen trago, el líquido quemando su garganta pero calentando su pecho, y se la pasó a Jungkook, quien asintió agradecido antes de tomar un sorbo, el calor del licor dándole un respiro momentáneo del frío que entumecía sus piernas.

—Gracias —dijo Jungkook, devolviendo la petaca con una inclinación de cabeza con gratitud genuina mientras apretaba la mano de Jimin bajo la manta.

Luego de agradecer a la pareja irlandesa con el gesto rápido, Jungkook probó varias puertas y rejas de hierro a lo largo del pasillo, sus manos resbalando en los pomos fríos y húmedos, encontrándolas todas cerradas con llave, cada intento fallido aumentando la urgencia en su pecho.

Entre la marea de cuerpos y el eco de pasos desordenados, Jungkook divisó a Taehyung y Hoseok en medio del gentío, de pie, hombro con hombro, sus manos entrelazadas con una fuerza que parecía desafiar el pánico a su alrededor. Los dedos de Taehyung apretaban los de Hoseok con tanta intensidad que los nudillos se veían blanquecinos.

—¡Taehyung! ¡Hoseok! —gritó Jungkook, abriéndose paso con Jimin pegado a su lado.

Taehyung giró la cabeza, y al verlos, una chispa de alivio iluminó sus ojos.

—¡Hermano! —exclamó, soltando la mano de Hoseok para correr hacia Jungkook. Se fundieron en un abrazo breve pero feroz, sus brazos apretándose como si temieran que el

otro pudiera desvanecerse. Hoseok los alcanzó un segundo después, su expresión tensa pero suavizada por una sonrisa fugaz.

—¡Los botes se están yendo! —dijo Taehyung, su voz quebrándose por la urgencia—. ¡No queda nada aquí abajo!

Jungkook asintió, su mandíbula tensa mientras miraba a Hoseok.

—¿Dónde están las escaleras? —preguntó, su tono firme a pesar del temblor en sus manos.

Hoseok señaló hacia una escalera angosta, bloqueada por una reja de acero entreabierta apenas unos centímetros, un hueco cruelmente estrecho.

—Allí —dijo, su dedo temblando ligeramente.

Algunas mujeres, con los rostros desencajados, se deslizaban por el hueco, sus faldas rasgándose contra el metal. Pero los camareros, con los uniformes arrugados por el forcejeo, gritaban órdenes con voces roncas, cerrando las rejas con más fuerza.

—¡Solo mujeres! ¡Hombres, atrás! —vociferaban, sus palabras apenas inteligibles en el caos.

Hombres desesperados, algunos sin entender el idioma, empujaban contra la reja, sus manos resbalando por el metal frío. Los camareros los repelían con golpes secos, sus porras resonando contra los brazos y hombros de los que insistían, devolviéndolos al pasillo con una violencia que hacía retroceder incluso a los más valientes.

—¡Atrás! ¡Atrás todos! —ordenó un camarero, mientras otro blandía un revólver y un tercero sostenía un hacha de incendios. Cerraron la reja con llave, desatando un clamor de protestas, la multitud golpeando el acero, gritando en varios idiomas.

—¡Por Dios, hay niños aquí! —suplicó Hoseok, su rostro crispado por la rabia—. ¡Déjenos subir, denos una chance!

Los camareros, visiblemente nerviosos, no cedían, el pánico apoderándose de ellos. Hoseok, furioso, se abrió paso entre la multitud, bajando las escaleras para reunirse con Jungkook, Jimin y Taehyung.

—¡Por ahí no hay nada que hacer! —gritó Hoseok, su frustración palpable.

Jungkook se encogió de hombros, su mente acelerada.

—¡Pues hay que hacer algo rápido!

Taehyung asintió, apretando la mano de Hoseok con urgencia.

—Vamos, tenemos que encontrar los botes —dijo, mirándolo con una mezcla de amor y desesperación.

Hoseok asintió, pero sus ojos reflejaban la misma determinación que los de Taehyung, no había tiempo para discutir. Jungkook tomó la mano de Jimin con fuerza, guiándolos entre la multitud confundida.

Pasaron junto a una madre cambiando a su bebé sobre un baúl volcado, junto a una mujer discutiendo acaloradamente en un idioma desconocido con un niño llorando a su lado, junto a un hombre consolando a una mujer que sollozaba en el suelo, y junto a otro

intentando descifrar señales con un diccionario inglés/árabe, su familia esperando pacientemente.

Los cuatro irrumpieron en una estrecha escalera, sus pasos resonando mientras subían dos cubiertas a toda prisa. Al llegar, se toparon con una muchedumbre apiñada contra una reja de acero, sus gritos desesperados chocando contra las órdenes de un camarero visiblemente superado, con el rostro pálido y los ojos desencajados.

—¡A la escalera principal, allí se soluciona todo! —repetía el hombre, su voz quebrándose mientras ignoraba las súplicas y los puños que golpeaban los barrotes.

Jungkook, con la mandíbula apretada y los ojos encendidos de furia, perdió la paciencia.

—¡Maldita sea, hijo de puta! —rugió, lanzándose contra la reja. Sus manos se cerraron con fuerza alrededor de los barrotes, sacudiéndolos con tal violencia que el metal vibró con sonidos reverberando en el estrecho descansillo.

Sus ojos se encontraron con los de Hoseok y Taehyung, una chispa de entendimiento cruzando entre ellos. Jungkook señaló con un gesto rápido un banco de madera atornillado al suelo del descansillo.

—¡Eso! —dijo, su voz cortante pero cargada de determinación.

Hoseok y Taehyung asintieron al instante, moviéndose en sincronía. Los tres se agacharon, sus manos tirando de la base del banco con una fuerza nacida de la desesperación. Los pernos crujieron, resistiendo un instante antes de ceder con un chasquido seco que resonó como un disparo, el banco se desprendió, pesado y torpe en sus manos.

—¡Apártense! —gritó Jimin, abriéndose paso entre la multitud con los brazos extendidos, su voz firme pero temblorosa mientras despejaba la escalera. Sus ojos brillaban con miedo y resolución, captando las miradas de agradecimiento de los pasajeros que retrocedían.

Jungkook, Hoseok y Taehyung subieron los últimos peldaños con el banco en alto, sus músculos tensándose bajo el peso. Con un grito colectivo, estrellaron el banco contra la reja, el impacto retumbando como un trueno, el acero se dobló con un chirrido, saliéndose de su riel y cayendo hacia afuera con un estruendo que hizo retroceder a la multitud. La reja apenas rozó al camarero, quien tropezó hacia atrás, pálido y aturdido.

Jungkook no dudó, liderando a la muchedumbre a través del hueco abierto.

Taehyung, con el rostro endurecido, se giró hacia el camarero, que aún intentaba balbucear órdenes. Sin mediar palabra, lanzó un puñetazo rápido y preciso, conectando con la mandíbula del hombre. El camarero se desplomó, inconsciente, su cuerpo deslizándose contra la pared mientras la multitud avanzaba, pasando sobre él sin mirar atrás.



16

Jungkook, Jimin, Taehyung y Hoseok irrumpieron en la cubierta de botes desde la escalera de la tripulación, justo a popa de la tercera chimenea. Sus corazones se hundieron al ver los pescantes vacíos, el aire frío cortándoles la piel empapada.

—¡Ya no hay botes! —exclamó Jimin, su voz temblando de desesperación, sus ojos escudriñando la cubierta en busca de esperanza.

Jungkook apretó su mano, su mirada decidida a pesar del caos. De pronto, divisaron al Coronel Gracie acercándose con paso enérgico, escoltando a un grupo de pasajeros.

—¡Coronel! —llamó Jimin, corriendo hacia él—. ¿Queda algún bote?

Gracie los miró, notando su estado desaliñado.

—Todavía hay un par en la proa —respondió—. ¡Por aquí, los guiaré!

Sin esperar, Jungkook tomó la mano de Jimin y echó a correr, Taehyung y Hoseok siguiéndolos de cerca, sus manos entrelazadas con fuerza.

—Música para ahogarse —bromeó Hoseok al pasar junto a la orquesta de primera clase, que seguía tocando una melodía animada, incongruente con el desastre—. Ahora sé que estoy en primera clase.

El agua caía como una cascada por la barandilla de proa en la Cubierta B, mientras los oficiales cargaban uno de los botes plegables en los pescantes más adelante. La multitud era escasa, la mayoría aún amontonada en popa.

En el lado de babor, Jonas observaba desde las sombras, su rostro tenso. El guardaespaldas, llegó trotando a su lado, su expresión fría.

—Lo encontré —informó el hombre mayor—. Está en el lado de babor. Con él.

Jonas frunció el ceño, la rabia ardiendo en su pecho, Jimin, siempre con ese maldito Jungkook. Apretó los puños, debatiéndose entre salvarse a sí mismo o perseguir al hombre que aún, a su manera retorcida, consideraba suyo.

—¡Maldita sea! —siseó Jonas, girándose hacia el guardaespaldas—. ¡Vamos!

Ambos tomaron un atajo a través del puente, sus pasos resonando con determinación. Mientras tanto, un oficial gritaba en la noche.

—¿Mujeres, donceles o niños? ¿Alguien más?

Jungkook, Jimin, Taehyung y Hoseok se acercaron al bote plegable, el último en la proa. La urgencia los empujaba, sus corazones latiendo al unísono.

En el lado de babor, el oficial cargaba el Bote Dos con mano firme, pistola en mano, mientras el rugido del agua resonaba, derramándose por las ventanas de la cubierta B, seis metros abajo.

—¡Mujeres, donceles y niños! —gritaba—. ¡Atrás, señores!

Jimin, temblando de frío a pesar de los brazos de Jungkook rodeándolo, observaba la escena con el corazón apretado. Cerca, una mujer con dos pequeños se despedía de su esposo, sus ojos brillando con lágrimas contenidas.

—Adiós por un ratito... solo un ratito —susurró el hombre a sus hijas, su tono quebrándose—. Vayan con mami.

La mujer avanzó hacia el bote, ocultando el rostro de los niños.

—Toma la mano de mami, sé buena —añadió el hombre, su voz ahogada por la emoción.

Jimin apretó la mano de Jungkook, algunas mujeres y donceles subían estoicos, otros sollozando, ayudados por los oficiales.

—Echen un vistazo al otro lado —dijo Jungkook a Taehyung y Hoseok, apartando la mirada, temiendo que pronto le tocara despedirse de Jimin.

Taehyung y Hoseok asintieron, corriendo hacia la caseta de cubierta.

Jungkook se giró hacia Jimin.

—No me iré sin ti —insistió Jimin, anticipándose a sus palabras, sus ojos brillando con determinación.

Jungkook negó con la cabeza.

—Sube al bote, Jimin.

—¡Sube al bote, Jimin! —repitió Jonas, emergiendo de la multitud, su presencia como un veneno en el aire.

Jimin se sobresaltó, instintivamente acercándose a Jungkook. Jonas lo miró, temblando bajo la manta a cuadros, y arrancó la manta de sus hombros, arrojándosela a Jungkook.

—Sólo mírate —dijo Jonas, quitándose su abrigo y colocándoselo a Jimin con un gesto posesivo—. Ponte esto.

Jimin se lo puso, sintiendo el peso de la prenda como una cadena.

—¡Rápido, donceles, mujeres! —gritó—. ¡Suban, dense prisa!

—Vamos —urgió Jungkook, su tono suave pero firme—. Yo tomaré el siguiente.

—¡No! ¡No sin ti! —protestó Jimin, aferrándose a él, ignorando a Jonas.

Jonas apretó la mandíbula, su rabia apenas contenida, pero se inclinó hacia Jimin.

—Hay botes en el otro lado que dejan subir hombres únicamente. Jungkook y yo saldremos a salvo, los dos.

Jungkook lo miró, desconfiado, pero si era una oportunidad para que Jimin estuviera a salvo, no había queja, él sólo deseaba que él saliera de allí ileso.

—Estaré bien, Jimin —le dijo, forzando una sonrisa—. Date prisa, tenemos que tomar nuestro bote pronto.

Jonas asintió, dando una palmada en la espalda de Jungkook.

—Sube, está casi lleno.

El oficial sujetó a Jimin por el brazo, empujándolo con firmeza hacia el bote. Jimin extendió la mano hacia Jungkook, sus dedos rozándose en un instante fugaz, un toque que quemó antes de que lo arrancaran de su lado.

Aturdido, sintió el bote descender, las cuerdas gimiendo en las poleas, cada chirrido un eco de su corazón rompiéndose.

—Eres un buen mentiroso —dijo Jonas a Jungkook, frío mientras observaba el bote bajar.

—Casi tan bueno como tú —respondió Jungkook, cortante como un cuchillo—. No hay ningún bote, ¿verdad?

—Oh, sí lo hay —replicó Jonas, con una sonrisa torcida—. Pero no te salvaré. Yo siempre gano, Jungkook, de una forma u otra.

Jungkook no le dio el gusto de mirarlo. Sus ojos estaban fijos en Jimin, grabando cada detalle de su rostro, su silueta empequeñeciéndose contra la noche.

En el bote, Jimin apenas veía las cuerdas deslizarse, el mundo reducido a un zumbido sordo. Las órdenes del oficial se perdían en el latido ensordecedor de su pecho.

Una bengala estalló en el cielo, bañando a Jungkook en un resplandor plateado. Sus manos temblaban, y en sus ojos brillaban lágrimas contenidas, reflejando un dolor que Jimin sintió como propio.

Estaba cada vez más lejos... esto no podía ser real.

—¡NO! —gritó Jimin, su voz rasgando el aire. Se lanzó hacia adelante, apartando a las personas a su lado, sus manos aferrando la borda del bote con desesperación.

Con un impulso frenético, trepó hacia la barandilla de la Cubierta A, sus dedos clavándose en el metal helado. Pasó por encima, el bote descendiendo sin él, y corrió, su corazón latiendo con un solo propósito.

—¡Jimin! ¡NO! —rugió Jungkook, apartándose de la barandilla, corriendo hacia la vía más cercana a la Cubierta A.

Cruzó las puertas del vestíbulo y bajó por la Gran Escalera. Jimin entró corriendo desde el otro lado, el abrigo de Jonas ondeando tras él, se encontraron al pie de las escaleras, chocando en un abrazo desesperado.

—¡Jimin, eres un idiota! ¿Por qué? ¿Por qué lo hiciste!? —exigió Jungkook, cubriéndolo de besos, abrazándolo con fuerza.

—Tú saltas, yo salto, ¿No es cierto? —respondió Jimin, lágrimas de alegría corriendo por su rostro.

Jungkook sonrió, agrídulce.

—Cierto...

Jonas, desde lo alto de la Gran Escalera, los vio abrazados, su rabia explotando. Corrió hacia la barandilla, arrancando la pistola de la funda de su guardaespaldas en un movimiento rápido.

Bajó los escalones, levantando el arma y disparando con un grito de furia.

El querubín tallado al pie de la barandilla estalló en pedazos. Jungkook tiró de Jimin hacia las escaleras que bajaban, esquivando otra bala que arrancó una esquirla de madera tras su cabeza.

Jonas tropezó con la cabeza rota del querubín, cayendo al suelo, la pistola resbalando por el mármol, se levantó rápidamente, tambaleándose, y la recogió, ciego de ira.

La base de la Gran Escalera estaba inundada, el agua subiendo varios metros. Jungkook y Jimin bajaron de dos en dos, corriendo hacia el comedor, vadeando el agua helada hasta alcanzar suelo seco en la entrada.

Jonas saltó tras ellos, disparando dos veces, fallando y levantando chorros de agua.

El agua rozaba sus pies, y Jonas retrocedió un par de escalones, el crujido de la madera resonando.

“¡Espero que disfruten su tiempo juntos!” rugió tras ellos, mientras desaparecían en el comedor.



17

Jungkook y Jimin chapoteaban a través del agua helada que inundaba el comedor de primera clase, corriendo con el corazón en la garganta, temiendo que Jonas, el desquiciado prometido de Jimin, los persiguiera con más violencia. Atravesaron las cocinas, bajando a toda prisa por una escalera hacia una cubierta inferior.

Se detuvieron, jadeando, escuchando en silencio hasta asegurarse de que nadie los seguía.

El pasillo estaba inundado, el agua de treinta centímetros lamiendo sus piernas. A unos quince metros, un niño pequeño lloraba desconsoladamente, el frío cortándole las piernitas.

—No podemos dejarlo —dijo Jimin, sus ojos llenos de urgencia.

Jungkook asintió, y juntos corrieron hacia el niño, abandonando su huida. Jungkook lo levantó en brazos, y regresaron hacia las escaleras, pero un torrente de agua bajó como un río salvaje, bloqueando el paso. En segundos, la corriente era demasiado fuerte para enfrentarla.

—¡Vamos! —gritó Jungkook, girando en la dirección opuesta.

Corrieron por el pasillo inundado, levantando salpicaduras con cada paso. Al final, unas pesadas puertas dobles crujían, el agua saliendo a presión por los bordes, golpeando el techo.

—¡Atrás! —advirtió Jungkook, empujando a Jimin.

Jimin giró, corriendo hacia un pasillo transversal. Un hombre pasó apresurado en la otra dirección, vio al niño en los brazos de Jungkook y, gritando en ruso, se lo arrancó de las manos, maldiciéndolos.

—¡No, por ahí no! —gritó Jimin, desesperado—. ¡Vuelva!

Las puertas se abrieron de golpe, y un muro de agua irrumpió, barriendo al hombre y al niño en un instante. Jungkook y Jimin corrieron, una ola espumosa doblando la esquina, llenando el pasillo de suelo a techo. Las luces parpadearon en un cortocircuito, creando un parpadeo estroboscópico, la ola los alcanzó, estrellándolos contra una reja de hierro como las que habían enfrentado antes.

Entre escombros flotando, Jungkook se aferró a la pared, usando los marcos de las puertas para impulsarse.

—¡Vamos! —urgió a Jimin, que lo seguía de cerca, luchando contra la corriente hacia una escalera no inundada.

Jungkook se impulsó hacia el techo, usando las tuberías como pasamanos.

—¡Dame la mano! —gritó, empujando a Jimin hacia los escalones, dándole un fuerte impulso mientras él se agarraba a las barandillas.

Subieron, pero otra reja cerrada con llave los detuvo.

—¡Maldita sea! —gritó Jimin, empujándola con furia.

El agua subía, amenazando con engullirlos.

—¡¡Socorro!! —gritaron al unísono, sacudiendo la reja.

Un camarero en el descansillo superior se giró, dispuesto a huir al ver el agua rugiendo escaleras arriba.

—¡Espere! ¡Abra la reja! —imploró Jungkook.

El camarero dudó observando a la pareja detrás aferrados a los barrotes, el agua alcanzó la cintura de Jungkook y Jimin, presionándolos contra la reja.

—¡Por favor, ayúdenos! —suplicó Jimin, extendiendo los brazos a través de aquellos barrotes, sus ojos y apariencia ablandando totalmente al camarero.

—¡Demonios! —masculló el camarero, volviendo contra la corriente, sacando un llavero con manos temblorosas.

—¡Rápido! —urgieron Jungkook y Jimin, mientras probaba llaves, el agua brotando a su alrededor.

Una bombilla estalló en chispas, haciendo que el camarero se encogiera. En su pánico, dejó caer las llaves al agua. Quien observó el suelo, y luego a los jóvenes, con una expresión que rogaba perdón por lo que estaba por hacer.

—¡Lo siento, se me cayó al agua! —gritó, para finalmente girarse y huir.

—¡No, por favor! —rogó Jimin—. ¡No nos deje!

Jungkook sin dudar llenó sus pulmones y se zambulló, buscando a tientas en el agua. Sus dedos rozaron el llavero, y emergió jadeando, el agua ya a sus hombros.

—¿Cuál es, Jimin? —preguntó, sin tiempo que perder.

—¡La de punta! —respondió Jimin, desesperado—. ¡Prueba la de punta!

Jungkook pasó el brazo por la reja, forcejeando con la cerradura.

—¡Rápido! —urgió Jimin, el agua subiendo más allá de sus barbillas.

Jungkook maldijo, la llave no encajaba.

—¡Rápido, Jungkook! —chilló Jimin, histérico.

Con un último esfuerzo, la cerradura cedió, Jungkook empujó la reja, dejando pasar a Jimin primero. El agua presionaba cerca del techo, forzándolos a agacharse bajo las tuberías para respirar, avanzaron hacia la escalera inundada, subiendo como animales acorralados, aliviados de escapar del agua helada, aunque fuera por un momento.



Thomas Andrews estaba solo en el desierto Salón de Fumadores de Primera Clase, frente a la chimenea, contemplando el gran cuadro sobre la repisa, el fuego crepitaba débilmente, un último eco de vida en un barco condenado, un cenicero cayó de una mesa con un tintineo, rompiendo el silencio, justo cuando Jungkook y Jimin irrumpieron en la sala, empapados y sin aliento, corriendo hacia la puerta giratoria de popa.

Jimin se detuvo al reconocer a Andrews, su corazón apretándose al verlo inmóvil.

—¡Espera, Jungkook! —dijo, deteniéndolo con un toque urgente en el brazo. Se acercó a Andrews, sus ojos preocupados—. ¿No va a intentarlo, señor Andrews?

Andrews giró hacia él, su rostro marcado por la derrota, el chaleco salvavidas descansando inútilmente sobre una mesa.

—Lamento no haberte construido un barco más fuerte, Jimin —dijo, una lágrima deslizándose por su mejilla, su tono lleno de culpa.

Jungkook, inquieto, tiró suavemente de la mano de Jimin.

—Se hunde rápido... tenemos que seguir moviéndonos.

Andrews tomó el chaleco salvavidas y se lo tendió a Jimin con un gesto lento.

—Buena suerte, Jimin —dijo, su mirada llena de un dolor silencioso.

Jimin lo aceptó, sus dedos rozando los de Andrews antes de abrazarlo con fuerza, un gesto impulsado por la gratitud y la tristeza.

—Y a usted, señor Andrews —respondió, su voz temblando.

Jungkook asintió a Andrews con respeto, luego tomó la mano de Jimin, guiándolo hacia la puerta giratoria.



Muy decididos a no convertirse en una desafortunada víctima, Jungkook y Jimin salieron del Palm Court en la Cubierta A de popa, por el lado de babor, y se toparon con la densa multitud que corría presa del pánico.

Jungkook se abrió paso hasta la barandilla y observó el estado del barco, el puente ya se hundía bajo el agua y en cubierta reinaba el caos. Con manos firmes, ayudó a Jimin a ajustarse el chaleco salvavidas, su cuerpo grande protegiendo por un instante al delicado doncel de la gente que pasaba a su alrededor, gritando y empujando.

—Tenemos que quedarnos en el barco el mayor tiempo posible —decidió Jungkook, firme en medio del estruendo—. ¡Vamos!

Se abrieron paso hacia popa a través de la multitud aterrorizada, trepando por la barandilla.

Jungkook bajó primero, sus músculos tensándose, y luego guio a Jimin para que saltara detrás de él. Aterrizaron en un tumulto de gente que se arañaba y trepaba unos sobre otros para bajar por las estrechas escaleras hacia la cubierta trasera.

Viendo que las escaleras eran un suicidio, Jungkook trepó por la barandilla de la Cubierta B.

—¡Jimin, confía en mí!

Ayudó al de cabello cobrizo a pasar, bajándolo con cuidado antes de soltarlo. Jimin cayó hecho un ovillo en la cubierta inferior, y Jungkook se dejó caer a su lado un segundo después y lo levantó del suelo, poniéndolo de pie.

Juntos se abrieron paso entre la masa de gente a través de la cubierta de pozo mientras otros, desesperados, saltaban al agua gélida desde la barandilla.

De repente, un gemido gutural y metálico estremeció la estructura entera del barco, los gigantescos cables de sujeción que sostenían la primera chimenea se partieron con el chasquido de un látigo de acero.

Desde su posición, vieron con horror cómo la colosal chimenea se desprendía de sus anclajes, cayendo como el pilar de un templo de ocho metros y medio de ancho, la estructura se estrelló contra el agua con un estruendo ensordecedor, aplastando a la gente indefensa que nadaba debajo como la mano de un dios vengador.

Cientos de toneladas de agua se vertieron a través del agujero de nueve metros donde se encontraba la chimenea, cayendo estruendosamente en las entrañas del barco, se formó un remolino, un vórtice que absorbía a las personas como si fueran arañas yéndose por el desagüe.

Jungkook y Jimin luchaban por subir las escaleras ahora inclinadas de la cubierta de pozo hacia el castillo de popa. Cientos de personas ya estaban allí, y más subían a cada segundo, creando un cuello de botella mortal.

—Aunque ande en valle de sombra de muerte... —rezaba un hombre delante de Jungkook, caminando como un zombi.

—¿Quiere caminar un poco más rápido por ese valle, amigo?! —le espetó Jungkook, empujando suavemente al hombre para apurarlo.

Avanzando de un punto de apoyo a otro, el cuerpo de Jungkook sirviendo de escudo, tiró de Jimin hacia la popa a lo largo de la cubierta, se abrieron paso entre la gente que rezaba hasta que finalmente sus manos se aferraron a la fría barandilla de la misma, justo en la base del asta de la bandera, apretujados entre otros cuerpos temblorosos.

Las luces del barco parpadearon una, dos veces, amenazando con abandonarlos a la oscuridad. Jimin se aferró al brazo de Jungkook, su ancla, mientras la popa se elevaba inexorablemente hacia un cielo nocturno repleto de estrellas.

Vio a una joven madre a su lado, abrazando a su pequeño hijo, que lloraba de terror.

—Shhh... no llores —le susurró la madre—. Pronto acabará, cariño, todo acabará pronto.

Jimin no podía soportar ver más. Apartó la vista y se concentró en Jungkook, su brillante faro de esperanza en la desolada noche.

—Jungkook, aquí es donde nos conocimos —señaló, su voz cargada de un amor que desafiaba la ironía del momento.

Jungkook lo observó con sus ojos destellando cruelmente, desbordándolo, rápidamente lo besó, un beso desesperado y profundo, y lo abrazó con una fuerza que juraba salvarlo ahora como lo había salvado antes.

De repente, un estruendoso crujido, un sonido de artillería y metal torturado, resonó desde las entrañas del barco. La estructura entera se estremeció violentamente, fuego, explosiones y una lluvia de chispas iluminaron la mitad del barco como los fosas del Infierno, mientras un abismo se abría en la oscuridad.

El casco se partía en dos.

La sección de popa, de casi ciento veinte metros de largo, cayó de nuevo hacia el agua con un impacto brutal. Todos gritaron al sentir que se desplomaban como en una montaña rusa.

Por un instante, el barco pareció enderezarse.

—¡Estamos salvados! —gritaron varias personas, aferrándose a una falsa esperanza.

Jungkook miró los ojos preciosos de Jimin y negó sombríamente con la cabeza. No, lo peor estaba por llegar.

Arrastrada por el peso muerto de la proa inundada, la popa, aún a flote, se inclinó rápidamente hacia arriba. Sintieron la embestida del ascenso mientras la cola con sus hélices se inclinaba de nuevo. Todos se aferraban a bancos, barandillas, ventiladores, a cualquier cosa para no deslizarse, mientras la popa se elevaba más y más, pasando los cuarenta y cinco grados, luego los sesenta.

La gente empezó a caer, se deslizaban por la cubierta, gritando, manoteando, arrancando a otras personas y arrastrándolas con ellos en una cascada de cuerpos hacia el mar.

—¡Tenemos que movernos! —indicó Jungkook, su voz mortalmente seria. Trepó por la barandilla de popa y se estiró para alcanzar a Jimin, que se aferraba con todas sus fuerzas, aterrorizado. Jungkook le agarró la mano—. ¡Vamos! ¡Te tengo!

Jimin asintió. Sí, él lo tenía, confiaba en que no lo soltaría. Jungkook lo levantó en el aire y lo pasó por encima de la barandilla, justo cuando esta se ponía horizontal y la cubierta del barco completamente vertical. Lo sujetó con un brazo por la espalda, agarrándose él mismo a un montante para que no resbalaran.

Justo debajo de sus pies estaban las letras doradas, el último vestigio de lo que es, y será, el inolvidable *TITANIC*.

La popa quedó suspendida, completamente vertical en el aire, negro y retumbante erguido contra las estrellas, y durante lo que pareció una eternidad, permaneció así.

Jimin se apoyó en la barandilla, mirando hacia abajo quince pisos hasta el mar intenso, la gente que no había trepado colgaba de la barandilla, con las piernas colgando sobre la larga caída, cayendo uno por uno, desplomándose, sus cuerpos rebotando horriblemente contra los bancos y ventiladores de la cubierta antes de desaparecer en el agua. La implacable zambullida final comenzó. A más de treinta metros sobre el agua,

Jungkook y Jimin observaban cómo bajaban con el barco como si fuera un ascensor al aire libre.

—Respira hondo y aguanta justo antes de que entremos en el agua —instruyó Jungkook, hablando claro y rápido, su aliento cálido en la oreja de Jimin—. El barco nos succionará hacia abajo. Tú, sólo pataleta hacia la superficie y no dejes de hacerlo, lucha porque no te lleve, y nunca sueltes mi mano. Vamos a lograrlo, Jimin. ¡Confía en mí!

Jimin miró el agua negra que se acercaba a ellos y le apretó la mano con más fuerza, un juramento silencioso.

Debajo de ellos, el castillo de popa estaba desapareciendo. La zambullida cobró velocidad, la superficie engulló el puente de atraque y luego subió rápidamente los últimos nueve metros. Finalmente, la popa descendió en el mar embravecido.

El nombre *TITANIC* desapareció, y las diminutas figuras de Jungkook y Jimin se desvanecieron bajo el agua.

Donde una vez estuvo el barco, ahora no había nada.

Solo el océano negro e infinito.



18

—¡Jungkook! ¡Jungkook! ¡Jungkook! —gritaba Jimin al salir a la superficie, boqueando en busca de aire, desesperado por encontrarlo en medio del mar embravecido de cientos de pasajeros que gemían y se agitaban en agonía.

Había estado aferrado a su mano con todas sus fuerzas hacía solo unos momentos, pero la intensidad del barco al hundirse los arrastró a ambos hacia abajo, la corriente fue demasiado potente y los separó.

Un hombre sin chaleco salvavidas nadó hacia él, en la oscuridad, Jimin volvió a gritar el nombre de Jungkook.

Pero no era él.

Era un hombre que había superado el límite de la razón, con los ojos vidriosos por el puro instinto de supervivencia. Agarró a Jimin, hundiéndolo bajo el agua para mantenerse a flote, aunque eso significara ahogar a alguien.

Horrorizado, Jimin gritó y empujó hacia la superficie, intentando liberarse del hombre enloquecido. Volvió a salir a la superficie, solo para ser empujado de nuevo bajo el agua helada.

Fue entonces cuando Jungkook lo vio.

—¡Suéltalo! —rugió, su voz un trueno sobre el caos—. ¡Suéltalo!

Jungkook lo agarró y le dio un fuerte puñetazo en la cara. El hombre cayó, inconsciente, soltando a Jimin, en esta agua, no volvería a despertar. Jungkook lo sabía, y no perdió un segundo más, tenían que moverse.

—¡Jimin, necesito que nades! ¡Nada! —gritó Jungkook, urgiéndolo a moverse mientras él mismo nadaba a braza rítmicamente.

Jimin intentó nadar, pero sus brazadas eran débiles, su cuerpo delicado ya entumecido por el frío. Aun así, nadaba a perrito detrás de él, luchando por mantener la boca por encima del agua.

—¡Sigue, Jimin! ¡Nada, vamos, puedes hacerlo! —insistió Jungkook—. ¡Nada!

Sus esfuerzos finalmente los sacaron del grupo de gente. Jungkook sabía que necesitaban salir del agua.

—Busca algo que flote —le indicó—. A-algún escombros... madera... cualquier cosa.

—Hace t-tanto f-frío —gimió Jimin.

—Lo sé... lo sé —respondió Jungkook, sintiendo él también el frío agonizante—. A-ayúdame, vamos. M-m-mira a-alrededor.

Las palabras de Jungkook lo mantuvieron concentrado, escudriñó el agua, jadeando, cuando un demonio apareció justo frente a su cara. Gritó, tras un instante, resultó ser un perro, que pasó nadando junto a él como un pequeño monstruo marino.

Más allá, Jimin vio algo flotando, una puerta de madera con intrincados tallados, un resto de la opulencia de Primera Clase.

—J-Jungkook, allí —señaló.

Ambos nadaron hacia ella, centímetro a centímetro, hasta que estuvo al alcance.

—V-vamos, J-Jimin, s-s-úbete —dijo Jungkook, ayudando a impulsar el cuerpo ligero de Jimin sobre la madera.

Intentó subir él también, pero la tabla se inclinó peligrosamente, así que se soltó. Por un segundo, aceptó su destino, decidiendo quedarse en el agua para salvarlo.

—¿Y-y tú? —preguntó Jimin, con pánico en la voz.

—Estaré b-bien. Soy un s-s-superviviente, ¿r-rec-cuerdas? —Jungkook sonrió débilmente.

—N-no, J-Jungkook. T-tenemos que i-i-intentarlo. ¡Hay una f-f-forma!

Jimin se arrastró hacia el borde opuesto, creando un contrapeso. Jungkook asintió y, con un esfuerzo inmenso, logró subir a la tabla, moviéndose con cuidado hacia el centro.

El trozo de madera se estabilizó.

—V-ven —dijo Jungkook, e inmediatamente se acercó y abrazó a Jimin por la espalda, rodeando su cuerpo delicado con el suyo, más grande y musculoso, sus brazos alrededor del pecho de Jimin, creando un capullo de calor compartido contra el frío letal—. ¿S-sabes? Tenías razón... n-no pensé que c-cabría —tartamudeó Jungkook después de unos momentos, su aliento creando una nube de vaho junto a la mejilla de Jimin. Puso su mano sobre la de él.

—¿Y a-ahora q-qué? —preguntó Jimin, temblando incontrolablemente dentro del abrazo de Jungkook.

Jungkook odiaba que estuviera en esta situación, apenas la noche anterior, lo había visto salvarse a sí mismo de una vida en una jaula dorada, y ahora Jimin se miraba con una intensidad que le exigía salvarlo de nuevo, como sea. Pero él, ésta vez no estaba seguro de poder hacerlo.

—L-los botes v-volverán p-por nosotros, Jimin —mintió, su voz un murmullo contra el cabello cobrizo y húmedo de Jimin—. A-aguanta s-solo un p-poco más, tuvieron que a-alejarse por la succión... p-pero... ahora v-volverán.

Le besó la mano helada y la frotó entre las suyas. Derivaron bajo un trillón de estrellas, esperando la salvación mientras el tiempo pasaba y los gritos a su alrededor se debilitaban, convirtiéndose en gemidos, y luego en silencio.

Todo lo que podían oír eran unas pocas voces lejanas.

—¡Regresen... los botes...! —se oyó un grito.

—¡V-vuelvan! ¡Por favor! ¡Sabemos que p-pueden oírnos! —llegó la voz de una mujer.

—P-por favor... ¡ayúdenos! ¡Salven una vida! —gritó un hombre, reuniendo todas sus fuerzas restantes para bramar—. ¡SALVEN UNA VIDA!



El silencio que sucedió a los gritos era una tumba, un vacío helado que envolvía a Jimin mientras yacía sobre el trozo de madera, abrazado por un Jungkook, cuyo cuerpo temblaba con espasmos cada vez más débiles. El mar, negro y liso como el cristal, reflejaba un millón de estrellas indiferentes, cada lamento se había apagado, dejando solo el suave murmullo del agua contra los restos del naufragio y los cuerpos que flotaban a su alrededor.

El sueño de un futuro juntos, quizás con un hijo que sellara su unión, Nueva York, la casita modesta, se sentía ahora como una burla cruel, un recuerdo cálido devorado por el frío que le robaba el aliento.

—S-se está q-quedando todo en s-silencio —susurró Jimin en hilo roto.

Jungkook, con los labios azules y los ojos casi cerrados por el agotamiento, apretó su abrazo, un último intento de compartir el poco calor que le quedaba.

—S-solo les v-va a tomar... un p-par de m-minutos... o-organizar los b-botes —mintió con un esfuerzo tembloroso que le robaba el aire.

Jimin intentó creerle, pero el mar ya había dictado sentencia. Vio el cuerpo de un oficial flotando cerca, inmóvil, el silbato de metal aún entre sus labios congelados.

—N-no sé t-tú, p-pero... pienso e-escribir una c-carta de q-queja a la W-White Star Line p-por esto —bromeó Jungkook.

Eso fue un destello del hombre del que se había enamorado, pero su voz era débil, un eco que se desvanecía. Jimin no pudo sonreír, sus músculos faciales no respondían. El amor que sentía por él era un fuego doloroso en su pecho congelado.

Tenía que decírselo... ahora.

—J-Jungkook, t-te amo —susurró, las palabras arrancadas de lo más profundo de su ser.

Los ojos de Jungkook se abrieron, una chispa de luz en la oscuridad. Pero el entendimiento se nubló de inmediato por la confusión.

—N-no hagas e-eso... —murmuró, su mano apretando débilmente la de Jimin—. N-no te d-despidas... T-todavía no... ¿M-me oyes?

—T-tengo m-mucho f-frío —tiritó Jimin, el dolor atravesándolo como mil cuchillos.

—E-escucha, Jimin... V-vas a s-salir de aquí —insistió Jungkook, su voz quebrada pero ardiendo con una convicción febril—. V-vas a s-seguir adelante... y t-tendrás m-muchos hijos... y los v-verás crecer... M-morirás de v-viejito, calentito en t-tu cama. P-pero no aquí. N-no esta n-noche. N-no así... ¿M-me entiendes?

La desesperación en su voz era un ancla para la mente a la deriva de Jimin.

—N-no s-sin ti —susurró.

Jungkook rozó su fría nariz contra la nuca de Jimin, y aunque ninguno de los dos sintió el tacto, sólo hacerlo era una caricia al alma.

—G-ganar ese b-boleto... f-fue lo m-mejor que m-me pasó —dijo Jungkook, su voz apagándose—. M-me t-trajo a t-ti... Y e-estoy a-agradecido, Jimin... a-agradecido. D-debes... p-prometerme... q-que no t-te r-rendirás...

Las lágrimas de Jimin se congelaron en su rostro.

—L-lo p-prometo —susurró.

—Y-y... T-también te amo... —repitió Jungkook, exhalando, y con esa última palabra, sus ojos se cerraron y su cuerpo se volvió un peso muerto contra la espalda de Jimin.

—T-tú t-tampoco t-te r-rindas—añadió Jimin con una ferocidad temblorosa, apretando la mano inerte de Jungkook—. S-si tú s-saltas, y-yo salto.

No hubo respuesta

El silencio ahora era absoluto. Jimin, sintiendo el peso de su promesa, se aferró a él, negándose a dejarlo ir.

Para mantener a raya la locura, miró al cielo, pensando en la charla que tuvieron, justo antes de que el iceberg golpee el barco, como un envidioso a su felicidad, destruyendo todos sus planes.

Lower East Side, con vistas al río, en Oregón el lugar perfecto para sus hijos, quería eso y todo lo demás, trabajar en lo que sea para ganarse el pan... Y en las noches, hablar de todo y nada, construyendo una vida que nadie les dicte... solo ambos, amándose como se debe. Luego, pensó en Hoseok y Taehyung, los amigos de Jungkook.

Sonrió, sus labios apenas moviéndose.

Ni si quiera en momento en los que veía un futuro a su lado dejó de lado a las personas que ya estaban en su vida... y ahora, no estaba tan seguro de poder cumplir absolutamente todo, todo había desaparecido ante sus ojos, incluídos todos sus conocidos... tan sólo se tenían el uno al otro, en medio de la nada misma.

De pronto, se interrumpió.

Una luz.

Una voz lejana, que cada vez se hacía más legible, regresandolo a la tabla flotando, los brazos de su amado.

Giró la cabeza, viendo la silueta de un bote recortada contra las estrellas.

—¡Hola! ¿¡Hay alguien aquí con vida!?

El corazón de Jimin martilleó, se reclinó apenas, y sacudió el brazo de Jungkook, flácido.

—J-Jungkook —susurró, bajando a su muñeca helada—. H-hay un b-bote...

Jungkook no respondió. Pero bajo la piel gélida, Jimin sintió un pulso, un aleteo débil y terco, una chispa.

Vio el brillo metálico del silbato en el oficial muerto que flotaba cerca.

No se rendiría, como prometió, no lo haría. Ahora él sería quien salve a Jungkook, a ambos contra todo pronóstico.

Con una determinación nacida del amor y la desesperación, se deslizó de la puerta, el agua helada fue una agonía, un millón de agujas mordiendo su piel nuevamente. Nadó apretando los dientes, y con torpeza, alcanzó el cuerpo, arrancó el silbato de los labios congelados.

Volvió a la puerta, arrastrándose con sus últimas fuerzas, y se llevó el metal helado a la boca.

Sopló, su soplido tembloroso pero seguro.

El agudo, estridente y lleno de vida cortó el silencio de la muerte.

—¡Giren! ¡Giren de inmediato! ¡Vamos! —gritó una voz desde el bote, la linterna barriendo el agua.

Jimin siguió soplando, sus pulmones ardiendo, cada pitido un grito por ambos. El sonido pareció penetrar la niebla de Jungkook.

Sus ojos se abrieron, apenas una rendija, y encontraron los de Jimin.

—Ji-min... —murmuró, un susurro roto.

—¡Tranquilo, pequeño! ¡Te tenemos! —aseguró un tripulante, agarrando a Jimin y subiéndolo al bote.

Lo envolvió en una manta de lana áspera que quemaba su piel.

Apenas consciente, Jimin señaló a Jungkook, desplomado inerte sobre el trozo de madera.

—¡É-él! ¡S-súbanlo! —suplicó con voz aguda y rota.

El oficial alumbró al hombre sobre la madera, sus ojos entreabiertos y el azul vivo de sus iris absorbiendo aquella luz.

—¡Suban al muchacho! ¡Por Dios, súbanlo! —ordenó el oficial.

Los tripulantes levantaron a Jungkook rápidamente, cuyo cuerpo colapsó en el fondo del bote con un golpe sordo. Jimin fue vagamente consciente de que lo envolvían en otra manta, y luego todo se volvió negro.



Hola, ¿Cómo están?

Estoy trabajando hábilmente en el Epílogo, llenándolo de mi visión final, espero, realmente estén disfrutando, y que el golpe final, sea un trago dulce, como todo el amor que hay entre nuestros chicos...

Sólo recordarles una realidad, y es que, el último atardecer que alumbró el Titanic, y la noche que lo despidió.

Fue bajo exactamente, el mismo sol y luna que vemos nosotros cada día, y cada noche. Tal vez cambien muchísimas cosas, incluídos nuestros satélite y estrella más cercanos a lo largo de la vida, pero el cielo siempre nos mira con ese azul profundo, y la noche con los mismos destellos aún a millones de años a distancia.

Disfruten cada proyección del universo a nuestra increíble existencia

Y nos tenemos que seguir leyendo, hoy y siempre.



EPILOGO

Lunes 15 de abril de 1912.

El sol asomaba lentamente por el horizonte, una nueva mañana que muchos creían no volver a ver. Jimin estaba completamente envuelto en la manta que le habían dado, recostado en el banco del bote salvavidas, a su lado, Jungkook yacía inmóvil, sus ojos cerrados, igualmente cubierto.

Miró a su alrededor y vio que había otras cuatro personas rescatadas del agua en su bote, a lo lejos, otros botes salvavidas salpicaban el océano, diminutos y desolados.

De repente, una fuerte bocina rompió el silencio, el sonido inconfundible de un barco, Jimin volteó lentamente en aquella dirección. Un barco enorme emergía con la luz del alba, casi tan grande como el que habían perdido, en su costado, el nombre *Carpathia*.

Con un esfuerzo desesperado, Jimin comenzó a despertar a Jungkook, llamándolo, sacudiéndolo apenas. Al principio le costó, no reaccionaba, estaba tan pálido que temió lo peor, por lo que cuando finalmente ese azul tan único emergió de sus grandes ojos, un profundo suspiro de alivio escapó de su labios, un alivio enorme de que estuviera vivo, de que estuvieran juntos.

El abordaje al *Carpathia* fue un borrón de rostros curiosos y horrorizados, la tripulación les ofreció mantas limpias y tazas de té caliente. Fue entonces cuando Jimin vislumbró a su madre, Yulia, buscándolo frenéticamente, y la posibilidad de que Jonas también hubiera sobrevivido le heló la sangre.

Agarrando la mano de Jungkook, lo guió sin palabras, aprovechando un claro entre la gente para bajar directamente a la sección de Tercera Clase del barco.

Se dirigieron a un banco desocupado y se sentaron, observando con el corazón en la garganta cómo subían los ocupantes de los botes salvavidas restantes, la cubierta se llenaba de supervivientes, un mar de rostros marcados por el horror, pero eran más de los que Jimin se había atrevido a esperar, eso le llenaba de emoción, no habían sido pocos los salvados, al menos, los que lucharon incansablemente, lo lograron al igual que ellos.

Justo cuando la esperanza comenzaba a desvanecerse, Jungkook se tensó.

—¿Hoseok? —murmuró, con incredulidad.

Entre un grupo de hombres tiritando, uno levantó la vista, su rostro estaba demacrado, pero era inconfundible. Hoseok se levantó y caminó hacia ellos, y los dos amigos se fundieron en un abrazo silencioso y tembloroso, con sus respiraciones entrecortadas por las lágrimas.

Unos minutos más tarde, mientras otro bote era descargado, una figura familiar entre los rescatados. Era Taehyung, quien no perdió tiempo en buscar entre el gentío. Y al ver a Hoseok a salvo junto a Jungkook, corrió hacia él, tropezando por el agotamiento.

El reencuentro fue explosivo, Taehyung agarró a Hoseok y lo abrazó con una fuerza desesperada, como si temiera que fuera a desaparecer. Se tambalearon juntos en la cubierta, aferrándose el uno al otro. Taehyung tomó el rostro de Hoseok entre sus manos y lo besó, un beso salado por las lágrimas y cargado con el terror de las horas que habían

pasado separados, creyéndose perdidos para siempre, desde hacía horas se habían perdido el uno al otro entre todo el alboroto.

Jungkook y Jimin los observaron, con lágrimas corriendo por sus propias mejillas, de una felicidad tan intensa que dolía. Sus amigos, a quienes daban por muertos, estaban vivos. Estaban juntos, la alegría de Taehyung y Hoseok se contagió a ellos, un pequeño faro de luz en la inmensa oscuridad.

Cuando la pareja se separó, los cuatro se miraron, un círculo de rostros exhaustos y marcados por la tragedia, el reencuentro que había parecido imposible se había hecho realidad.

Se sentaron juntos, un pequeño y roto grupo de supervivientes. A su alrededor, la escena seguía siendo un velorio multitudinario, pero ahora era diferente. Milagrosamente, eran bastantes más supervivientes de los que habían imaginado, y ellos estaban incluidos. Física y emocionalmente agotados, con el peso de la pérdida y el milagro de haberse encontrado, Jungkook atrajo a Jimin hacia sí. Se abrazaron con la poca fuerza que les quedaba y, finalmente, lloraron. Lloraron por los perdidos, pero también de gratitud por los encontrados, hasta que el agotamiento los venció y se quedaron dormidos sin sueños.



Carpathia, Martes 16 de abril de 1912.

Jimin y Jungkook habían dormido la mayor parte del día anterior, despertándose sólo para comer aturdidos.

Ahora, junto a Hoseok y Taehyung, habían creado una especie de refugio improvisado en un banco de la cubierta de Tercera Clase conversaron durante toda la mañana, compartiendo fragmentos de sus vidas antes del desastre, un intento frágil de construir un puente hacia la normalidad.

Jungkook estaba contando una anécdota de su adolescencia cuando Jimin se tensó, sus ojos fijos en una figura que descendía por las escaleras que dividían las áreas de Primera y Tercera Clase.

Era Jonas, con un aspecto inusualmente desaliñado y fuera de lugar.

Aterrorizado, Jimin se agachó rápidamente, escondiéndose tras el respaldo del banco.

Sacudió suavemente el hombro de Jungkook para llamar su atención.

—Jonas está allí —susurró, señalando sutilmente—. ¡Jungkook, no puedo dejar que sepa que estoy vivo!

Jungkook, Hoseok y Taehyung siguieron su mirada. La mandíbula de Jungkook se tensó.

—Está bien... ya lo veo —dijo en voz baja—. Jimin, cúbrete con la manta, escóndete el cabello. Hoseok, Taehyung, pónganse de pie, bloquéenle la vista.

Jimin asintió, echándose la manta por encima y ocultando su distintivo cabello cobrizo.

Hoseok y Taehyung se levantaron y se apoyaron en la barandilla, iniciando una conversación casual que los colocaba directamente entre Jonas y el banco, mientras Jungkook se movió para apoyarse en un poste cercano, observando a Jonas por el rabillo del ojo.

Jimin, nervioso, intentó hacerse lo más pequeño posible, mientras Jonas buscaba entre la multitud con una mirada depredadora. Un mayordomo le había dicho que no encontraría a "ninguno de los suyos" allí, pero lo ignoró, decidido a encontrar a Jimin, y supuso que si esa rata de alcantarilla había sobrevivido, el doncel estaría con él.

Vio a un joven de complexión delgada y cabello rojizo de espaldas a él. ¡Tenía que ser él!

—¡Jimin! —gritó Jonas, corriendo hacia la figura y poniéndole una mano en el hombro.

El joven se giró a verlo algo asustado y sorprendido, alejándose, y no era él.

Una expresión de asco y desesperanza cruzó el rostro de Jonas. Continuó su búsqueda por la cubierta hasta que finalmente se dio por vencido y se retiró a Primera Clase.

Un suspiro colectivo de alivio recorrió al pequeño grupo, y Jungkook hizo una señal a Jimin para indicarle que ya podía salir.

Cuando estuvo a salvo, Jimin se levantó, todavía temblando por la tensión.

Jungkook se acercó inmediatamente a él y lo envolvió en un abrazo protector, besando su frente, sintiendo los temblores que recorrían su cuerpo.

—Ya pasó —murmuró Jungkook, su voz tranquilizadora contra el cabello de Jimin—. Estamos a salvo... estás a salvo.

Hoseok y Taehyung se acercaron, rodeándolos en un gesto de apoyo silencioso. La amenaza se había ido, por ahora. El alivio era inmenso, pero el encuentro dejó una sombra helada, un recordatorio de que el pasado del que Jimin intentaba escapar todavía estaba a bordo de ese mismo barco. Por el momento, sin embargo, estaban juntos, y eso era lo único que importaba.



18 de abril de 1912.

El Carpathia llegó a Nueva York en la noche bajo una lluvia implacable que empapaba a las más de cuarenta mil personas agolpadas en el muelle. Familiares, funcionarios, ambulancias y reporteros se inhumanando las calles, sus rostros iluminados por la esperanza y el dolor.

El aire reverberando en susurros entrecortados, llantos ahogados y el golpeteo constante de la lluvia contra los paraguas.

En la cubierta del barco, Jungkook, envuelto en un abrigo oscuro y con un sombrero calado, ocultaba sus facciones. A su lado, Jimin, cubierto con el saco que aún conservaba ahora seco, aferraba su mano con fuerza, sus dedos entrelazados cual ancla. Avanzaban entre los demás pasajeros de tercera clase, sus cuerpos agotados pero erguidos, hacia la pasarela donde los agentes de inmigración aguardaban.

A pocos metros, Taehyung, tenía un brazo protector sobre los hombros de Hoseok, cuyos ojos brillaban con lágrimas contenidas, mientras el pelinegro levantando el mentón, observaba hacía arriba, la imponente estatua con sus ojos llenos de lágrimas, sus labios apretados temblando incontrolablemente. Jungkook sintió un nudo en el pecho al verlo, se acercó, y sin palabras, envolvió a Taehyung en un abrazo firme, lleno de apoyo y felicidad por tener a su amigo, casi su hermano, vivo, en la ansiada América, aunque costó un dolor imborrable. Las manos de Jungkook temblando sobre sus hombros del pelinegro. Ambos

dejaron que las lágrimas rodaran libremente, un silencioso reconocimiento de todo lo que habían enfrentado.

Jungkook alzó un brazo y señaló la Estatua de la Libertad, su antorcha resplandeciendo en la noche.

—Ahí la tienes —dijo, su voz temblando, rota por la emoción—. Justo frente a nosotros.

Taehyung, con los ojos rojos, soltó una risa temblorosa y apretó el hombro de Jungkook.

—Gracias por esa partida de póker, amigo —murmuró, su voz llena de gratitud, volviendo a abrazar a Jungkook, con todo el dolor en el pecho, pero sintiendo que superaron la misma guerra.

Una vez separados, Hoseok, a su lado, secó sus lágrimas y apretó la mano de Taehyung, sus dedos entrelazados como una promesa irrompible. Habían luchado por sus vidas, por cada aliento, y ahora estaban aquí, juntos, contra todo pronóstico.

Un oficial de inmigración se acercó, sosteniendo un diario bajo un paraguas empapado.

—Nombre, señor —preguntó, mirando a Jungkook.

—Jungkook Jeon —respondió, su voz firme a pesar del nudo en su garganta y las lágrimas.

El oficial se volvió hacia Jimin, cuyos ojos destellantes reflejaban la luz de los faroles, y una determinación inquebrantable.

—¿Y el suyo, joven?

Jimin miró a Jungkook, su corazón latiendo con una mezcla de amor y desafío.

—Jeon... —dijo, claro y seguro—. Jimin Jeon.

El mundo pareció detenerse para Jungkook. Que Jimin tomara su apellido era más que un gesto, si no un juramento, un lazo forjado en las profundidades del horror y la esperanza. Incapaz de contenerse, se inclinó y lo besó, uno intenso que sellaba todo lo que no podían expresar con palabras.

El oficial, con una sonrisa comprensiva, esperó antes de guiarlos al área de procesamiento.



La tinta de sus nuevos nombres apenas estaba seca en el registro de inmigración, el suelo bajo sus pies era sólido, inamovible, un lujo que no volverían a dar por sentado.

La noche era fría, pero la ciudad de Nueva York vibraba con una energía que era intimidante y prometedora por partes iguales. Jungkook rodeó con su brazo los hombros de Jimin, atrayéndolo hacia sí mientras caminaban por el muelle donde el Carpathia los había depositado en un mundo nuevo.

Se detuvieron un momento, observando a lo lejos la silueta de la Estatua de la Libertad, una guardiana de cobre oscuro contra un cielo salpicado de estrellas.

—Es la primera noche del resto de nuestras vidas... —murmuró Jungkook, su aliento creando una nube de vaho en el aire.

Jimin asintió, acurrucándose más contra él, quien para combatir el frío, metió las manos en los bolsillos del abrigo que le había dado el mismo Jonas en la cubierta del Titanic.

Sus dedos rozaron algo pesado, frío y con unos bordes extrañamente tallados. Frunció el ceño, confundido.

Con curiosidad, sacó el objeto.

Al principio, en la penumbra del muelle, era solo una piedra oscura, cuando la luz de un lejano farol la alcanzó, la piedra cobró vida.

El aliento se les quedó atrapado en la garganta.

Era el Corazón del Mar.

La reacción de Jungkook fue instantánea y primitiva, se movió con rapidez, colocándose frente a Jimin, su cuerpo grande y musculoso sirviendo de escudo no solo para ocultar la joya de cualquier mirada indiscreta, sino como si quisiera proteger a Jimin del propio diamante. Sus ojos no mostraban codicia, sino un miedo reverencial hacia ese pedazo de opulencia maldita que casi les había costado la vida.

No dijeron nada, el único sonido era el suave murmullo del agua contra el muelle. Se miraron el uno al otro por encima de la joya que brillaba en la palma de Jimin. En los ojos de Jungkook, Jimin vio el torbellino de pensamientos, una fortuna impensable, el fin de sus problemas, una vida sin hambre ni frío.

—Jimin... —comenzó a decir Jungkook, su voz apenas un susurro roto, sus ojos muy abiertos, como un niño que descubre algo nuevo.

—Sé qué estás pensando, Jungkook... —lo interrumpió Jimin, su propia voz sorprendentemente firme. Miró el diamante, luego a los ojos de Jungkook, y su decisión se solidificó—. Lo esconderemos —dijo, cerrando lentamente los dedos sobre la joya hasta que su luz quedó oculta en su puño—. No tocaremos ni un centavo, nuestra vida no le va a pertenecer a él... no de esa forma, no viviremos de su dinero. Ganaremos nuestro propio camino, juntos.

La tensión en los hombros de Jungkook se disipó, reemplazada por una ola de amor y una admiración tan profunda que casi lo dejó sin aliento. Esa era la fuerza que amaba en su Jimin, la misma que lo había hecho saltar de un bote salvavidas, todo aquello que vio en él más allá de las máscaras del dinero.

Jimin guardó la piedra de nuevo en la oscuridad de su bolsillo. Jungkook tomó el rostro de Jimin entre sus manos, sus pulgares acariciando sus mejillas frías, y lo besó.

Fue una promesa, sellada bajo la mirada vigilante de la Dama de la Libertad.



Su nueva vida comenzó en un modesto apartamento en Nueva York, compartido por cuatro almas que solo se tenían a sí mismas. Las semanas que siguieron al desastre fueron un borrón de supervivencia y adaptación a un mundo que vibraba con una energía desconocida.

Fue entonces cuando una nueva realidad se hizo presente. Jimin comenzó a experimentar los primeros síntomas, y la confusión inicial que se creía, fue producto del trauma de la tragedia, dio paso a una revelación asombrosa, estaba embarazado. No había duda alguna

de que aquella pequeña y tenaz vida era un eco directo de su primer encuentro en el auto de la bodega, un amor concebido en la oscuridad de la fatídica noche, destinado a nacer en la luz de un mundo nuevo.

La noticia fue un destello de luz pura. Para Jungkook, se convirtió en un fuego que avivó su determinación, la promesa que le había hecho a Jimin en el agua helada ahora tenía un rostro y un futuro tangible.

Se volvió ferozmente serio con su trabajo, aceptando cualquier turno en la fábrica para asegurar que su creciente familia tuviera todo lo que necesitara. Durante esos meses, mientras el vientre de Jimin crecía, Jungkook lo retrató incansablemente, en las tranquilas tardes, junto a la ventana de su pequeño apartamento, dibujaba con ternura las delicadas curvas de Jimin en crecimiento, capturando en carboncillo no solo su imagen, sino la hermosa y viviente promesa de su amor.

Junto a Hoseok y Taehyung se convirtieron en sus pilares, pilares mutuos. Mientras Jungkook, Taehyung y Hoseok trabajaban hombro con hombro, compartiendo la carga, Hoseok cuidaba de Jimin cada que Jungkook tomaba turnos incansables, su risa y optimismo eran calma contra la ansiedad y los fantasmas del pasado.

En ceremonias sencillas y separadas, consolidaron sus lazos. Hoseok y Taehyung se casaron, convirtiéndose en socios no solo en el amor, sino en el negocio de carpintería que comenzaba a florecer. Poco después, Jungkook y Jimin también se dieron el sí quiero, una promesa susurrada ante un juez de paz que significaba más que cualquier ceremonia ostentosa.

El nacimiento de su primer hijo lo cambió todo. Aquel pequeño ser se convirtió en el centro de su universo y en la musa definitiva de su arte, con ojos azules y redondos como Jungkook, y rizos cobrizos como Jimin. La música que crearon entonces, llena de la profundidad del amor paternal y la gratitud por una vida que casi no fue, comenzó a decorar en los pequeños locales donde tocaban.

Mientras la empresa de muebles de Hoseok y Taehyung crecía hasta convertirse en una de las más respetadas de Nueva York, un testamento a su trabajo codo a codo.

Jungkook y Jimin cumplieron sus promesas.

Fueron al muelle de Santa Mónica y bebieron cerveza barata. Se subieron a la montaña rusa hasta vomitar.

Y montaron a caballo en la playa, justo en la orilla. Jungkook le enseñó a montar como un hombre, nada de montar de lado.

Cuando nuevas promesas surgieron, decidieron que, el ajetreo de la ciudad ya no era para ellos. Anhelaban la paz, la naturaleza y un lugar tranquilo donde criar a su familia.

Se despidieron de sus queridos amigos y se mudaron a la vasta y verde inmensidad de Oregón.

Para celebrar su primer aniversario, Jungkook y Jimin regresaron a Nueva York, decididos a enfrentar los ecos de su pasado. Alquilieron un pequeño barco y se aventuraron mar adentro, lejos del bullicio de la ciudad, navegando bajo un cielo despejado hasta que la Estatua de la Libertad se convirtió en una figura diminuta en el horizonte. El océano, vasto y sereno, se extendía ante ellos como un espejo infinito, reflejando el azul profundo del cielo y el brillo del sol, y toda la vibra de los días en los que fueron el uno para el otro por primera vez.

Sin necesidad de palabras, Jimin abrió un pequeño cofre que había guardado celosamente durante años.

Jungkook se acercó con su pequeño en brazos, sus rizos bailando al viento, y junto a sus padres, observó dentro de la caja con curiosidad.

En su interior, el Corazón del Mar resplandecía, su destello azul evocando recuerdos de una jaula dorada, de miedo y de un control que ya no tenía poder sobre ellos. La joya, testigo de su lucha y su redención, parecía casi viva bajo la luz del día.

—Es hora —murmuró Jimin, su voz suave pero firme, cargada de una liberación largamente esperada.

Jungkook asintió, sus dedos entrelazándose con los de Jimin mientras su pequeño posaba una de sus manitas en su hombro, un gesto que hablaba de su fuerza compartida.

Jimin alzó el collar, no hubo vacilación, solo certeza.

Con un movimiento y una pequeña bocanada de aire, lo lanzó al agua. No hubo estruendo, solo un discreto chapoteo que rompió la calma del mar antes de que el diamante se hundiera, desapareciendo en las profundidades, devuelto al abismo donde siempre debió permanecer.

En ese acto, sellaron su pasado para siempre.



Con el paso de las décadas, sus hijos crecieron, trajeron nietos y se convirtieron en abuelos. Cuando la televisión se volvió a color, en los años 80's, presenciaron el primer noticiero que informaba del descubrimiento del naufragio del Titanic por parte del oficial retirado de la Marina y oceanógrafo Dr. Robert Ballard a casi cinco kilómetros de profundidad en el Atlántico Norte.

Las imágenes eran verdes y granuladas, y no se parecían en nada al majestuoso barco que una vez fue.

Hicieron llamadas entusiasmadas con sus amigos, Taehyung y Hoseok, y compartieron aquél recuerdo e historias. Pero aún no lo compartían con sus hijos y nietos.



Océano Atlántico Norte, 'actualidad'.

—Al menos... hasta éste momento —murmuró el anciano Jimin, observando a su nieta con una dulzura que abarcaba generaciones.

Un silencio denso y pesado, cargado de más de un siglo de secretos, llenó la sala de investigación del Keldysh. El único sonido era el suave murmullo de la maquinaria del barco y el de las lágrimas silenciosas que rodaban por los rostros de los investigadores.

Su mirada se posó de nuevo en los rostros atónitos que lo rodeaban, y su voz, aunque frágil, se llenó de una paz infinita.

—Algunos supervivientes murieron en el olvido, Jonas Pocius, se casó con otro doncel y heredó sus millones, pero la crisis de los años veinte le afectó duramente sus intereses, y se metió una pistola en la boca, o eso se decía... Taehyung y Hoseok dejaron éste plano

varios años antes que nosotros, pero dejaron un gran legado a sus hijos gracias a la empresa que construyeron con sus propias manos... Mi querido Jungkook se fue hace apenas unos años —una sonrisa melancólica curvó sus labios—. Él no me debía nada, y me lo dijo. Tampoco yo a él... nos lo dimos todo, vivimos la vida que prometimos. Pero que hayan recuperado el dibujo... que hayan abierto aquella caja fuerte que selló el comienzo de nuestro amor, me hizo darme cuenta de que la historia no era solo nuestra... merecía ser contada.



Esa misma noche, Jimin salió a la cubierta del barco. El aire del Atlántico era frío y salado, como aquella noche del 14 de Abril de 1912, y aquella sensación no le asustaba. Apoyado en la barandilla junto a su nieta, miró hacia la inmensa oscuridad estrellada, justo sobre el lugar donde el majestuoso barco descansaba ahora.

Había cumplido su promesa, había vivido una vida plena, había tenido hijos y nietos.

Una vez en su habitación, respirando suavemente sobre su cama, cerró los ojos, y el sonido del viento afuera se transformó en una suave melodía de vals.

Cuando los volvió a abrir, ya no estaba en la cubierta fría y metálica, ni en su habitación del buque Keldysh.

Estaba de pie al pie de la Gran Escalera. El Titanic estaba vivo de nuevo, brillante, cálido y lleno de luz, las paredes de roble resplandecían, las alfombras eran lujosas bajo sus pies, y a su alrededor, los rostros de aquellos que se perdieron en la tragedia lo saludaban con sonrisas amables y tranquilas.

No había pánico, solo una bienvenida tranquila.

Y allí, en lo alto de la escalera, bajo el gran querubín y el reloj de “Honor y Gloria”, lo esperaba él.

Jungkook.

Joven, vibrante, con su cabello castaño despeinado y esa sonrisa que podía derretir cualquier iceberg.

Le tendió la mano.

Jimin subió las escaleras, cada paso borrando los últimos años de ausencia, y cuando sus manos finalmente se tocaron, el tiempo dejó de existir.

El reloj marcaba la misma hora en la que se habían conocido.

Estaba en casa.

Poco después del amanecer, la nieta de Jimin lo encontró en su camarote, dormido plácidamente en su cama. Su rostro, surcado por las arrugas de una vida larga y bien vivida, estaba en paz, con el más leve rastro de una sonrisa. Había cumplido su última promesa. Y ahora, después de tanto tiempo, Jimin Jeon finalmente se había vuelto a reunir con su Jungkook.

Fin.



Estoy algo agobiada en los momentos que termino y publico éste capítulo 😊

*Prometo un capítulo con todos mis agradecimientos. De mientras, un sencillo gracias
multiplicado al mil por haberme apoyado en ésta historia ♥*

GRACIAS



Hola, hermosa kookmina que se ha leído ésta historia y ha soportado un tormento con toda la fe de que salga bien.

¿Cómo estás luego de leerla?

Espero no haberte decepcionado 💖

Yo, en lo personal, no puedo ni podría volver a leer ésta historia. ¡Y yo amo releer mis propias historias! Pero estuve durante 4 días consecutivos viendo la película Titanic una y otra vez, pausando, anotando, buscando información, cambiando las alternativas, y prácticamente metiéndome dentro del mismo barco y aquella época. Aunque de eso se trata, después de todo, quien no es apasionado, no apasiona, quien no se sumerge, no le enseña a otros la profundidad de lo que siente.

En fin, no genera nada.

Pero, al escribir el final, y luego leerlo, me llevó a llorar y angustiarme mucho. Ni yo comprendo cómo ni por qué.

Incluso sé que este Jimin se fue viejito y habiendo sido feliz toda su vida junto a su gran amor Jungkook.

¡Pero igual me destrozó!

No estoy hecha para los finales tristes, imagínate si tan sólo no cambiaba ese final.

Y cambiando de tema; sobre el apoyo a ésta historia, ¡Gracias, miles y millones de gracias, en verdad! Cada segundo dedicado valió la pena. No sólo porque lo esperaron y sabía que debía cumplir, si no porque lo demuestran. Que está bien, que están allí, votando, comentando, e incluso dándole una oportunidad a mis creaciones y mi forma de hacer mi contenido.

Gracias a las personas que estaban aquí desde antes, que vieron mi post sobre ésta idea, y no dudaron en motivarme para llevarlo a cabo 🥰

Gracias a las personas que vinieron de Tik Tok. Traté de responder tantos comentarios como pude allí. Y su entusiasmo fue contagioso 💖

A quienes lleguen de Facebook. Gracias por tu oportunidad y por ese click que te trajo hasta aquí 😊

Gracias a quienes simplemente se cruzaron ésta historia y la leyeron sin dudar.

Gracias a ti, simplemente por leer 📖

Y jamás me alcanzarán las palabras, tal vez si se creara un nuevo diccionario, igual me quedaría corta.

Te me cuidas mucho, y así podamos leernos en una nueva ocasión ♥



VISUALES EXTRAS





















Aquí otra forma de agradecer su gran apoyo a ésta historia, yo también la amé.

¿También necesitaban ésto, o sólo yo?

*Y también, por eso disfruto leer sus comentarios, quiero decir, reaccionar con ustedes a cada detalle. Lloré a tu lado, me emocioné, grité. ¡Eso es lo hermoso de compartirlo!
Cuando vuelvo, termino leyendo a tu vez, y me vuelvo a emocionar.*

Gracias, muchísimas gracias 💕